



Edición, Diseño y Producción:
© Fundación de Comunicaciones,
Capacitación y Cultura del Agro (FUCOA)
Ministerio de Agricultura.

Noviembre 2001

Derechos reservados
Inscripción N° 122761
del Registro de Propiedad Intelectual

2001 - FUCOA
Santiago de Chile - 2001
ISBN: 956-7215-16-2
HECHO EN CHILE
Impreso en: B y B.



I N D I C E

PRESENTACIÓN:	7
PRÓLOGO GENERAL:	11
PRIMERA PARTE: Categoría A "Historias Campesinas"	13
PREMIOS NACIONALES:	
"Por qué la joven indígena se transforma en machi", de Deliciana Juanita Curín Chichahuel.	15
"Sombras de un tiempo ido", de Manuel Rocco del Canto.	21
"Mano de plata", de Patricia Machuca Maragliano.	31
PREMIOS REGIONALES	
Iª, IIª y IIIª Regiones Área Norte	
"Una luz maravillosa", de Margarita Mauricia Cortés Arrouch.	53
"El anhelo del quirquincho", de Renato Valentino Brito Gavilán.	55
"Clo, Clo, Clo", de Luis Daniel Milanés Mondaca.	58
IVª Región	
"Adiós a Pinto", de Carol Marilén Albiña Zamorano.	62
"Barrenando", de Bartolome Segundo Ponce Castillo.	65
"La chanchita que sabía leer", de Luz Nuñez de Aguirre.	73
Vª Región	
"Don Nicacio", de Salvador del Carmen Carreño.	79
"El cascabel de algunas cabras", de Emilia del Pilar Chelén Migliorino.	92
"Recuerdos", de Luis Wilfredo Venegas Carrasco.	100
VIª Región	
"La Chola", de Alfonso Segundo Becerra Bravo.	106
"La parranda del Peyuco", de María Filomena Jirón Durán.	109
"La Llorona", de Magaly Hernández Serrano.	118

VIIª Región

"El tío Lalo y la flor de la higuera", de Rosa Morán Andrades.	128
"Los Monjes Penitentes", de Alejandrina del Carmen Palma Martínez.	134
"Mi abuelito y yo", de María E. Ferrés Márquez.	136

VIIIª Región

"El raudal de la china", de Guido Alejandro Castillo Cofré.	145
"El perro obediente", de Carmen Gloria Gutiérrez Orellana.	149
"Sacrificio por herencia", de Carlos Christian Flores Adriazola.	152

IXª Región

"Fundación de la comunidad Juan Canuleo Pinoleo", de Ximena Moreno Herrera.	160
"De cómo el burro se convirtió en animal de carga", de Francisco Rolando Ulloa Carrasco.	164
"Mi pasado y mi presente", de Olga Alicia Huenupi Millapi.	167

Xª Región

"La fiesta de Canelos", de Yury Vanesa Orena Alvarado.	178
"El pata de plato", de Iria Paola Dörner Caimapu.	186
"Momentos mágicos", de Sylvia Mónica Pérez Silva.	189

XIª y XIIª Región

"Leonardo y Ema", de María Gladys Escobar Sanhueza.	193
"El otro puestero", de Juan Pablo Miranda Carrasco.	199
"El caballo fantasma", de Gladys Barría N.	208

Región Metropolitana

"Amun Kurha: la piedra que anda", de Sofía del Carmen Painequeo Tragnolao.	210
"Adiós humilde partera", de Juan Carlos Morán Perez.	213
"La madre", de Elisa Gladys Castillo Avalos.	232

SEGUNDA PARTE: Categoría B "Me lo contó mi abuelito"	239
PREMIOS NACIONALES:	
"Un entierro", de Natalia Tamara Antiqueo Caniuman.	241
"La odisea del funeral de don Goyo", de Luz Gianina Maldonado Olivos.	243
"El cóndor y la pastora Chaima", de Nilda Choque Challapa.	248
PREMIOS REGIONALES	
Iª, IIª y IIIª Regiones Área Norte	
"La kiula", de Elsa Lydia Tancara Tancara.	252
"Chuwamire y los Sikuris", de William Choque Challapa.	253
"La vida de don Donato", de Camila Rojas y Cynthia Casanova.	258
IVª y Vª Región	
"Por qué el río del pueblo está seco", de Bianca Andrea Silva Santander.	262
"La piedra del Tope", de Natalia Victoria Valentina Ponce Briones.	264
"El temblor de Chillán", de Milton Rivera Cuello.	268
VIª Región	
"La vaquita triste", de Victoria Constanza Larenas Moya.	269
"Las catitas de Mario", de Diana Rojas.	271
"Ángeles o demonios", de Nora Cecilia Flores Correa.	273
VIIª Región	
"La historia del árbol (Maitén)", de Victoria O. P. Aravena Fuentes.	280
"Mulato", de Pedro Rojas Navarro.	283
"El torito de los cachos de oro", de Juan Eduardo Gangas Zenteno.	288
VIIIª Región	
"Cómo engañar a un tinterillo", de Augusto Antonio Sandoval Cáceres.	290
"Me lo contó mi abuelito", de Daisy Zambrano Garcés.	294
"El Ralo", de Diego Navarrete Hernández.	296

IXª Región

"La Machi y el enfermo", de Nilda Curaqueo.	300
"El plato de palo", de Brian Bernardo Hidalgo Quezada.	302
"El misterio de la Bajada de Piedra", de Sergio Iván Nuñez Andrades.	305

Xª Región

"Los Kalkus y La Machi (Los Brujos y La Machi)", de Jorge Fabiany Herrada Henríquez.	307
"Las siete carretas de oro", de Bernardita Isabel Cárdenas Carrera.	310
"El padre Antonio y la fiesta de San Miguel en Puluqui", de Johana Alejandra Maldonado Sánchez.	315

XIª y XIIª Región

"Nacimiento de un pueblito en el sur", de Isabel de Lourdes Vargas Leal.	319
"Cuando era puestero", de David Cristóbal Foitzick Escobar.	322
"¿Por qué los loros pueden hablar?", de Cristina Yanett Velásquez Barría.	325

Región Metropolitana



"Pueblo e'viudas", de Cristóbal Nicolás Jesús Pradel Silva.	328
"El brujo", de Cinthia Victoria Ithal Mendoza.	330
"La muerte en el pasado: modelo de solaridad humana", de Eduardo Adrián Meza Meza.	336

P R E S E N T A C I Ó N

Desde 1993, la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, Fucoa, del Ministerio de Agricultura, convoca anualmente al Concurso de Historias y Cuentos del Mundo Rural, para ir al rescate de los valores propios de la idiosincrasia de nuestro Chile.

Estamos preocupados por la creciente transculturización que se puede observar en nuestro país. En efecto, vivimos en una sociedad cruzada por los medios de comunicación, donde los elementos culturales de otros pueblos tienden a quedar grabados en el subconsciente de las personas que están sometidas a su influencia y prevalecen sobre otros. Si a esto agregamos que estamos inmersos en una economía social de mercado, donde el consumo de bienes percibibles es parte substancial del sistema, nuestra gente no puede permanecer al margen de este proceso. Si además sumamos el proceso de globalización, que inunda todo el planeta, nos encontramos frente a un proceso irreversible que amenaza con la pérdida de los valores propios de las culturas que identifican a los distintos pueblos.

Afirmamos que los pueblos tienen la obligación de resguardar sus tradiciones y cultura, porque un país sin este patrimonio no tiene esencia y se desvirtúa como nación. Parte importante del patrimonio cultural de nuestro país se encuentra en la ruralidad, donde la riqueza de una vida más plena y en mayor contacto con la naturaleza hace que brote con fuerza inusitada una tradición oral de gran riqueza.



En este contexto, el Concurso de Historias y Cuentos del Mundo Rural es un certamen consolidado, que busca rescatar los relatos de las tradiciones del campo chileno –esos que se transmiten oralmente de padres a hijos–, que dan cuenta de hechos vividos y que permanecen en la memoria histórica de nuestro pueblo. Son también una recopilación de los mitos y leyendas propias de la ruralidad campesina e indígena del país, que busca crear, a través de la publicación de los mejores cuentos, un rico patrimonio cultural.

El concurso tiene dos categorías de participantes. “Las Historias Campesinas”, para las personas mayores de 18 años, que tengan relación con el mundo rural y “Me lo Contó mi Abuelito” para los niños y niñas de escuelas básicas rurales de todo el país a través de la libre recreación de historias de la localidad donde viven.

La participación de los niños de escuelas rurales del país constituye un aporte fundamental a esta actividad, que se desarrolla en conjunto con el Ministerio de Educación. Ella permite recuperar historias y relatos que han permanecido por años en el seno de las familias y que gracias a esta iniciativa pueden ser conocidos por las generaciones presentes y futuras.

Para juzgar los trabajos presentados, en cada una de las categorías se designa un jurado idóneo, a cuyos integrantes se les entrega un ejemplar de los cuentos sin que tengan conocimiento del nombre ni lugar de procedencia del autor o autora. De esta manera, el jurado hace su labor de la forma más impersonal posible.

Como broche final, la Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, Fucoa, edita un libro con todos los cuentos premiados, que pone a disposición del público como un aporte real a la cultura nacional.

Todos los trabajos presentados al concurso se depositan en la Biblioteca Nacional, donde pasan a formar parte del Patrimonio Cultural de Chile.

Este año, cumpliendo las metas de descentralización, se amplió la premiación a las regiones del país, efectuándose ceremonias de reconocimiento y entrega de premios en las capitales regionales. Al mismo tiempo, es importante destacar la participación de personas provenientes de nuestras etnias y que algunas han sido distinguidas por la calidad y significativo aporte de sus leyendas y tradiciones.

Para FUCOA es un verdadero orgullo haber llevado a feliz término este certamen literario, ya que se está cumpliendo con una de las directrices fundamentales de su accionar: velar por el rescate de los valores permanentes de la cultura nacional que se encuentran enraizados en la ruralidad del país, entregando sus resultados a la comunidad, como lo hacemos con este libro que Ud. tiene en sus manos.

Santiago, noviembre de 2001

Francisco Larenas Bouquot
Vicepresidente Ejecutivo
FUCOA





P R O L O G O

MUNDO RURAL, MUNDO PLURAL

En muchos de los cuentos que leyó atentamente el Jurado de estas Historias y Cuentos del Mundo Rural se da una constante que trasciende la premiación: quien relata se preocupa de colocar al lector sobre la ubicación del pueblo donde sucede la historia. Se asume que el lugar puede ser desconocido para el resto del mundo. Las historias pasan, por ejemplo, en “Quilén, una pequeña y pintoresca localidad ubicada al norte de Auchac, en la pujante comuna de Quellón, isla grande de Chiloé”; o en “Miñi Miñe, localidad agrícola y frutícola, situada a 40 kms. al interior de la quebrada de Chiza, ubicada en la comuna de Huara, Primera Región, Tarapacá”; también, en un lugar “llamado Santa Teresa de Quiahue, al suroeste de la comuna de Lolol, en la Sexta Región...”. Y así, todo Chile se recorre con sus historias que nacen de pueblos distintos y distantes entre sí. Y los autores o autoras se preocupan de contarle al lector dónde están.

Sumando todos los relatos, los publicados en este libro y aquellos que seguirán latiendo fuera de estas páginas, resulta una geografía de las fábulas, los miedos, las supersticiones, la naturaleza y los afectos que hacen de Chile un país multicultural, de muchas almas. Un país en gran parte desconocido para sí mismo, pero que tiene nostalgias y sueños dispersos que –por medio de estos cuentos– se estacionan en el bien común que sí podemos



compartir en este puente movedizo que es la actualidad. Esas voces han tenido oídos receptores, gracias a esta iniciativa, en un mundo que muchas veces no tiene el tiempo ni el silencio para escucharse.

Contar, en este caso, es justamente compartir un bien que pertenece a la comunidad. Se extiende el bien común instalándolo en la memoria de quien escucha, del que lee, de quien lo recoge para contarlo de nuevo. De quien lee como escuchando. El secreto de todos, revelado al oído nuevo. El secreto a voces. La herencia que se reparte como un eco plural y auténtico.

Jorge Montealegre Iturra
Presidente del Jurado



C A T E G O R Í A A

HISTORIAS CAMPESINAS



Dos pastores



Por qué la joven indígena se transforma en machi

Deliciana Juanita Curín Chicahuel
SAN FRANCISCO DE MOSTAZAL, 6ª REGIÓN

Ella antes de ser preparada machi tiene que ver muchas visiones y que sea acosada, perseguida por estas visiones.

Entonces será observada por alguna señora según como responde a las inquietudes de la machi vieja.

Estará lista para titularse y la someterán a un sacrificio por tres días en un altar hecho por los indígenas hombres de rama fresca de canelo (es un árbol amargo) pero muy sagrado por lo indígena. Y un rehué, cultrún, cascaguilla, pifilca.

El primer día empieza la función, la niña se pone en el altar donde entre baile, cantar y un poco de trago la machi vieja pide que sujeten a la niña y con un cuchillo de palo puntiagudo hecho de canelo le traspasa la lengua a la niña. La sangre es recibida en una paila de greda en cual es ofrecida a los dioses salpicando al rehué con sangre de humano.

Enseguida la machi vieja le pone una semilla sagrada curandera en la lengua de la muchacha y le pone unas hojas de canelo arri-

ba, abajo, por el lado y se la amarra allí. Pasará la noche con la machi vieja y la llancán (mujer que ayuda). Al otro día se procederá el sacado de la amarra de la lengua en cual la lengua estará deshidrata y le darán de beber un poco de muday.

Y esa noche pasará sola en el altar y pondrán dos guardias en la puerta por si ella intenta escapar.

Al tercer día la lengua debe estar completamente sana.

Entonces llega la hora de recibir el título de machi nueva. Allí tendrá que demostrar lo bien que sabe tocar el cultrún, cantar, bailar para que su gente confíe en ella y lo buena que es. Y estará en trance con mucho hipo y allí dirá su nombre que no es el de ella sino de un dios ya sea bailahuén, allí elige su llancán.

También nace la semilla que la machi vieja deposita en la lengua de la niña. Es de color verde claro y debe ser muy nuevo.

Entonces la machi vieja dice no se lo corten, es muy nuevo se puede secar y esta planta vuelve a desaparecer.

Ella cuando sale de su trance no sabe lo que sucedió.

Sin embargo todos la felicitan contentos gritan marri, marri, marri, chihuí, chihuí, chihuí.

Ya tenemos machi nueva.

Entonces la machi nueva está lista para cualquier ceremonia, incluso para preparar otra posible machi etc., etc.



Érase una vez en un pozo aparecía una mujer desnuda de pelo largo hasta la pantorrilla.

Le decían Duinmalen. Pero era maligna así es que nadie se atrevía a pasar por ese lugar. El que llegara a verla, tenía que mantener la boca bien cerrada, si lo contaba se enfermaba y moría.

Una joven muy hermosa de la zona como de costumbre iba a pastorear sus ovejas en el fundo cercano. Ella logró ver un día bañándose la Duinmalen.

La joven se escondió para lograr observarla de más cerca. Esta joven contaba que era una mujer hermosa, delgada. En ese momento se tocaba el pelo como peinándose. El cabello era como platinado y le brillaba con el sol.

Mientras tanto el pozo se rebasaba. El agua se salía en dirección donde ella se encontraba. La joven sintió miedo ya que era pleno verano en la falda de una loma algo inexplicable.

El pozo siempre se mantenía con agua. Pero no para resbalarse y que no llegue hasta el bosque.

Cuando la joven regresa a casa cuenta lo sucedido. Pero su

familia no se lo creyeron, ya que su madre era la pastora de la Iglesia Pentecostal.

Allí en adelante su vida fue una pesadilla veía muchas cosas raras. Un día decía que vio la cabeza de un buey saliendo de la tierra, fuegos ardiendo en llama muy alto que la atraían como imán.

También paseando por la pradera una culebra la ató a los pies. La joven intento quitárselo pero ésta la amarraba más fuerte.

Allí cayó desmayada, cuando despertó la culebra ya no se encontraba.

También decía que los ojos se le habían nublado, no distinguía las cosas con claridad. Pero tenía un gran amor que era su confidente. Este joven era de otra comunidad llamado San Gerardo. Ella esperaba un hijo de este joven el cual llevaba un embarazo ya muy avanzado.

Cuando él bebe nació, ella cayó enferma con fiebre calofrío. Y veía a Duinmalen, hasta en su sueño despertaba con sobresalto. Entonces suplicó a su madre que la preparara para ser machi. Si no sus días estarían contados.

Pero su madre se oponía a tal situación y dijo "no quiero que mi hija entre en la ley de los mundanos, pecadores. Dios de los cie-

los la salvará de los demonios. O que sea la voluntad de Él". Cuando el niño Max cumplió dos meses de vida, esta joven madre falleció, dicen que Duinmalen se la llevó por no cumplir su deseo. Por eso este pozo que lleva por nombre Duinmalen, aún existe.



Cruz de Mayo se llama así porque en esa fecha hacen fogata en toda la casa. Luminaria le dicen en cual es prendido con paja de trigo, porotos, etc, etc. Consiste en rogativa en alta voz donde cada vez que tiran un poco de paja ardiendo en fuego hacia arriba con una horqueta o simplemente un palo.

Y gritan porotitos con zapallitos y ají verde.

Donde más gritan son los niños... es un momento muy agradable. Cómo olvidarlo si éramos tan felices, ya que compartían todos, hasta la abuelita; para nosotros era un juego divertidísimo. Según decían allí en adelante empezaba la siembra. Era para que germinaran bien.

Esa tradición se ha terminado como tantas otras.

Pero aún permanece la del trigo en algunos sectores. Para San Francisco ese día es un día clave para todo tipo de siembra pero especialmente para el trigo donde plantan una cruz en una esquina del campo de trigo como a las 11:30 de la noche donde llevan un niño (a) como símbolo de pureza. Allí



permanecen hasta las 12:15 de madrugada rociando la cruz en vino y le ponen una corona de canelo (árbol amargo) pero muy sagrado por los mapuches.

Si ello no hace eso, don Pancho los castigaría echándole maleficio a sus sembrados, enfermedades o simplemente la cosecha no se daría y sería un desastre. Al día siguiente, como a las cuatro de la tarde, tenían que cambiar la cruz a otro lugar. Donde quedara la cruz hasta la cosecha allí bailaban. Tocaban acordeón, compartían todos felices para que San Francisco no se fuera agraviado, sino muy contento y muy curado.

Sombras de un tiempo ido

Manuel Rocco del Canto
COMUNA DE NUÑO, REGIÓN METROLITANA

Al relatar esta historia, me estoy limitando a contar una situación más vasta, profunda y patética que sucedió después del 73, en el campo, cuando el país se detuvo porque la gente se escondió o retiraba a lugares discretos para que la olvidaran. El olvido parecía entonces el mejor refugio, especialmente en el campo, donde el inquilino humilde, ignorante del motivo de las redadas y aprehensiones sorpresivas, era detenido a su vez, por consultar en los cuarteles por parientes, amigos o compadres.

A mi entender, el hecho de que todos se escondieran, se empeñaran por ser ignorados y olvidados, probaba el miedo que existía en el agro y la arbitrariedad de los sucesos de ese entonces.



Por eso, la noche en que Rogelio, un líder de oposición en la clandestinidad, me citó a un rancho en la quebrada de Tamecura, donde velaban el cadáver mutilado de un hombre joven. Olvidé para siempre mi repertorio de sarcasmos y dudas. Mientras lo observaba olvidé también mis aprensiones, la nota que debía tomar para la Vicaría; y aun quién era yo. Mejor dicho, creí, sentí o pensé en esos momentos que estaba en la época medieval o frente a la Inqui-

sición que disfrutaba torturando y mutilando seres humanos. Sentí el hedor húmedo de los calabozos medioevales, escuché el rechinar tenebroso del "Potro de Torturas" y los gritos de dolor de las víctimas. Al mirar los tobillos en carne viva del cadáver, pensé en el cepo y en grilletes atroces. Recuerdo que me sacaron de esos oscuros pensamientos y de la horrible visión medioeval, para llevarme a otro lugar del valle a una reunión secreta en una parcela en la ribera norte del Choapa, para la que me creyeron apto por antecedentes de familia. En el trayecto no me hice mayores ilusiones, pero pensé que quizá aún podría escribir la nota que varias veces había empezado con fe y abandonado con desaliento.

En la pieza todo cambió, y, lo que narro a continuación es, en síntesis, la historia que me contó Rogelio, ante el cadáver acribillado de un conocido agricultor: No niego que mi reacción fue de auténtica alarma. Instintivamente la disimulé, pero obré con la íntima convicción de que debía, ante todo, cuidarme y mantenerme en este mundo, para no dejarme arrastrar a ese otro, misterioso, amenazador y siniestro que estaba diezmando a los pequeños agricultores de mi región.

“El 14 de septiembre a la oración, las autoridades dictaron un bando. Abarcaba una larga lista de nombres. Todos eran requeridos por la autoridad militar. Tenían plazo fatal para presentarse.

En su parcela en las riberas del río Choapa, Juan De La Cruz Pontigo Trigo se enteró por los vecinos que su nombre figuraba en



el edicto. Su primera impresión fue de extrañeza, después de pavor. Trató de calmarse y dominar sus nervios. Pensó que si jamás había efectuado un acto reñido con la ley y las buenas costumbres ni había participado activa o pasivamente en política, debía existir una equivocación. En su monótona vida de agricultor, no había desarrollado otra actividad que cultivar su parcela, ayudar la iglesia, a los vecinos más necesitados y entregar parte de su producción agrícola al internado de la Escuela Parroquial, donde estudiaban niños de escasos recursos. Esa noche decidió recurrir a la iglesia a conversar con el cura párroco. El sacerdote lo recibió benévolo, manifiestamente apiadado y abiertamente evasivo. Le agradeció la generosidad con que había ayudado a la iglesia y a la escuela. Recibió con beneplácito los sacos de papas y el cordero que le llevó y lo instó a esperar con calma, le dijo. “Quién nada hace, nada teme”. Se negó con suave energía a acompañarlo al cuartel del poblado vecino a aclarar su situación. Pese a la insistencia y ruegos de Pontigo, que ansioso volvió a solicitarle que lo ayudara cuando se despedía, ofreciéndose a llevarlo y traerlo en su camioneta. Obtuvo igual evasiva.

Descorazonado y temeroso regresó a la parcela. En el trayecto le pareció que todo cambiaba, el camino, los árboles, el río invariable y los cerros. Temió que ya no quedara una cosa capaz de sorprenderlo, intuyó casi mágicamente que ya no le abandonaría más el temor y la impresión de traición. Los árboles dormidos bajo la llovizna y la parcela inmóvil en un inconsolable anochecer de invierno le provocaron una sensación de desamparo y soledad que nunca antes había sentido.

Después de unas noches de insomnio, lo envolvió nuevamente la calma. Detuvo con serena bondad todas las embestidas de los vecinos para esclarecer su situación. Siempre indulgente y cordial, desde aquella sonrisa un poco quemada y lejana, les hizo ver el grave riesgo que enfrentaban si concurrían al cuartel.

El 20, las autoridades recibieron una denuncia. El día 21, de madrugada, Pontigo fue arrestado. Lo condujeron sin muchos miramientos al cuartel de policía. Un oficial joven y sonriente le leyó los cargos y le explicó en qué consistían la “sedición y traición a la Patria”. No logró levantar ninguno de los formidables cargos en su contra. Consiguió eso sí, sin esfuerzo, impresionar profundamente al oficial, por su infinita bondad y la serenidad que emanaba de él. El teniente le leyó los derechos que tenía, lo separó del resto de los detenidos e impartió órdenes precisas para que no lo maltrataran ni lo privaran de agua y alimentos, mientras informaba este caso, a su parecer absurdo, a sus superiores.

Incrédulo en su calabozo, pensó con débil asombro que aún tenía esperanzas. Sin embargo, la tristeza y el miedo lo encadenaron al rústico camastro de su celda durante algunos días, hasta que fue llevado ante un fiscal para prestar declaración. Por bastante tiempo fue interrogado y contrainterrogado. A veces era oficiales de alto grado los que lo consultaban, otras el vehemente fiscal que deseaba obstinadamente confirmar los cargos. Todos en su oportunidad después de indicarle los derechos legales que le asistían, manifestaban dudas sobre su culpabilidad.

Perplejo comprobó que después de los interrogatorios ya no era ingresado a su celda. Solamente lo encerraban de noche, después que se cansaba de vagar por el cuartel. Le daban un trato diferente al resto de los prisioneros, le imponían pequeñas obligaciones, más como distracción que otra cosa. Al poco tiempo era conocido y apreciado por todos. Él se comportaba como en el primer día, siempre dispuesto a ayudar y colaborar en todo. Dócilmente trataba de dar gusto y adaptarse a su reclusión. En un comienzo había cedido a la tentación de contar los días y las horas, pero se dio cuenta que eso estaba de más, porque su cautiverio parecía no tener término. Ya nadie se preocupaba de él, se había convertido en un detenido bien especial, incluso con cierto ascendiente sobre sus captores.

Una noche, un nervioso y apresurado sargento le comunicó la orden de presentarse ante el coronel de inmediato. En el pasillo en penumbra encontró a varios oficiales que discutían acaloradamente, guardaron silencio cuando lo vieron y lo saludaron compasivamente. Se sintió solo, inerme, temeroso y vulnerable, infinitamente. Alguien le dijo suavemente que se detuviera un instante mientras lo anunciaban al jefe. El resto de los oficiales quedó en una zona de sombras. Uno de ellos se acercó y en voz baja le deseó buena suerte.

Lo hicieron entrar, lo cegó un poco la luz de la íntima oficina. Un hombre alto se paró y le tendió la mano. No vio su rostro en un comienzo porque aun lo cegaba una potente lámpara. El coronel le

pidió que tomara asiento, le ofreció un café o un cigarrillo. Rechazó ambas cosas y esperó ansioso y de pie que el oficial hablara.

Escuchó que este le decía: “Usted sin dudas querrá saber de inmediato por qué lo mandé llamar”. No esperó respuesta y continuó hablando. “Le ruego que tenga entereza y escuche con calma lo que tengo que decirle... Desafortunadamente no tuvimos suerte en su caso. Agotamos todos los medios a nuestro alcance por establecer fehacientemente que usted no es el extremista buscado por los servicios de seguridad. Se comprobó la diferencia clara del número de cédula de identidad y actividades. Persiste en su contra la denuncia, que, si bien es cierto, consideramos infundada, no es menos cierto que es difícil desestimarla sin una investigación más acuciosa. Lo lamento sinceramente, no tuvimos éxito”.

“La Comandancia de Guarnición ha pedido su traslado de inmediato. Ellos aclaran este asunto. A las 01.00 horas, pasará un camión que viene con detenidos del sur, por usted”. Compungido le dijo. “Créame que obra en mi ánimo y en el resto de los oficiales de esta unidad, que existe una lamentable confusión de nombres en su caso. Tenemos la certeza que no es el delincuente extremista que se busca”. Le indicó no muy convencido los derechos que tenía y que debía apelar. Tocó un timbre y al momento entraron los oficiales que estaban afuera. Se despidieron respetuosos de aquel hombre moreno, de rostro sereno y cordial, que tenía algo de sacerdote o pastor evangélico y absolutamente nada del peligroso terrorista denunciado. Todos insistieron en

que tenía derecho a apelar.

Fue trasladado en el piso húmedo de orín y vómitos de un camión militar, entre un hacinamiento de prisioneros de guerra que se quejaban y gemían por cada movimiento del vehículo. El primer sentimiento de Pontigo fue de mero terror. Trémulo y reseca la boca vislumbró como en una pesadilla el final terrible de este viaje. Ignoraba aun qué había movido el odio de la persona que lo delató como extremista. Recordó con desorden y con pena los numerosos prisioneros que habían pasado por el cuartel de policía y que no habían regresado jamás. Pensó que no lo hubiera acobardado tanto morir entre los primeros el día que lo detuvieron o en las fugas simuladas en que no sabían de dónde les llegaba la muerte. Pero, morir ahora, después que habían hecho renacer en él tantas esperanzas, era verdaderamente intolerable.

Llegaron al amanecer al Regimiento, los colocaron de espalda a una muralla y le vendaron la vista. Después de un tiempo que le pareció eterno, lo condujeron a un recinto que presumió por los olores era una bodega o algo similar. Interrogado por el verdugo, dijo sí a todas las consultas. Bajo esos duros apremios y ya sin resistencia reconoció ser el extremista buscado y todo lo que se le quiso imputar. En las múltiples sesiones de suplicio que tuvieron se fueron apresuradamente confirmando uno a uno los cargos. Llegó a anhelar con impaciencia la muerte, la descarga piadosa que lo redimiría, mal o bien, del terrible martirio que le había tocado vivir.

El fiscal, en cuyas manos estaba la suerte de Pontigo, leyó los cargos. Bastaron pocos minutos para que admitiera la culpabilidad y solicitara la pena de muerte. Con absoluto desprecio y movido más por una actitud mecánica que profesional, lo notificó del tiempo que tenía para apelar.



El Consejo Militar requirió el máximo de antecedentes y fijó una fecha para dictar sentencia. Esa demora, como pudo apreciarla Pontigo, se debía al deseo administrativo de obrar impersonalmente y aparentar equidad y justicia en los juicios sumarios que instruía.

Antes del día prefijado lo hicieron morir mil veces, en fusilamientos simulados efectuados en patios interiores o en sitios eriazos y alejados. Entre condenados que verdaderamente eran muertos o aniquilados por metralla de guerra, de soldados vociferantes que simulaban atacar a guerrilleros ilusorios. Sintió, invalidado por la pasión del miedo y la impotencia, cómo eran ultimados a su lado, por corvos de batallas históricas de la Guerra del Pacífico, sus inermes y variados compañeros de prisión. En esos terribles simulacros aprendió que el acto puro y general de morir no era lo terrible, sino las circunstancias que lo rodean. El desolado e insomne amanecer de su ejecución lo encontró de pie, preparado como todas las mañanas. Le anunciaron que lo asistiría espiritualmente el nuevo Capellán Castrense. Esperó con desdeñosa perplejidad este último acto. Cuando abrieron la puerta, el estupor y después la indignación lo inmovilizaron en el centro

de la celda. Lo asaltó la incómoda impresión que se burlaban de él, aun en los momentos finales de su vida. El religioso con uniforme (capitán) que ingresó, era el cura párroco de su localidad, quién, más urgido por pasiones políticas que por un sentimiento de piedad, asistía al final del que siempre consideró su enemigo. El grito horrorizado y vesánico de Pontigo apagó la diana del cuartel... Después, el portazo violento y la fuga desordenada por los corredores y pasillos en penumbra, atropellando soldados soñolientos y sorprendidos. Salió al patio dormido bajo la blancura del amanecer, recordó otros amaneceres similares en su valle, sintió el aire matinal en el rostro y pensó que había regresado a su tierra. El aire frío de la mañana le recordó su amado río Choapa y las cosas cotidianas de su parcela. En esa magia se encontraba cuando lo abatió la metralla. Su débil quejido se prolongó humilde a la luz del nuevo día.

Quince años más tarde ingresaba al país procedente de Suecia, JUAN DE LA CRUZ PONTIGO TRIGO, rechazado varias veces antes de la lista de exiliados autorizados a retornar. Ahora, volvía feliz a su patria, a su cielo de puras brisas y de mar tranquilo, donde la Vida, ese derecho nuestro de cada día, volvía a ser respetado.

Se subió alegre al autobús que lo llevaría al centro de la ciudad. Ignoraba que un hombre inocente, que tuvo la desdicha de tener exactamente su mismo nombre, había padecido el terrible destino que en rigor le correspondía a él.



N.A. La geografía de los hechos que se describen es real, no está contaminada de fantasías o falsedades. El sacerdote por su carácter duro y apasionado erró de profesión; fue nombrado vicario castrense por este hecho. El finado, un agricultor o minero de Illapel o Salamanca en la IV Región, pero, por sobre todo, un hombre al que hace tiempo enterró el olvido.

Mano de Plata

Patricia Machuca Maragliano
SANTA CRUZ, 6ª REGIÓN

Cuando el bus me dejó en la plaza, frente al restaurante “El Aromo”, que era también el único hotel del lugar, vi adelantarse hacia mí a un hombre de contextura fuerte, cuyo rostro vigoroso e inteligente estaba enmarcado por una barba negra. Usaba una chaqueta de gastado terciopelo, un gorro que se adivinaba aplastado por un golpe de mano distraído y, como muchos hombres muy grandes, caminaba un poco echado hacia delante. Para abordarme, se quitó cortésmente la gorra:

– ¿Señorita Francisca Rojas? ¿La nueva profesora?

– Yo soy. Buenos días, señor...

– Soy Ricardo Montero, alcalde de aquí. Sea bienvenida a Lolol.
¿Tuvo buen viaje?

– ¡Excelente! Me siento muy contenta de haber llegado.

– Lo sospecho. La conduciré a la casa de la escuela.

El tono del alcalde era amable y sonreía, pero esa sonrisa no alcanza-

ba a sus ojos. Cuando se le observaba con cuidado, daba la impresión de un hombre que se debate con grandes problemas.

La casa de la escuela donde debía alojarme no estaba lejos. Quedaba detrás de la iglesia, frente a una especie de placita donde los niños jugaban. Una mujer de edad madura, con delantal azul y moño alto en la nuca, parecía esperar, asomada a la ventana que daba al jardín. Montero la señaló con un gesto rápido de la mano.

—Allí está Manuela, la cuidadora. Ella se preocupa de la mantención de la escuela y de la casa de la profesora. Creo que no se avenía mucho con la señorita, la antigua profesora, porque era nortina. Espero que andará mejor con usted.

—Pero yo también soy del norte— dije un poco incómoda.

—Sí. Pero su apellido no es francés. Es apellido chileno y eso es una gran diferencia. No soportaba su acento tan raro.

Se había animado al hablar y su sonrisa había adquirido algo de muy joven y de infinitamente simpático. En el umbral de la escuela me despidió, mientras Manuela acudía para tomar de mis manos la pequeña maleta.

—Le haré traer sus otras valijas— dijo el alcalde al marcharse.

Manuela y yo simpatizamos de inmediato. Era franca como el oro y buena como el pan fresco y amasado. Mientras me ayudaba a instalarme en las dos piezas que sería mi hogar, charló. En

media hora tuve una historia completa al mismo tiempo que un panorama general bastante vasto de toda la población de la aldea. “La mayoría de los niños son más bien difíciles de manejar, sobre todo los muchachos—dijo—pero creo que usted saldrá adelante. Les gustará”.

En ese momento, estábamos de pie cerca de la ventana de mi dormitorio a la que Manuela colgaba las cortinas recién planchadas. De pronto ella se detuvo en su trabajo. Contemplaba a un hombre parado junto a la iglesia y que miraba las ventanas con insistencia.

—¿Quién es?— Interrogué.

—¡Tugal, el curandero!— replicó brevemente. Luego se volvió muy rápido para ir a buscar no sé qué en el fondo de la pieza, olvidando las cortinas. Parecía incómoda. Sin embargo, el hombre no lucía impresionante: rechoncho, su silueta era casi cuadrada. Estaba bastante bien vestido y usaba una gorra hundida sobre los ojos que impedía vérselos y que cortaba en dos un rostro pálido y como de luna llena. Se apoyaba en un grueso palo nudoso a guisa de bastón y tenía un guante de cuero en su mano izquierda, un solo guante.

— Un curandero—, reí—. ¿Uno de verdad? Jamás vi uno. ¿Es hábil?

— No tiene quién se le compare para poner un hueso en su lugar—refunfuñó Manuela desde el fondo de un armario donde se había sumido. Pero para no ocultarle nada, no me agrada mucho.

Manuela tuvo razón al decir que todo marcharía bien entre mis alumnos y yo. Formaban un buen grupo de alegres chicos, llenos de salud y siempre prontos a distraerse, pero en general, con excepción de dos o tres cabezas duras que pronto noté, eran buenos y llenos de excelente voluntad.

Me encariñé, sobre todo con uno de ellos, pero cuidando de que los otros no lo notaran. Sin embargo, era irresistible ese pequeño Joel, de seis años. Era rubio, gordezuelo y fresco como una rosa, con los ojos más verdes y cándidos que había visto en mi vida. Cuando llegaba a la escuela, dejaba su bolsón, venía derecho a mí, tomaba mi mano y la sacudía gravemente diciendo:

–¡Buenos días, señorita!

–Buenos días, Joel.

Entonces, muy digno, daba media vuelta y se instalaba en su banco, con los brazos cruzados sobre el pupitre, esperando con mucha calma a que yo empezara la lección. Su seriedad infantil era cautivadora y cada vez que lo veía ejecutar su pequeña ceremonia, debía dominarme para no acariciarlo frente a sus compañeros.

Con el resto del pueblo establecí desde el principio buenas relaciones, gracias a Manuela que se encargó benévolamente de mi publicidad. La mayor parte de los padres de mis alumnos eran agricultores y una pequeña parte artesanos. Había conocido también al cura de la aldea vecina que venía a decir misa todos los

domingos a nuestra pequeña capilla en la iglesia. Por fin, me hice muy amiga del alcalde, un soltero tan endurecido como yo, que me introdujo en muchas casas. Al cabo de dos meses conocía a todo el mundo. El único que me faltaba era el curandero.

Una tarde de agosto fui a la granja vecina para comprar leche y un queso para la comida. Desde mi llegada al pueblo realizaba orgías de queso de crema y nadie los preparaba mejor que la dueña de esta granja.

Entré pues a la casa. Apenas franqueada la puerta, me di cuenta de que ocurría algo. Toda la familia estaba reunida alrededor de una gran cama, donde estaba el abuelo retorciéndose de dolor. Unos quejidos continuos subían del lecho que el padre, la madre y los niños contemplaban sin moverse. La abuela, sentada en un sillón de paja apoyada en su bastón, miraba al viejo sufrir sin pronunciar una palabra. La escena parecía increíble.

Para señalar mi presencia tosí. María, la menor de las tres hijas, se volvió y se acercó en puntillas.

– Oh, buenas tardes, señorita Francisca–cuchicheó.

– ¿Necesita algo? Leche, sin duda– añadió al notar mi jarro de loza azul.

– Sí, pero puedo esperar. ¿Qué pasa, María? Su abuelo parece muy enfermo. No estará...

— ¿Está moribundo? Oh, no, señorita, no lo creo. Pero sufre mucho del vientre así desde anoche.

— ¿Y qué dice el médico?

Ella me lanzó una mirada que no comprendí en el momento. Pareció molesta.

¡Va a venir Tugal! —declaró al cabo de un momento. Le entregaré la leche.

Ya había cogido mi jarro e iba a guiarme hacia la lechería. Por mi parte, iba a decir que un curandero me parecía poco indicado para una enfermedad de ese tipo cuando la puerta de la sala, donde estaba acostado el viejo y donde nos encontrábamos todos, se abrió.

El hombre que había visto cerca de la iglesia el día de mi llegada hizo su entrada. Saludó a todos con un gesto breve de la mano enguantada y se acercó al lecho. Al pasar, su mirada se fijó en mí un instante y experimenté una sensación muy desagradable. Pero, curiosa por ver cómo procedería para aliviar al abuelo, me aproximé también al grupo familiar.

Fue bastante breve. Tugal se inclinó, debió palpar el vientre del viejo, pues éste lanzó un grito. En seguida se volvió hacia los demás:

— El mal está en él— dijo con un tono solemne que contrastaba con su voz rara, a la vez chillona y ronca. Hay que pedir al Espíritu que lo haga salir. Pero sólo saldrá si el Espíritu así lo desea. Voy a tocarlo. Ustedes, pidan la curación al Espíritu.

Ante lo que siguió, me creí transportada como por arte de magia al pleno corazón de la Edad Media. Toda la familia se puso a salmodiar una especie de canto extraño, de palabras totalmente incomprensibles. No era ni latín, ni griego, ni ninguna lengua moderna conocida. Al mismo tiempo. Con un gesto teatral, Tugal se desprendió del guante. Ante mi gran sorpresa. Vi que su mano había sido reemplazada por una de plata sujeta del antebrazo por un sistema de correas.

En su tipo, era una obra de arte, la cincelación era perfecta, y Tugal debía cuidarla mucho pues brillaba en la penumbra de la habitación. El curandero puso su mano de plata sobre el vientre del viejo, levantó los ojos al cielo y farfulló algo que no comprendí.

Al cabo de un momento, apartó su mano, se puso el guante y volvió hacia los familiares que habían terminado con su letanía.

— ¡Ya está! Ahora hay que esperar. Sobre todo, no hagan nada. No le den nada. Ya saben lo que les he dicho: curar es contra el Espíritu, que debe actuar como le plazca. He hecho lo que pude.

Estupefacta, no creyendo a mis ojos, lo vi dirigirse hacia la puerta,

no sin haber guardado en su bolsillo el billete que la mujer había deslizado en su mano buena. Se marchó. En el fondo de su cama, el anciano continuaba gimiendo.

Mientras seguía a María en dirección a la lechería, no pude contenerme:

– ¿Creen que su abuelo va sanar porque Tugal le puso la mano de plata sobre el vientre?

– Si no sana con eso, jamás sanará con otra cosa– declaró con tono tan sentencioso que me dio un deseo irresistible de sacudirla como un ciruelo.

– La mano de plata de Tugal es poderosa. Fue el mismo Espíritu quien se la dio para que obtenga las curaciones de quienes se las merecen.

– ¿El Espíritu? ¿Qué Espíritu? ¿Dios?

– ¡El Espíritu!– recalcó porfiada.

Mientras llenaba mi jarro, volví a la carga:

– Supongo que no irán a dejarlo sufrir en esa forma. Desde aquí se le oye gemir. Hay que llamar un médico, quizá sea grave.

— ¡Si debe sanar, sanará!— replicó la niña. En cuanto a los médicos, Tugal dice siempre que ellos son unos asnos. Para empezar, no hay ninguno aquí.

—Vamos, María... no puede pensar...

Fijó en los míos sus ojos negros que se habían hecho increíblemente duros y desconfiados y me tendió el jarro lleno.

—Aquí tiene su leche. Hasta luego, señorita Francisca.

Eso fue una despedida. No me engañaba.

Más tarde, conversando con el alcalde, toqué el tema del curandero.

— Sé de todo eso, señorita Francisca, pero no puedo hacer nada— me comentó.

— ¿No puede hacer nada? ¡Eso es locura, demencia pura! No hay derecho para rehusar asistencia a una persona en peligro de muerte. Y estoy segura que el abuelo está en peligro de muerte.

— Es muy posible y hasta probable. Pero le juro que no puedo hacer nada.

— ¡Entonces, haga acompañar al doctor por los carabineros!—

dije con indignación.

– Tampoco puedo hacer eso. El abuelo en persona se negaría a que lo atendiera un doctor. No se puede ir contra la voluntad de alguien. Hace bastante tiempo que no entra ningún médico aquí.

Había tanta amargura en su voz, también tanto dolor, que me calmé un poco y me aproximé a él.

– ¡Ya sé, que debe ser muy difícil de hacer algo, pero tiene que destruir esa creencia absurda que la gente de Lolol tiene en ese Tugal! Veamos, usted es el alcalde, le aprecian, tienen confianza en usted...

– ¡Pero, tienen más confianza en él! Frente a ese brujo no tengo peso alguno. Él es más fuerte. ¡Yo, estoy cansado de luchar contra ese hombre de la mano de plata!

Había en él una angustia profunda que explicaba el aire inquieto, abatido, que me impresionó cuando lo vi el día de mi llegada.

– ¿Está verdaderamente solo contra él?– pregunté con suavidad.

Al cabo de un momento, por fin él respondió a mi pregunta:

– ¡Casi solo! El padre Antonio que viene a decir misa es aliado mío, pero también debió abandonar la lucha. Manuela, también lo detesta con toda su alma desde la muerte de su hermano. También estaba la profesora a quien usted reemplazó...

– ¡Soy de su misma opinión! Cuente conmigo para luchar contra ese demente.

– También él lo hará, como otras veces. Los padres no enviarán a sus hijos a la escuela. Usted puede enfermar de algo extraño como le sucedió a su antecesora.

– Creo que él es sólo un tramposo que intenta ganar dinero. También se cree un ser con poderes extraterrenales. Una especie de apóstol de una nueva religión.

Después de largos comentarios y buscando soluciones posibles nos separamos.

La imposición de la mano debía ser muy eficaz, pues el abuelo murió al día siguiente, sin duda de una peritonitis.

Lo enterraron dos días después, y el padre Antonio aprovechó para asestar a los asistentes un sermón en forma de llamado a la razón que todos escucharon con el rostro hermético.

– ¡El domingo no irá nadie a misa, fuera de usted, Manuela y yo!– me cuchicheó el alcalde.

Con el pasar, los días se transformaron en meses. Llegaron los días de descanso y por algún tiempo las cosas se enfriaron. Pronto llegó el otoño, el viento fresco y los días se acortaron. Con el frío llegó la epidemia de gripe que fue enseguida trágica y pude medir la especie de histeria colectiva en la que Tugal había lanzado

a la gente. La enfermedad cayó de un solo golpe. De la noche a la mañana hubo unas treinta personas en cama. Se vio continuamente la silueta del hombre de la mano de plata, yendo de una casa a otra para llevar sus extrañas invocaciones. Pero, por supuesto, eso no sirvió de nada.

Ante la amplitud del mal, Ricardo Montero, el alcalde, informó que haría venir un médico de la ciudad. Esto lo hizo en el curso de una sesión municipal. Fue tempestuosa.

Desde la escuela se escuchaban los gritos de esos señores, Montero salió agotado.

– ¡Todos están locos de atar!– comentó–. No entiendo lo que este Tugal les ha hecho. Rehúsan terminantemente dejar entrar al médico a sus hogares.

– Es necesario que entre. ¡Por la fuerza si es preciso! declaré furiosa.

– ¡Por cierto! Se lo diré a los carabineros para que lo acompañen y mientras tanto hablaré con el mayor. Espero no verme obligado a hacer intervenir la fuerza.

Eso mismo esperaba yo, pero no me sentía muy segura.

Al día siguiente, llegaron el médico, los carabineros y comenzó la visita a los enfermos. Visita extraña en realidad.

La vista a los uniformes había hecho quizás reflexionar a los habitantes de Lolol, pues no se opusieron a la visita médica. Persuadido de que no comprarían los medicamentos prescritos, Ricardo Montero hizo prevenir al médico para que los trajera, indicando que la comunidad pagaría la cuenta de farmacia. Pero cuando llegó el día siguiente pudimos constatar que frente a todas las casas habían dejado recipientes con las basuras y sobre los desechos brillaban los remedios. Esa misma noche murió un hombre por no haber recibido los cuidados que exigía su estado.

– No puedo pedir que me manden tropas e instalar hombres en cada hogar para que sean administrados los medicamentos– gimió mi amigo el alcalde, próximo a la desesperación.

– No, pero de todos modos hay algo que hacer: impedir que el curandero entre en las casas. Es preciso conseguir que lo detengan, es un asesino..., aunque no haya cargos contra él.

“Si la gente no lo ve venir, volverán quizá a una comprensión más sana de las cosas”, reflexionaba. Al cabo de un rato, levantó la cabeza y me miró decidido.

– Está bien, tiene razón. Enviaré los policías a su casa. Que lo tengan a la sombra hasta que pase esta epidemia. Aunque abuse de mi poder..

Así se hizo. Pero cuando la policía se presentó donde Tugal, encontraron la puerta cerrada y el pájaro volado. Alguien debió pre-

venir al curandero de lo que le esperaba y huyó. ¿Dónde encontrarlo?

Cada día los enfermos eran más numerosos. Cada día el médico acudía en vano. Dos niños de mi clase cayeron enfermos y ahí vi rojo.

– Si los padres se niegan a medicinarlos hay que llevarlos al hospital– dije con voz muy segura.

El doctor Ramírez, que trataba tan vanamente de cuidar a los desdichados hechizados de Lolol, y que asistía a nuestra conversación, sacudió la cabeza.

– No hay una sola cama en el hospital de la ciudad: no es sólo aquí donde hay epidemia. Sería evidentemente la única solución, pues ni siquiera consigo ponerles una inyección. Me dejan examinar a los enfermos, pero si saco una jeringa, alguien me impide actuar o el mismo enfermo se niega.

– Que los adultos se dejen morir si lo desean– grité fuera de mí. Pero los niños no son los responsables. Los padres que los dejan sin otros cuidados que esos inventos de Tugal son criminales.

– Estoy de acuerdo. Habría que instalar aquí mismo en la alcaldía una especie de hospital..., o quizá en la escuela–, declaró el médico.

– Con ayuda de la fuerza pública se podría transportar a los niños enfermos para brindarles un tratamiento adecuado.

Así empezó una especie de batalla campal entre Tugal, los niños enfermos, la epidemia y nosotros que parecíamos muñecos mecánicos corriendo de un lugar a otro.

Había que vigilar a los niños, ya que los padres estaban atentos para sacarlos y llevarlos a casa.

También mi pequeño Joel había sido víctima de la enfermedad, pero se encontraba en su casa y habíamos oído que el falso médico brujo se encontraba escondido allí y que éste no permitiría sacar al niño.

¡No pude retener una exclamación de rebeldía!

– Por supuesto, enviaré los carabineros– replicó Ricardo.

– Una media hora más tarde me trajeron al pequeño Joel envuelto en varias mantas. Lo acosté de inmediato. Tenía mucha fiebre.

– Debemos llamar al médico en seguida– dije alarmada mirando el resultado del termómetro.

– Enviaré a buscarlo.

– Creo que todo está muy quieto y me siento algo incómodo. Presiento que algo sucederá allá afuera. El miedo me habrá invadido.

– Veré si puedo realizar una ronda por el pueblo– dijo el alcalde.

— Volvió a los pocos minutos algo pálido y con una voz que parecía un susurro por la agitación.

— No pude salir del pueblo— dijo con voz sin tono. Todos los caminos están barricados con carretas dadas vueltas y hay hombres montando guardia. Quise parlamentar, pero me dijeron que eso duraría mientras hubiera enfermedad en el pueblo. Tugal les aseguró que el mal seguiría mientras acudieran al médico.

Permanecimos silenciosos. Luego Manuela levantó los brazos al cielo.

— ¡Están locos de atar! ¿Qué les sucede, Dios mío?

— Eso mismo me pregunto. Veré si funciona el teléfono— declaró Montero.

Pero por cierto el único teléfono del pueblo no funcionaba. La mirada del hombre buscó la mía.

— Dicho en otra forma, estamos prisioneros tres personas, más la policía que está en el jardín... y cuatro niños enfermos, sin ningún socorro, sin médico— comentó furioso.

Se acercaba la noche, cuando el drama que vivíamos alcanzó su punto culminante. Pero casi esperábamos lo que siguió. Por la ventana vimos que una multitud se dirigía hacia la casa en que nos encontrábamos.

—Tengo una idea de que nos culpen de todo— murmuró Manuela, que fue la primera en notar el fenómeno.

—Montero no respondió. Frunció el ceño, miró a la gente rodear la casa, e invadir lentamente su jardín. Todo sucedía en un silencio que agigantaba nuestra angustia. Esa gente que avanzaba hacia nosotros tenía una expresión idéntica, próxima a la alucinación. Cada uno de los habitantes del pueblo me era familiar, y sin embargo no lograba reconocerlos. Parecían prisioneros de un hechizo, y hasta sus movimientos tenían algo de automático. Los padres de los niños cuidados en casa del alcalde venían adelante. El carabenero de servicio en el jardín entró a recibir órdenes.

—¿Qué hago?— preguntó, llevándose la mano a la funda del revólver.

—¿Hago evacuar el jardín?— insistió.

—No— replicó el alcalde. No haga nada. Veamos primero qué tienen que decirnos. Quédese aquí, voy a hablarles.

Lo seguimos a una pieza pequeña que ocupaba el centro de la casa y que quedaba vecina a la sala que habíamos arreglado para los niños. A pesar de todo, noté que de paso Montero había cogido su escopeta de caza que estaba en un rincón y la mantuvo al alcance de su mano mientras abría la ventana. Los invasores se encontraron justo frente a él.

—¿Qué quieren?— preguntó rudamente.

Fue Luis Martínez, hijo del anciano que acababa de morir, quien se aproximó.

– No queremos hacer daño, señor alcalde. Venimos solamente a buscar a los chicos.

– Están aquí para ser cuidados. Me he visto obligado a traerlos acá, puesto que ustedes no cumplen sus deberes de padres. Ellos necesitan atención. ¿Me oye? Y ustedes son criminales al negarse a...

– No sanarán mientras estén en su casa. El hijo de Ramón Acevedo ya se mejoró. Si queremos que los nuestros sanen, debe entregarlos. ¡Es usted quien atrae el mal!

Con gran esfuerzo, Montero logró dominarse.

– ¿Cómo puede decir eso? Luis, usted me conoce desde pequeño. Sabe que hemos sido siempre amigos, que sólo deseo el bien de todos. Les ruego que dejen de escuchar a Tugal. Es un hombre peligroso y está con sus facultades mentales algo perturbadas.

– ¡No debe decir eso! ¡Tugal es un enviado del cielo! Los que han muerto es porque ése era su destino. ¡Pero ha salvado a muchos! Recuerde a mi hermano...

– Su hermano jamás estuvo enfermo. Tugal se lo hizo creer a él y a todos... Y su padre murió por falta de cuidados. Vuelvan a sus casas, dejen los caminos libres. Se conducen como locos. ¿Tienen deseos

de ir todos a la cárcel?

– No iremos a la cárcel y queremos a nuestros hijos–, prosiguió Martínez con porfía.– No sanarán mientras estén aquí.

– ¿Quién dijo eso? ¿Tugal?

– No, el Espíritu.

Como por encanto el curandero apareció entre la multitud. Movía con su mano buena su bastón nudoso y su mano de plata, sin guante, se elevaba al cielo. El hombre parecía en trance. Lanzó al alcalde una mirada venenosa:

– Vas a devolver los niños, Ricardo Montero, si no la desgracia se abatirá sobre este pueblo. La cólera del Espíritu será terrible. Los niños morirán, las cosechas se quemarán, los animales perecerán de enfermedades, temblará si te atreves a desafiar al Espíritu. Demoliremos tu casa.

No creí a mis oídos. La locura de ese hombre era peligrosa y paranoica, y total su dominio sobre los corazones sencillos de aquellos campesinos.

– Voy a detenerlo– dijo el policía– ¡Es un poco peligroso y tiene a la gente convencida de sus poderes!

– No– ordenó Montero. –No vaya. Lo destrozarán. Mire.–

En efecto, en la muchedumbre aparecieron de repente horquetas y guadañas, como para rodear al curandero. La multitud hechizada había vuelto a un estado primitivo, producido por su locura colectiva.

– ¿Qué hacer entonces?– pregunté temblorosa.

– Sólo hay una cosa que hacer– con voz monótona había hablado Montero. Hay que librarlos..., a pesar suyo hay que romper este hechizo increíble.

– ¿Pero, cómo? Míralos. Beben sus palabras.

En efecto, Tugal se había subido a un banco del jardín y desde este pedestal improvisado arengaba a sus extraños fieles, señalando la apacible casa con gesto vengador.

– Hay que sacar a sus hijos de este lugar, si no la desgracia se abatirá sobre ustedes...

Calmadamente el alcalde, cogió su fusil. Apuntado gritó:

– ¡Escúchame bien, Tugal! ¡Sé que eres un mentiroso, un hipócrita y un cobarde! ¡Tienes una lengua dorada, eso es todo! Si en treinta segundos no has desaparecido de mi jardín, ni has despedido a esas gentes a sus casas y dejado el pueblo para no volver más, tan cierto como que me llamo Ricardo Montero, te mato..., y sabes que tiro a las perdices en pleno vuelo. Cuento hasta treinta...

Las vociferaciones del curandero continuaron peor que antes. Estaba loco de cólera, pero, visiblemente, no creía que la amenaza fuera en serio y fuera ejecutada. Chilló:

– Entren en esa casa, boten las puertas, recuperen a los niños. Después la quemaremos...

Mientras tanto la cuenta había comenzado y continuaba avanzando lentamente. Las horquetas se acercaron peligrosamente. Ya los hombres empujaban la puerta.

– ¡Treinta!– gritó Montero.

Simultáneamente salió el disparo, haciendo volar la gorra del curandero que, de pronto, dejó de gritar, palideció, tembló.

– ¡Adelante!– le ordenó, el alcalde... –Te quedan aún cinco segundos. Luego te dispararé en plena cabeza.

Los golpes contra la puerta cesaron como por milagro.

Ya ni siquiera se escuchaba un murmullo. La multitud contenía el aliento, esperando lo que iba a seguir.

– Uno..., dos..., tres..., cuatro...

Fue mágico. Cuando el arma de nuevo se levantaba, Tugal se dejó

caer del banco y huyó como desesperado. Se le vio correr por el camino que lleva hacia el mar. Hubo un instante de estupefacto silencio. Entonces el hombre de la escopeta les habló:

–Vuelvan a sus casas– ordenó–. Olvidaré todo esto. No es culpa total de ustedes. Mañana les devolveremos a los niños, pero el doctor entrará libremente en todos los hogares. Si vuelvo a ver a Tugal en esta comuna, les juro que no tendrá la suerte a la que acaba de escapar. Ahora márchense.

La multitud ya domada, se retiró lentamente. Algunos minutos más tarde los caminos estaban despejados. La huida vergonzosa del curandero había roto el hechizo.

– ¿Qué habría hecho si no se hubiera escapado?– le pregunté algo temerosa aún.

– Habría disparado, sin la menor vacilación. El daño hecho por él es irreparable y no debía continuar.

La historia del hombre de la mano de plata es ya sólo un mal recuerdo, por lo demás bastante lejano y que poco a poco se unirá a las múltiples leyendas del lugar. Lolol ha recuperado la paz. Es un pueblo como muchos en el país con un médico, hospital, escuela, plaza y niños alegres y sanos por sobre todo. Tugal es ahora sólo una especie de pesadilla.

PRIMER ■ PREMIO
REGIONES I, II Y III

*Una luz
maravillosa*

Margarita Mauricia Cortés Arrouch
ALTO DEL CARMEN, 3ª REGIÓN

Cuando yo era una pequeña niña de ocho años, mi papá tenía entonces una plantación de durazno en un ojo de agua del cerro Chililo, es muy lejos y se llega a él por la quebrada de la Totorá, hay que pasar cerros y quebradas. Nos íbamos muy de mañana, cuando comenzaba a aclarar el alba, al cantar alegre de los zorzales y de las diucas en ese tiempo no había reloj. A pie pelao montaba en mi burrito que se llamaba “Federico” y que le hacía honor a su nombre, pues su pelaje era largo y muy desordenado. En fin, pa'l caso yo lo quería igual, porque era mi único compañero. En aquel entonces me daban cinco higos y diez pasas las que tenían que durar un par de horas hasta llegar al cerro Chililo. Para mí eran sabrosas pastillas que chupaba y que me duraban hasta regresar al ruco de mis papacitos con el canasto lleno de los ricos y jugosos duraznos.

Un día fui con mi abuelo al cerro Chililo, el campo aún no aclaraba. Mejor dicho, estaba negro de oscuro. Yo iba a las ancas del burro bien abrazada de mi tata, pues así me abrigaba al sentir el

calor de su cuerpo, mientras él me contaba que en el cerro Chancoquín siempre veía una luz muy bonita. Cuenta que le contó a algunos amigos y que éstos le dijeron que de seguro era un tesoro o un entierro. Un día estos amigos motivados por el deseo de ser ricos se pusieron a escarbar; buscaron afanosamente el tesoro, pero nunca lo encontraron. Mi abuelo siguió pasando por ese mismo lugar, hasta que un día el burro se espantó y lo lanzó al suelo y al incorporarse mi abuelo vio de nuevo esa luz. Era una luz tan maravillosa y que jamás volvería a ver. Era una luz de variados colores, como perlas, diamantes y oro brillando juntos. Me contó que en medio de las luces se veían preciosas mujeres y hermosos paisajes. Mi abuelo me dijo: Niña, tú vas a ver algo que yo presiento no veré, es algo muy lindo. Pasó el tiempo y los años, mi abuelo ya no está y, tal como él dijo, en ese cerro hay una antena de televisión y la antena de la radio del valle. Ahora comprendo la visión que tuvo mi abuelo, veo en la televisión hermosas mujeres y lindo paisajes de la tierra. Igualmente escucho en la radio melodiosas voces de mujeres. Sin duda que esa era la luz maravillosa que vio mi abuelo Carmelo.

SEGUNDO ■ PREMIO
REGIONES I, II Y III



*El anhelo
del quirquincho*

Renato Valentino Brito Gavilán
ARICA, 1ª REGIÓN

Cuenta la leyenda, que el quirquincho era un animalito que gustaba de cantar en las fiestas que se organizaban en el altiplano. Aprovechaba toda ocasión para instalarse al lado de la banda y con mucho entusiasmo daba grandes alaridos que molestaban a los músicos, los cuales lo echaban tirándoles todo lo que tenían al alcance de sus manos. Sin embargo, el quirquincho no se desanimaba, buscaba ubicación en medio de los bailarines y comenzaba nuevamente con su singular canto. Pero era muy desafinado, por lo que los demás animales, en especial los cóndores, pronto lo hacían callar, llenándolo de insultos y bur-las. Sufría mucho por no tener una voz agraciada.

Día y noche practicaba y trataba de mejorar su desabrida voz, pero su autoestima decaía, por no poder cantar con la dulzura y melodía deseadas.

Durante la celebración de San José, patrono de Parcohaylla, pueblo ubicado en la cercanía de la frontera con Bolivia, a 4.600 metros de altura, un zorro le comentó que las aves y las ranas



aprendían a cantar con un sonido muy particular, parecido al murmullo producido por el viento al pasar entre las ramas de los árboles, en un valle a sólo una jornada de marcha en dirección hacia donde duerme el Tata Inti (Padre Sol). El quirquincho, entusiasmado con el relato del zorro, sacó un tarro de cocoroco (alcohol de caña) y lo convidó a beber con el propósito de conseguir mayor información. El zorro, ya embriagado, no tuvo reparos en contar todo lo que sabía a su peculiar compañero de juerga. Comenzó diciendo: “En un pueblo llamado Codpa, un humano tenía la magia del canto y otorgaba este deseo, pero a un alto costo...”.

Cansado de las burlas de los vanidosos cóndores, un día decidió bajar de la alta puna, para ir en busca del tan anhelado Don. El quirquincho caminó muchas horas sin denotar cansancio alguno. Iba alegre, sumido en el pensamiento de enfrentarse en las próximas fiestas a los mejores cantores de las altas montañas y acallar a los fastidiosos que se burlaban de él. Al llegar al verde valle de Codpa, corrió tras todos los humanos que divisó, pero sus cortas patas no le permitieron alcanzar a ninguno de ellos. Así estuvo deambulando entre los árboles hasta el atardecer, sin atreverse a acercarse al poblado, porque había escuchado que los humanos no eran buenos con los extraños. Al caminar por el lado de una choza alejada del pueblo, escuchó una bella melodía que venía del interior de ésta. Hipnotizado por los dulces cantos de los canarios que estaban encerrados en una jaula se atrevió a entrar a la choza. En ella había una gran variedad de hierbas colgadas, además de elementos que indicaban

que ahí vivía una persona dedicada a la hechicería.

Un perro, que rodaba por el lugar se extrañó de verlo tan alejado de su lugar habitual de residencia y le preguntó qué hacía por esos lugares. El quirquincho le relató sus penas y la solución dada por el zorro. El perro recomendó prudencia y que visitara al hechicero sólo al otro día. El quirquincho, lleno de ansiedad, no aguantó y al anochecer fue a la choza. Al ingresar a la pieza, a la luz de una vela, vio con horror el cuerpo de un hombre tendido sobre la cama, al cual le faltaba la cabeza. Sin duda era un brujo que había salido a recorrer el valle. Decidido a hablar con él, a pesar de su miedo, durmió en unos pastizales cercanos en espera del día para buscarlo. Al otro día se presentó en la lúgubre choza y solicitó al brujo, a cualquier precio, cantar como los sinfónicos canarios. La respuesta fue:

“Puedo enseñarte a cantar mejor que los canarios, que las ranas y que los grillos, pero tiene un costo que quizás no estés dispuesto a pagar”. El quirquincho, un poco molesto por la situación, no advirtió un dejo de malicia que traslucían las pupilas del brujo del valle, y preguntó con inocencia cuál sería el precio por tan deseado anhelo. El brujo contestó: “¡Con tu vida!”

Sin pensarlo dos veces, el quirquincho aceptó, y desde ese día, convertido en la caja de resonancia del charango, fue de fiesta en fiesta, por todos los pueblos andinos, siendo la envidia de todos los animales que saludaban con alegría en sus bailes su peculiar sonido y el sacrificio por la música.

T E R C E R ■ P R E M I O
R E G I O N E S I , I I Y I I I

*Clo,
clo, clo*

Luis Daniel Millanés Mondaca
ARICA, 1ª REGIÓN

(Versión lengua aymara local)

Pamparu uthatayna, javira jak'a, taqi wawanika

kauki saraña munata uthatayna, jupanaka mä aruki

parlasina, jupanaka munasikipxatayna.

Ukata mä wallpa patasiskatayna k'awnataki. Ukhuna k'awnasin
muspa warariwa.

Ukhuna wallpa mä k'awna pä k'awna tantasiwa wararasin.

Ukata wallpa wararasin, mä uthirinaka tantasipxiwa

janiwa warart' apa munasin.

Ukata wank'u siwa:

– Jilatanaka, aka tukuyañawa.

– Jisa, jisa khuchisa, uwija siwa.

– Amukt'ama sañawa, janiwa ukhumasin sarxañatata sañawa,
jukumari siwa.

Ukhuma xamp'atu wallparu parliri sarañapana.

Ukata janiki kuna mistuwa, wallpaxa k'awnasin
wararakinwa.

– ¡Naya mä yatwa! qanqata siwa, mä chakumpi laka chinuñani.

– ¡Waliwa! ¡ Khusawa! taqinaka siwa.

– Ukhurna alwata jani wallpa k'awnasin katuntatanwa

ulcata lakapa wali chamani chinutanwa, wallpa janiwa wararaña mistuñapa uthi. Ukata wallpa llakita amuiki k'awna tantaparu sarjiwa.

Mä uru pä uru sari, taqi uthañanakan walpa yatiña muni, ukata uñjasinsa suyt'apxatayna, llakitaki, suyapxatayna, ñä walipachawa sasin, xararañawa wallata siwa, naya chuymaxa llakitawa wallpa ukhumasin. Nanakaxa ukhumarakitanwa. Ukata taqinaka sarapxiwa, wallata lakapampi chinu. antutayna.

Wallpa lakapa sumata amuki ansuwa, nayraparu taqiru uñjiwa ukata tapata sartiwa, ukhuma jisk'a q'illu chiwchinaka mistu. Ukhuma taqinaka ;Khusawa, waliwa! sasina. Ukata taqinaka mä wallpa yatiñapa uthatayna, jupanaka yatirakitayna. Mä khusa suma chiwchinaka tañtañataki.

Clo, Clo, Clo

(Versión en español)

Vivían en el campo, cerca de un estero, todos los animales en completa libertad. Juntos se protegían, se ayudaban y hablaban una misma lengua.

Sucedió que en una oportunidad la gallina tuvo que empezar a preparar su nido para poder poner sus huevos. Pero en cada ocasión que ponía uno empezaba a cacarear de una manera estrepitosa. Así la gallina fue acumulando huevo tras huevo y se lo pasaba

todo el día con su : ¡Clo, clo, clooooo! ¡Clo, clo, clooooo!

Llegó a tal punto el alboroto que hacía la gallina, que el resto de los animales se reunieron para tratar de resolver el gran problema de tener una compañera tan bulliciosa.

El conejo, entonces, dijo:

Amigos, debemos poner punto final a esta situación.

– ¡Sí, sí!– Exclamaron a coro el cerdo y el cordero.

– Debemos decirle que ya no meta tanta bulla, de lo contrario la expulsaremos de nuestra comunidad– Sugirió el tranquilo búho

Así que encargaron al sapo comunicarle tal decisión a la bulliciosa gallina.

Pero todo fue inútil. Cada vez que la gallina ponía un huevo era inmenso el alboroto que armaba con su cacareo.

– ¡Tengo una idea!– parpó el pato. Para que no meta más bulla le amarraremos el pico con una cuerda.

– ¡Excelente! ¡Viva!– corearon todos en general. Llegada la mañana, y antes de que la gallina comenzara a cacarear, la tomaron de sorpresa y con una cuerda, firmemente, le amarraron el pico.

La gallina entonces ya no pudo cacarear más. Muy triste y calla-

da fue a echarse sobre sus azulinos huevos.

Así transcurrieron uno tras otro los días en silencio. Todos estaban pendientes de lo que pudiera pasar con la sentenciada gallina.

Fue entonces cuando todos empezaron a preocuparse y a preguntarse de qué si ya habría sido suficiente castigo.

– Debemos soltarle ya el pico–, solicitó el amigable flamenco, pues siento una gran culpa terminó diciendo.

– Yo igual estoy arrepentido– comentaron uno tras otro los animales.

Todos, entonces, fueron hasta el lugar en que se hallaba echada la gallina; y fue la guallata con su fuerte pico la que le soltó la amarra.

La gallina abrió su pico en silencio, los miró a todos fijo a los ojos, y se levantó despacio del nido. Tras ella una hilera de pomponcitos amarillos siguió sus parsimoniosos pasos.

Todos los animales, al ver el bello espectáculo, aplaudieron ruidosos y gritaron vivas por la gallina.

Al fin comprendieron que la gallina por su condición natural cada vez que pone un huevo cacarea anunciando quizás que se trata de un futuro lindo y pomposo polluelito.

Adiós a Pinto

Carol Marilén Albiña Zamorano
LA HIGUERA, 4ª REGIÓN



Vivía en Los Choros un hombre muy viejito, ya pasaba los ochenta años, que gustaba mucho de pastorear sus cabritas en el llano y en los cerros. En tiempos malos él quemaba los quiscos para que las cabritas pudieran comer sin tener que clavarse con las espinas; gustaba tanto de esta labor que podían pasar semanas sin que él, el viejo Aníbal, probara un bocado. Se llamaba Aníbal pero le decían Pinto por Aníbal Pinto. Era muy popular Pinto aquí en Los Choros porque era un gallo muy agallao. Solía decir: ¡eh, gallo! Era su expresión más conocida. Una vez se cayó del burro, se hizo un medio tajo que la Iluldita tuvo que ponerle varios puntos en la frente y a él no se le daba nada y volvía a decir: ¡eh gallo, es un churruto no más! Me parece estar escuchándole. También le gustaba mucho tomar y lo hacía cada vez que bajaba de la majada, y siempre le acompañaba su perro negro llamado Snoopy. Era su fiel compañero. Otro día Pinto en sus tomateras se cayó de la baranda del club, se dio unas vueltas y cayó al suelo, otro tremendo costalazo que se dio, medio lo curaban y allá estaba si no tomando, estaba en la mala. Era como se dice un plato. Una vez se enfermó Pinto de una

extraña enfermedad. No conocía a nadie y no tenía fuerzas ni para levantarse y menos para comer. Sus hijas asustadas se lo llevaron con él a Arica. Allá estuvo un mes, este gallito entre tanto andar detrás de las cabras se olvidaba de comer y lo único que tomaba era un tacho de té, así es que era pura debilidad la que tenía.

Tan pronto se mejoró, agarró su manto y su bolsa y se vino pa' Los Choros otra vez, para seguir con su ganado de cabritas. Cuando ya se sintió un poco viejo se juntó con un cuñado, esposo de su hermana menor, y éste cuñado era un poco miedoso como todo Zarricueta; y nuestro amigo Pinto se perdió una noche no llegó. A la mañana, llegaron las cabras pero él no. A ño Garo no le pareció extraño porque a veces Pinto agarraba el franco al pueblo a tomar; claro que esa noche no pudo dormir del miedo, pues sintió unos ruidos extraños en la noche como un alarido lejano, estarán penando pensó y del susto se acostó.

A1 otro día decidió ir al pueblo para ver si Pinto estaba allá, pero no lo encontró. Empezaron a buscarlo en el pueblo pero nadie lo halló.

Se armó una gran búsqueda para encontrar a Pinto en el campo. Todos pensábamos que lo podían hallar en alguna quebrada. Lo buscaron entre los cerros en las escarpadas y nadie lograba dar con don Aníbal. Otro grupo decidió ir desde el pueblo caminando guiados por don Inocencio. Casi al llegar a la majada, el perro



de don Inocencio encontró un bulto y comenzó a ladrar. Al acercarse encontraron a don Aníbal, quien al tratar de quemar un quisco se le había prendido su vestón y pantalón y en su desesperación al quemarse se arrastró como 200 metros tratando de llegar a la majada pero en su desesperación se apoyó en una piedra y contra ella azotó su cabeza y en ese lugar se quedó. Ya habían pasado dos días y esos fueron los alaridos que don Garo había escuchado. Un día agonizó el pobrecito. Pero nadie pudo salvarlo, lo encontraron muerto y con un 75% de su cuerpo quemado.

Así murió nuestro amigo Pinto, en los llanos cuidando de sus cabritas. Y tal vez si eso no le hubiera pasado, todavía estaría con nosotros, pero su alma quedó en estos campo cuidando del ganado que aún recorren estos llanos. No pudimos despedirnos de él, pero llevamos su recuerdo esperando que descanse en paz. Este es mi adiós a Pinto, una historia que nadie antes jamás escribió.

SEGUNDO ■ PREMIO

REGIÓN IV

Barrenando

Bartolomé Segundo Ponce Castillo
ELQUI, 4ª REGIÓN

Esta historia ocurrió en La Flor del Bosque, mina enclavada en los cerros de San Lorenzo, antiguo centro minero ubicado a treinta y ocho kilómetros al interior de Chafiaral Alto, en la provincia del Limarí, cuyo rinde y nombre copó tiempos coloniales. Trabajaba la mina Florentino Castillo Castañeda, afamado pirquinero del sector El Zapallito, en sociedad con el experimentado Zacarías Zepeda.

Aquel fatídico don Florentino llegó a la faena muy de madrugada, prendió fuego para calentar un poco de agua y desaparejó el asno dejándolo encerrado en un corral hecho con ramas de espiño; la noche recién estaba feneciendo, así lo señalaba un difuso manto de estrellas extendido por sobre los recónditos derroteros y oquedades de aquellos cerros colorados.

Con el “tacho” quemándole las manos aspiró el frescor de la mañana; sentado sobre la piedra de chancar, pensativo en aquel silente espacio, bebió a sorbos cortos la esencia del té nortino y la brisa mañanera aromada por la flor de la alcaparra. Inmerso en la inmensidad del silencio mineral percibió unos sonidos como

de piedras cayendo sobre piedras.

– ¿Meh..., y qué le habrá dao al cerro pa’ ponerse a rezongar tan re’ temprano?–, la interrogante se cruzó por su consciente.

– ¡Toc, toc, toc...!– el ruidito apenas perceptible crecía en sus oídos.

Intentando identificar de dónde provenía el monocorde golpeteo, entonces sus ojos se posaron en la boca del pique; se acercó y escuchó conteniendo el aliento: ¡el extraño palpitar parecía provenir del corazón del cerro!

Dispuesto a comenzar la diaria faena se puso el “mameluco” de trabajo, enganchó en su hombro izquierdo una lámpara de bronce y echándose a la espalda el morral donde cargaba agua, carburo, charqui, pan y queso, se dispuso a entrar al pique.

– ¡Toc, toc, toc...!– mientras bajaba al vientre de la mina, más fuerte oía el sostenido golpeteo.

Agazapado en el piso del pique encendió su lámpara y comenzó a arrastrarse por la estrecha galería.

– ¡Toc, toc, toc...!– el latido mineral continuaba creciendo en sus oídos.

Al acercarse al socavón donde trabajaba con el viejo Zacarías,

creyó identificar el acompasado golpeteo: era el ruido de un combo cayendo sobre la cabeza del barreno.

Al llegar al punto donde despejaba una veta de cobre bronceado lo sorprendió la tempranera presencia de su socio, reconociendo su figura corpulenta apenas alumbrada por la tenue llama de una lámpara; el ruidito que lo traía intrigado era sólo el barrenar de su ganchito.

– ¡Plum, plum, plum!– dispuesto a emparejarle la pega a don Zacarías agarró el barreno corto y comenzó a darle de combazos.

– ¡Toc, toc, toc...!– Zepeda parecía no haberse enterado de su llegada y seguía perforando el cerro.

– ¡Plum, plum, plum...!– el barreno giraba cual una marioneta en la palma de su mano izquierda.

– ¡Toc, toc, toc...!– el violento barrenar de su paisano acallaba los infinitos silencios de la mina.

Enganchada en una hendidura, la brillante lámpara a carburo alumbraba, ensimismada, la naciente sinfonía mineral hecha de hierro, piedra y músculo.

– ¡Toc, toc, toc...!

– ¡Plum, plum, plum...!

Los golpes contenedores de aquel impensado desafío resonaban inundando el tiempo y el olvido con su música vital y vigorosa.

– ¡Plum, plum, plum...

– ¡Toc, toc, toc...

Era un diálogo profundamente hermoso, quizás si mágico, expresado en la sonora voz de los metales. Era aquella una lid no declarada, donde el orgullo de ser el más “gallo” de todos nublaba la razón de los mineros.

– ¡Plum, plum, plum...!– Florentino redoblaba sus esfuerzos.

– ¡Toc, toc, toc...!– el barrenar de Zacarías lo aplastaba.

Eran dos corazones galopando en los aceros, dos pequeños mundos desgranándose en cada combazo, en cada silencio percibido y apreciado muy de tarde en tarde.

– Pero..., ¿dónde habrá dejao el penderrato?– la interrogante alumbró cual un relámpago el consciente de Florentino, trayendo en su luz una respuesta.

– ¡Seguro lo dejó suelto y el burro de carajo se le fue pa’ la quebrá!

– ¡Toc, toc, toc...!– el minero Zacarías perforaba, incontenible,

la piedra milenaria.

¡Plum, plum, plum...!– intentaba igualarle el golpe, Florentino.

El tiempo se había escapado raudo por entre las grietas de la mina Flor del Bosque y Florentino Castillo ni siquiera se había dado cuenta, aun cuando sentía el brazo diestro adolorido desde la muñeca hasta el hombro. Quiso ir donde su compañero de labores, pero más pudo su orgullo minero y decidió continuar con el trabajo.

– ¡Toc, toc, toc...!– Zacarías continuaba, inagotable.

– ¡Plum, plum, plum...! – Florentino reanudó la tormentosa pugna.

Por cuarta o quinta vez en aquella jornada agotadora, necesitó reponer el agua y el carburo de su lámpara. Con alivio soltó el pesado combo de ocho libras y aferrado al fantástico rito de recuperar la luz, aprovechó cada segundo para darle reposo a sus cansados músculos.

– ¡Toc, toc, toc...!

– ¡Plum, plum, plum...!

Transcurridas otras tantas horas de incesante barrenar, una vez

más su lámpara agotaba la flama de la vida, recargarla significaba brindarle una tregua a su cuerpo y a su alma.

– ¡Toc, toc, toc...!– el experimentado Zacarías le estaba ganando, el agua y el carburo de su lámpara eran inagotables.

– ¡Plum, plum, plum...!– el barrenar de Florentino era cada vez más débil. El tiempo se había escapado como un soplo, tenía sed, hambre y sueño, mucho sueño; la sangre corría por sus manos y con ella se le iba la esperanza. Inmerso en una nebulosa de sentimientos en constante ebullición intentó seguir con su trabajo, esta vez en la más completa oscuridad; cuando su lámpara dejó de ser un faro en el océano borrascoso de aquel presente incierto. Le faltó la voluntad para detenerse y devolverle la magia de la luz.

– ¡Toc, toc, toc...!– una perenne claridad alumbraba la fecunda labor del minero infatigable.

Recurriendo a sus postreras energías, buscó su lámpara, la recargó de agua y carburo, accionó el chispero y la alegría de la luz tuvo la virtud de acercarlo a la cordura. Ahí estaba el morral, abandonado como un mirlo huérfano. En su interior había queso, pan y charqui; a lo mejor Zacarías tenía hambre, iría a ofrecerle un poco de comida.

– ¡Toc, toc, toc...!– el barrenar de Zepeda retumbaba en el cere-

bro con la vitalidad de mil tambores indios.



Tranco a tranco se acercó a la oscurecida figura del minero, al misterio insondable del combo subiendo y bajando inmisericorde, coloreando con reflejos de fuego su inacabable movimiento.

– ¡Toc, toc, toc..., ven a mí, ven a mí!– recitaban los aceros.

A duras penas llegó hasta la altura de su gancho y la escena dibujada en sus retinas tuvo la virtud de congelarle el alma: la débil luz brotaba de una lámpara inexistente, alumbrando el constante movimiento de un combo cayendo sobre un barreno sin que nadie lo empuñara pues la sombra humana sólo era el rojizo pestañear de los ojos del maldito.

– ¡Ave María Purísima!– exclamó con un hilo de voz y al instante un fantástico estampido inundó de azufre el socavón minero.

Empujado por su instinto echó pie atrás y a ciegas buscó la lejana salida. Una vez en su rancho sanlorenzino, mientras recuperaba el habla y curaba sus heridas, las del cuerpo y del espíritu, le anunciaron que su socio llevaba dos días en cama y por tal motivo no había podido ir a trabajar... Florentino Castillo Castañeda, minero de El Zapallito, había pasado largas cuarenta y ocho horas barrenando con el Diablo, y todos los paisanos se lo creyeron, pues él era un hombre corajudo y de palabra firme. Y desde aquellos lejanos tiempos hasta hoy, nadie se atreve a



meterle barreta a La Flor del Bosque si no es en pareja y con mandas a La Virgen de la Piedra, pa' que proteja del Diente de Oro, pues el mandinga siempre busca a los más fuertes mineros, desafiándolos a barrenar hasta reventarlos, para enseguida arrastrarlos a sus dominios del Averno.

La chanchita que sabía leer

Luz Nuñez de Aguirre
ILLAPEL, 4ª REGIÓN

Habiendo jubilado, nos hicimos cargo de una parcela que mi marido había heredado.

Después de dos años la casa tenía mucho polvo, el campo estaba lleno de malezas y los cercos en el suelo, por lo tanto el trabajo que tendríamos era muy grande.

Habiendo puesto la casa en orden, cortado y plantado árboles, arreglar los cercos, etc., era necesario darle vida a la casa. Para eso adquirimos un caballo, un perro, algunas gallinas, unas vacas, un burro, pero lo que jamás pensamos era adquirir un chanchito, primero por lo sucio que según nos habían dicho que eran y segundo porque cuesta mucho llenarlos, "comen como chanchito".

Cierto día, mientras realizaba mis quehaceres, golpearon la puerta y al abrir me encontré con una niñita de unos 9 a 10 años que tenía en sus brazos un montoncito rosadito que parecía un perriquito, pero era un chanchito, ¿Cuánto pides? Me extendió un papel donde estaba anotada la cantidad de \$ 3.000.

Mi marido que escuchaba la conversación me dijo: "No compres ese chanchito, es muy pequeño, se va a morir", y dirigiéndose a la niña le preguntó qué había pasado con la chancha. Mi mamita la vendió porque no teníamos qué comer, contestó la niña.

A pesar de las protestas de mi marido corrí a buscar los \$ 3.000, y se los di a la niña.

Le preparé leche tibiecita en una mamadera que había quedado en casa después de la última visita de mi nieto.

El chanchito, que al final resultó ser una chanchita, crecía y crecía cada día; hubo que aumentar la leche, zanahorias ralladas, maíz molido y después maíz entero, pasto, nueces con cáscaras que trituraba sin dejar rastro. Como era tan grande y no se llenaba con nada, mi marido consultó con el veterinario y nos aconsejó darle afrecho, el que se mezcla con porotos cocidos; al llegar el verano agregamos baldes de tomates, sandías, melones, etc., parecía no llenarse nunca y comía como un chancho.

Más que un trabajo y los gastos que ocasionaba, la chancha se convirtió pronto en la atracción de la casa. Mis amigas iban a verla cuando se bañaba, era muy limpia y tenía hábitos muy marcados. Por ejemplo, cada vez que le abrían la puerta del chiquero para dejarle la comida, corría hacia el canal de riego que pasa por la parcela y se sumergía en el agua, dándose una y otra vuelta. Entonces salía y se sacudía, su color rosado era impecable.

ble, luego corría a devorar su alimento.

En las tardes, cuando le aseaban el chiquero, salía corriendo detrás del perro, correteaba las gallinas sin hacerles daño, siempre como jugando. Yo le decía a mi marido, ¡parece una niña!

Pero la niña creció y un día que me encontraba en Viña, mi marido me llamó para decirme que la chancha estaba enferma, hacía dos días que no comía, que pasaba echada.

Viajé al día siguiente y fui a ver a la chancha, estaba triste, inmediatamente llamamos al veterinario, quien después de examinarla nos dijo que la chancha estaba muy bien, lo que pasaba era que había entrado en periodo de celos y que debíamos "echarle chancho".

Nos alegramos porque estuviese sanita; pero ahora se nos venía otro problemilla, no teníamos plata para comprar un chancho, además los gastos iban en aumento; el mediero nos aconsejó que la lleváramos donde un señor que arrendaba chanchos y así lo hicimos. Después de haber acordado el precio y el día que debíamos llevarla, tratamos de llevarla a pie, pero ella se devolvía, no había caso de hacerla caminar, no quería salir de su casa.

Se nos ocurrió llevarla en una carretilla, y con gran dificultad logramos subirla y mi marido con el mediero la fueron afirmando; yo me quedé muy triste al ver cómo se llevaban mi chanchita.

A la semana siguiente, trajeron la chancha, la traían tirando de un cordel, se veía feliz de volver a su casa. Ahora había que esperar el proceso normal.

La chancha conservaba los mismos hábitos de antes. Ver comida, era como decirle báñate, noté que ya no corría como antes, se veía señorona, caminaba pausado, contorneándose, más reposada, cada día creía su guatita, el apetito era mayor, devoraba todo lo que le daban.

Ahora se nos presentaba otro problema. ¿Qué hacer cuando la chancha tuviera sus chanchitos?

Ninguno de los dos sabíamos de criar chanchos, de manera que compramos un libro donde venían las instrucciones de los cuidados que había que tener y cómo asistir a la chancha en los momentos de tener sus chanchitos.

Según las instrucciones del libro, el día anterior al parto había que darle comida una vez nacidos los chanchitos, había que cortar el cordón umbilical a cada chanchito a 15 cm y amarrar. La verdad es que estábamos muy preocupados, o más bien muy asustados y nos preguntábamos: ¿Cómo saber el día o la noche que iba a tener sus chanchitos? ¿Será esta noche? ¿Le dejaremos comida? ¿Y qué pasa si le dejamos la comida y tiene los chanchitos?

Compramos tijeras y la desinfectamos, algodón, desinfectante,

cortamos pitas y cáñamo para hacer las amarras. ¿Quién las liaría? Como el chiquero quedaba lejos de la casa compramos unas linternas por si el parto se presentaba de noche; los vecinos quedaban lejos, cada día que pasaba era un dolor de cabeza.

Hasta que una mañana muy temprano un vecino golpeó la puerta y gritó: ¡la chancha, la chancha! Rápidamente nos vestimos, mi marido tomó la linterna y gritaba no te olvides de las tijeras, mientras corría hacia el chiquero. Yo iba temblando.

Cuando llegamos al chiquero, una alegría se apoderó de nosotros, dimos gracias a Dios por lo que estábamos viendo, lo que tal vez para los que saben de chanchos era algo normal para nosotros era un milagro.

La chancha cual larga era estaba limpiecita, acostada amamantando a 12 chanchitos, rosaditos igual que ella, con miedo le toqué la cabecita y le di las gracias, ella me miró muy tierna.

Al mirar alrededor estaba la comida del día anterior intacta. Entonces le pregunté a mi marido, cómo supo la chancha que no tenía que comer. ¿Quién le enseñó a cortar y amarrar el cordón a los 12 chanchitos? "Parece que se leyó el libro", dijo el mediero. Claro, si es hija de profesor, por eso "la chancha sabe leer".

Retiramos la comida, se la vaciamos a las gallinas, guardamos todos los implementos y nos retiramos felices.



Al día siguiente mi marido le llevó comida fresca, a pesar que el libro decía que después del parto no había que darle comida. Cuando fuimos a mirar los chanchitos, lo primero que vimos fue el tiesto con la comida intacta, otra vez no había comido. Entonces recordé que la chanchita sabía leer y por eso no había comido.

Cada día que pasaba los chanchitos crecían y jugueteaban como verdaderos niños; al cumplir los dos meses hubo que trasladarlos más cerca de la casa, porque el chiquero quedaba a orillas de un camino y se nos perdieron dos chanchitos.

Ahora los teníamos a la vista y podíamos observar todos sus movimientos. Con una manguera mi marido los bañaba, se daban vuelta, corrían, mordían la chancha, era un espectáculo maravilloso; a medida que crecían fue necesario aumentar la comida, abrir una puerta hacia el canal para que se bañaran, porque el baño con manguera no era suficiente.

Un día de lluvia miré por la ventana y con sorpresa me di cuenta que no estaban los chanchos, y al consultar a mi marido me dijo que la chancha los había llevado a la leñera y él les había colocado unos sacos y paja para que estuvieran calentitos.

Se aproximaba el mes de septiembre, empezaron a llegar compradores de chanchos, como la situación económica era difícil, con mucho dolor fuimos vendiéndolos uno a uno. Quedaban dos y había que vender la chancha, se acordó el precio, era preciosa y enorme, pesaba 94 kilos. ¿Cómo trasladarla? Trataron de lle-



varla a pie, pero ella se devolvía, miraba a sus dos chanchitos que aún le quedaban y luego nos miraba cabizbaja, nosotros estábamos muy apenados.

Después de varios intentos por llevarla a pie, nos acordamos de la caretilla y se fue a buscar. Al ver la caretilla los ojitos de la chancha se encendieron y no dio ningún trabajo para subirla. ¿Por qué? Tal vez recordó que cuando la llevaron a casarse la primera vez iba en ese vehículo, y creyó que ahora iba a su segundo matrimonio, pero ella no sabía que ahora iba al matadero.

Don Nicacio

Salvador del Carmen Carreño
CASABLANCA, 5ª REGIÓN

– Don Nica, dice el patrón que esta tarde vaya a la oficina.

– ¿Pa' qué me necesitará?

– No sé na' yo pa' qué lo queirá–, contestó el mayordomo.

Esa tarde fue a la oficina del fundo. “Qué me irá a decir”, pensaba. “No será para despedirme, no ni pensarlo”, decía para sí. Pero esa era la verdad.

– Pase, don Nica lo estaba esperando–, dijo don Matías, dueño del fundo Los Maitenes, hijo del antiguo patrón de don Nica.

– Como usted sabe, yo estoy despidiendo a todos los inquilinos por eso le aviso. Este fundo se dedicará a criar animales y no necesito inquilinos. Así usted puede buscar dónde vivir. Tiene plazo hasta el 30 de abril...

Don Nica no sabía qué decir. El mundo se le vino abajo. No podía creer que lo echaran sin motivo. Él no habla fallado nunca al trabajo y cumplía donde lo mandaran. Sólo atinó a decir “yo hey’

servido 53 años en este fundo. No se acuerda, patrón, que yo le enseñé a andar; no se acuerda cuando era chico, yo le enseñé tantas cosas, por lo que su papá siempre me decía que nunca me iría de su lado...”.

– Mire, don Nica, eso lo decía mi padre, pero no manda. Aquí yo soy el que manda, veo lo que conviene a mí; y usted sabe que en el sur los inquilinos están formando sindicatos y les quitan los fundos a sus dueños por medio de la famosa reforma agraria. Por eso no quiero que me pase lo mismo y no correré ese peligro. Además los comunistas les meten en la cabeza cuanta mentira se les ocurre y los tontos les creen. Por lo tanto, me desocupa la casa en la fecha que le dije.

El viejo casi llorando, le dijo:

– Por lo menos, deme permiso pa’ levantar mi choza en el cerro y si usted. me necesita, yo le trabajaré de voluntario. Téngame lastima, patrón. Yo estoy viejo... Nadie, me va a dar casa en otra parte. Hágalo por su papá, que Dios lo tenga en su Reino.

– ¡Ta’ loco, cómo se le ocurre..! Ahí se juntarían para hacer reuniones y yo no sabría nada. Hasta luego, tengo mucho que hacer, que le valía bien le dijo y casi empujándolo lo sacó de la oficina.

– No puedo hacer nada más por usted...

Don Nica, llegó a su rancho donde lo esperaba sus fieles perros, sus compañeros desde que murió su mujer. Se sentó en una banca

que tenía en la cocina y se puso a llorar abrazado de sus perros y les decía: ¿Qué vamos hacer agora, Cholito? ¿Cómo voy a darles comida? Ya no podré traerles porotitos ni tendremos ni donde dormir... Si estuviera viva mi María, ella me ayudaría a llorar y me 'iría' "no llores más viejo"... Me haría un cariñito como lo hacía siempre que me veía triste. Si yo hubiera podido comprar un terrenito, no estaría sufriendo tanta humillación. Y dejando de llorar se para y encendió fuego calentó la olla con porotos y se los dio a los perros y les dijo coman hoy, porque mañana tendrán que buscar ustedes la comida. No tengo ganas de comer, parece que tengo algo atravesado en la garganta, no puedo tragar. Fue a la pieza, trajo una frazada, tendió unos sacos a la orilla del fuego, se acostó tapándose con la frazada. Llamó a los perros y les dijo: "dormiremos aquí para' ilos' acostumbrándolos por si no tenemos donde dormir y tengamos que dormir debajo de los árboles o bajo un puente. No podía dormir... se puso a pensar en su mujer y se acordó cuando ella lo regañaba por levantarse tan temprano, y le decía: "Pa' qué te levantai tan re' temprano, viejo, si los patrones no agradecen nunca nada y cuando estís viejo y te' pongai' lerdo te va a pasar igual que los "güelles" viejos ... cuando tiran despacio la carreta, y los venden pa' que los maten... a vos te va a pasar lo mismo... cuando no te "poais" las patas, te van a pegar la patá en el trasero y te van a echar a la calle. Tenís razón, María, pero tengo que regar ese trigo de "mirugaa", y tenía razón.

Mi vieja, así no más jue.

Ahora estoy viejo, no les sirvo como cuando era joven.. eso no sé.

Acuerdan, de too, lo que lei' servío. Si don Matías estuviera vivo seguro no me echa a la calle. De que llegó a mandar el patrón nuevo too cambió. Primero nos quito el talaje pa' la vaca y tuve que venderla; después me quitó el pedacito de tierra de ración que nos daba.

Don Matías. De too lo que más siento es que tuviera que vender la vaquita, re tanta falta que me hace... y pensando en su vieja su aspiración de poseer un pedacito de tierra se durmió.

Al otro día se levantó temprano. Como de costumbre, pasó a ver su compadre Augusto para ir a trabajar y le contó que lo habían despedido. Este le dijo:

– Cómo se le ocurre compaire que va ir a darle más los pulmones a ese jutre. Le parece poco lo que lo han pulpiao, y ahora lo echan a la calle... No sea tonto, no valía na' pa' el fundo. Lo que tiene que hacer es ir donde mi ahijao Peiro y decirle que lo ayude. Seguro que lo va ayudar.. Es re güena gente mi ahijao.

Al otro día salió temprano al pueblo donde vivía Pedro su único hijo de Don Nica. Esperó en el camino por si venía un vehículo para decirle que lo llevara al pueblo Santa Rosa, que distaba 8 kilómetros de distancia. Ahí estaba, cuando en una curva del camino aparecieron cuatro personas que muy pronto llegaron donde estaba él. Al verlo, lo saludaron. Eran inquilinos de otro fundo y él los conocía.

– Va pa’ el pueblo a echar una canita al aire, don Nica–, le preguntaron en son de broma.

– No ñor, no é que el jutre me despidió y tengo que irme no más...no queda otra, así que voy a ver al Peiro a ver si me puede a encontrar dónde vivir...

– Ese futre es mismo diablo en persona, dijo uno de los amigos de don Nica. Por aquí en las parcelas no reciben a naiden que busque casa...

Ni se dieron cuenta, cuando iban llegando al pueblo.

– Usted, don Nica, tiene que ir al Seguro pa’ que’ lo jubilen y demande al judío de su patrón... si quiere vamos juntos, nosotros vamos a ver a un amigo para que nos ayude, él sabe de estas cosas y nos va a decir qué tenemos que hacerlo.

– No, amigo, más adelante voy a ir... Primero tengo que ver al Peiro, pero la verdad era que don Nica era hombre sencillo y nunca sería capaz de reclamar algo, menos ir a una oficina, lo cual lo ponía tan nervioso que no podía ni hablar.

Se despidieron y se fue a la casa de su hijo. Como era medio día, Pedro estaba en la casa y salió a recibirle...

– ¿Cómo está paire? Qué güeno, que güeno que vino. Ya me estaban dando ganas de ir a verlo–, y llamó a su mujer: – Rosa ven a saludar a mi taita que viene de visita.

– No vengo na’ de visita dijo y se puso a llorar.

– ¿Qué le pasa, paire?, preguntó el hijo ¿acaso está enfermo?

– No, hijo–, contestó el viejo. –Es que el patrón me despidió y no tengo dónde irme. Naiden me dará casa... si ya estoy viejo...

– Ya no llore más, taita, –dijo Pedro. –Pase pa’dentro, estése tranquilo, yo le buscaré dónde vivir. Sírvase un platito de cazuela y después veremos qué vamos hacer.

Almorzaron, Pedro le dijo: “Sabe, vamos donde don Manuel Soto, el siempre me pregunta por usted... ¿Cómo sabe si nos arrienda un pedacito de terreno donde parar un ranchito? No se vaya hasta mañana y tengamos algo seguro”.

Fueron hablar con don Manuel, éste se mostró contento al ver a don Nica y cuando supo que lo habían despedido dijo: “Este caballero está loco, cómo se le puede ocurrir despedirlo. Usted, que lo crío, le enseñó andar, le daba en gusto todo lo que se le ocurría y ahora lo echa a la calle...

– Así no más, ‘jue pos’ don Manuel–, replicó el viejo.

– No se preocupe, don Nica, yo le arreglare este problema. Mañana venga temprano y vamos a ver dónde levante su rancho.

– ¡Muchas gracias! dijo Pedro. No tendremos cómo pagarle este favor.

—No es nada chiquillo—, respondió don Manuel. Este viejo fue bueno conmigo cuando yo sembraba a medias con Matías. Él siempre me daba más agua que la que correspondía y eso no se me le ha olvidado.

Al otro día llegaron temprano a la parcela de don Manuel y fueron con éste a ver el terreno donde levantaría el rancho.

—De aquí nadie lo moverá don Nica, haga su rancho y después veremos, porque hasta trabajo le daré...

Esa tarde se fue a su casa. Iba contento y decía “seguro que vos me ayudaste vieja a encontrar donde vivir. ¡Chitas que van a estar contentos mis perros! Ya no tendrán que dormir en los puentes o debajo los árboles”. Cuando iba cerca de la casa empezó a llamar a sus perros, los que llegaron corriendo y casi lo botan al suelo haciéndole cariño, corrían y saltaban de contentos. Él les decía, “ya sabían que me ha ido bien”, mientras ellos corrían a su alrededor. Estaba haciendo fuego cuando llegó uno de sus amigos con los que había ido al pueblo.

—¿Cómo le fue, don Nica?— le preguntó. —¿Fue al Seguro pa’ la jubilación?

—No ‘jui na’, ñor. No tuve tiempo—, contestó el viejo. —Tuve muchísimo que hacer pero cuando tenga un tiempito me largo a Santa Rosa y me oi’ derecho al Seguro.

– Tiene que ir... a nosotros nos jue re' bien. El amigo que fuimos a ver nos ayudó 're' mucho y vamos a demandar al jutre.

Se fue el campesino y el viejo quedó solo con sus fieles perros y se puso a hablarle: “nos vamos a ir al pueblo y tienen que buscar novia pa' que tengan hijos que les sirvan cuando estén viejos igual como me ayuda el Peiro”, y se reía al ver los perros que lo miraban. A lo mejor comprendían lo que les decía el viejo, tendremos casa pa' siempre y naiden nos echará a la calle, no' cierto viejo, le dijo al perro más viejo, luego se acostó y al otro día fue al fundo a pedir la libreta del seguro. Le dijo al patrón, “güeno, patrón no me va a dar nada por los 53 años que lei servió de inquilino...

– La libreta tiene que retirarla en el Seguro de Santa Rosa y pregunte si tiene derecho a algo que tenga que darle y si le dicen que sí, me demanda en la capital; él sabía que el pobre viejo ni conocía Santiago, y si tengo que pagarle tenemos que ir a juicio primero... así que busque abogado.

– Y se fue dejando solo a don Nica. Este volvió a la casa y se puso a arreglar las herramientas que necesitaría para levantar el rancho. Al otro día salió tempranito para el pueblo sin antes darle comida a sus perros y les dijo, “tienen que portarse bien, no me dejen sola la casa, yo estaré trabajando unos días haciendo nuestra casa, y salió”, llegó al terreno y se puso a trabajar como cuando era joven contento, de pronto se acordó de su negra y dijo si ella estuviera viva estaría a mi lado trabajando feliz, esta-

ríamos trabajando para nosotros, claro que era un poco guapa, pero –se le pasaba pronto, a lo mejor me está mirando desde el cielo, pensó, y se puso a mirar hacia arriba. En eso estaba cuando llegó Pedro y le preguntó:

– ¿Esta enfermo, paire?

– No, hijo–, contesta el viejo. Es que me acordé de su maire y me dio pena, yo voy a comprar clavos y lampazos a la barraca y cuando vuelva vamos almorzar a la casa y nos pondremos a levantar el rancho, mañana lo dejaremos listo y el domingo vamos a traer las cosas. Tengo permiso por tres días hasta dejarlo aquí tranquilo sin que nadie lo moleste, y se fue. Don Nica decía “puchas el cauro güeno que me salió, no estar viva su maire, que lo quería re tanto, cierto negra”, ... dijo y mirando al cielo se caían las lágrimas. “En cuanto esté viviendo aquí te iré a ver María y ayúdame mira que estoy enfermo, pero no le hey dicho a naiden. Quiero estar luego a tu lado, vieja”.

Al otro día fueron a buscar las cosas al fundo y se instaló a vivir feliz con sus tres perros. Salía en la mañana al cerro cercano. A veces llevaba de todo para pasar el día arriba mirando hacia el plan, pensando “allá me hubiera gustado haber tenido un pedacito de terreno mío y haber plantado de todo en el huerto, ya no se pudo, trabajé toa la vía para morir sin nada a que echar mano si me enfermo, si no fuera por don Manuel estaría botado en la calle como un perro”. Así pasaban los días, su hijo lo iba a ver y le llevaba de toda mercadería, para el sustento del viejo Nica. Un

día le dijo: “mañana tiene que irse temprano a mi casa porque iremos al Seguro para que lo jubilen. Al otro día fueron al Seguro, el empleado le dijo, esto se va a demorar y preguntó ¿Por qué tiene tan pocas imposiciones?, ¿cómo pocas?, dijo don Nica, si trabajé 53 años de inquilino en el fundo Los Maitenes y nunca fallé un día...

– Le deben muchas imposiciones, caballero, y tiene que reclamarlas si no su jubilación va a ser muy poca. Tiene que ir a la capital, a la Oficina Central... De todas maneras su jubilación va a salir, sólo tiene que esperar.

Al otro día vino a verlo don Manuel, ¿cómo está don Nica? Lo saludó, regular no más.

– ¿Qué le pasa, está enfermo?

– No es que ayer fui al Seguro y el patrón no puso ni la mitad de las estampillas a la libreta, así que la jubilación será re' poca. No 'pueo' demandar a don Matías, no sé ni leer ni escribir siquiera. ¡Cuándo le voy a ganar!

– ¡Puchas, el gallo sinvergüenza! dijo don Manuel. Los curas dicen la verdad y tienen razón cuando dicen que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja a que un rico salve su alma. A veces tienen razón los comunistas cuando dicen a los campesinos que se unan y formen sindicatos para luchar contra los malos patrones. Este gallo es malo de verdad. Allá arriba las pagará.

—Así es—, contestó el viejo.

Pasaron los días, el viejo salía temprano al cerro, pero el perro viejo no lo siguió un día, ¿qué pasa, viejo?, le preguntó. El perro estaba tendido en el suelo, sólo movió un poco la cola. Él le dijo quéate aquí si estoy enfermo, nosotros te traímos comida a la tarde... y se fue al cerro. Decía “pobre viejo si se muere tiene donde morir, no como yo que nunca pude comprar ni un puñado de tierra”. Cuando volvió esa tarde le decía a los perros “apúrense pa’ llegar luego a ver el viejo, tendrá más hambre que el diablo el pobre”. Cuando estaban cerca los perros corrieron delante de don Nica y aullando alertaban al viejo, don Nica corrió al ver los perros llorar, llegó al lado del perro que estaba muerto y se tiró encima de él llorando. Lo abrazaba y le decía: “¿por qué me dejas solo, viejito? Te quería como un hijo, primero se fue mi vieja y ahora vos mi mejor amigo”, y lloró hasta que se cansó abrazado del perro. Después le dijo a los perros: “Ustedes tienen que cuidarme ahora que el viejo ya no estará a mi lado”. Los dos perros lo miraban y movían la cola como sabiendo lo que les decía el viejo. Buscó un saco, echó el perro muerto adentro y lo puso arriba de una mesa. Al otro día hizo un hoyo y lo enterró. Llorando como un niño, le decía: “no te olvidés de mí, viejito. Espérame que luego estaremos juntos los tres, con mi vieja, allá arriba”.

Pasaban los días y el viejo estaba más triste. Echaba de menos su vida de inquilino, lloraba a cada rato por su querida María y ahora por su perro ya para él la vida no le interesaba, al no poder

nunca tener un terrenito que fue su meta de toda la vida. Ahora estaba viejo, solo, enfermo, sólo pensaba en juntarse pronto con su vieja y su perro. Todos los días se iba al cerro con sus queridos perros y conversaba con ellos y les decía “pa’ qué queremos tierra ahora que ya estamos cada día más solos”. Su hijo lo iba a ver seguido, lo notaba muy triste y le preguntaba “¿esta enfermo, paire?” “No, hijo”, contestaba él, “sólo un poco triste por la muerte del viejo”... “Güeno le decía Pedro, si quiere lo llevo al doctor”. “No, hijo, estoy bien” replicó don Nica. Pero la verdad era otra. En las noches se ahogaba y no podía respirar y cada día sentía más dolores en el pecho. Él decía “estoy viejo y todo me duele; de repente me moriré, lo que más sentiré es a mis perros. Quién los va a cuida, quién sabe si morirán de hambre los pobres”. Pedro un día le dijo a su mujer: “sabís, Rosa, tendré que ir todos los días a ver a mi taita lo noto muy triste... está enfermo, pero dice que está bien. Pero no le creo. Estos días lo llevaré al doctor”.

Pedro iba en la mañana a verlo, le llevaba de todo para que comiera y no le faltara nada. El viejo le preguntaba: “¿Juiste al Seguro a preguntar por la jubilación...?” “Tuai no hay na”, replicó Pedro. Así pasaban los días y el viejo está más decaído. Apenas andaba despacio, hablaba con los perros y se iba al cerro temprano.

Un día llegó Pedro a verlo y en el rancho no estaba. Fue a la cocina, metió la mano al fuego y estaba frío. Pensó: “mi paire no

hizo fuego esta mañana, a lo mejor no durmió aquí... Es raro”, dijo, y le entró una gran duda. “No estará enfermo arriba del cerro...” En eso estaba cuando llegó el perro más nuevo, el Nene como lo llamaba don Nica. Al ver a Pedro se puso a ladrar y corría por el camino que usaban para ir al cerro, miraba para atrás y volvía al rancho otra vez, hacía lo mismo y saltaba junto a Pedro. Este dijo: “Parece que el perro quiere que lo siga al cerro...”, y salió tras el perro. Este corría adelante, se paraba esperando si Pedro lo seguía, luego trotaba cerro arriba, lo más rápido que podía. Ya no cabían dudas, el perro lo llevaba donde estaba su padre. Cuando llegaron a la cima, debajo de un quillay estaba don Nica, tendido en el suelo, a su lado aullaba dolorosamente mientras lamía sus manos el fiel Cholo. Don Nica tenía un puñado de tierra en cada mano que apretaba como temiera perderla. Pedro no podía creer que su padre muriera solo botado sin nadie que le pasara un poco de agua en su agonía. Hincado a su lado lloró largo rato y miraba a don Nica con sus manos crispadas apretando ese puñado de tierra, estrujándola como diciendo ya te tengo en mi poder, eres mía; yo nunca fui tu dueño y tantos deseos que tenía de tenerte... Hoy la tierra lo llamó a su seno desde ahora estarán unidos eternamente. Los dos se amaban, ella con amor le entrega sus frutos abundantes de lo que él sembraba en la tierra, él todos los días sufría por no poseer un pedacito de ella. Era su único deseo, hoy están unidos para siempre y su querida lo cobijará para siempre en su seno y los dos serán una tierra por siempre.

*El cascabel
de algunas cabras*

Emilia del Pilar Chelén Migliorino
QUILLOTA, 5ª REGIÓN

Don Lolo dice que para contar historias ancestrales tenemos que hablar metafóricamente, pues las palabras encubiertas son las que llegan al alma y permanecen en ella.

Don Lolo dice que esas son las palabras que se recuerdan porque pasan por el corazón dos veces.

Para encontrar a Don Lolo, sólo basta ubicarlo con su enorme rebaño de cabras, con sus siempre vigiladas cabras blancas a las que les cuelga un cascabel, y siempre lejos de sus cabras negras.

Un día le pregunté por qué sólo las cabras blancas usaban cascabel, a lo que él me dijo primeramente: “*Les cuelgo un cascabel porque pueden olvidarse que son cabras*»... y seguidamente me relató una historia que le contaba su abuelo cuando era niño:

Dicen que hace muchísimos decenios, en una época en que se contaba lo incontable, existió un pueblo llamado Cascabel. Este pueblo en una época fue fructífero, habitado por hombres y mujeres de labradores germinaban su vida y sus tierras.

Dicen también, que en el pueblo de Cascabel, las persona, habían quedado ciegas a causa de su falta de prudencia, su poco juicio y su ignorancia. Aquella ignorancia que no deja ver las cosas que son más evidentes, aun para los sujetos tozudos.

Si bien ninguno de sus habitantes veía, habían subsanado aquella maldición con artilugios sonoros, ya que desde los más viejos hasta los recién nacidos les era cosida en su ropa una serie de cascabeles los cuales cuando sonaban cada uno con distinto sonido, anunciaba a cada persona como única y reconocible por los demás.

Cada uno de los habitantes de Cascabel podía reconocerse por el ruido que emitían sus cascabeles. Desconfiaban incluso del sonido de su voz, ya que las palabras engañan; desconfiaban también de su tacto, puesto que el aspecto físico muta, se envejece o puede ser ocultado con caretas.

Los habitantes de Cascabel sólo se confiaban de aquel sonoro ruido que emitían esos cascabeles, algunos desgastados con el paso del tiempo, otros frescos como la ternura que emanaba de los pequeños que los portaban. Con el paso del tiempo dejaron de valer-se de su vista y sus ojos fueron cerrados para siempre. Todos y cada uno de los habitantes de Cascabel fueron quedando ciegos.

Nadie sabía a ciencia cierta el porqué de aquella condición precaria de aquel pueblo. Los más viejos decían que era a causa de

que en la zona todos querían ser lo que no eran, o soldados valientes o mujeres hermosas, renegando de una vida de labriegos con signos de manos ajadas por el frío y por el trabajo diario; desconociendo por tanto sus raíces y arraigo ancestral.

Lo cierto es que los más viejos recuerdan a un joven soldado que había participado en conquistas españolas, eliminando a muchos autóctonos de la zona y cuyo renombre llegaba a lugares lejanos, el cual comenzó a ser objeto de envidia de los hombres.

Se cuenta también el trágico fin de su vida: al volver gloriosamente del campo de batalla y previo a la despedida que le habían hecho sus camaradas en la cual el vino había abundado a rabiar, el joven soldado ebrio, de regreso al regazo de su madre, se jactó durante todo el camino de sus hazañas, de su valentía y de su espada, aquella arma bélica que lo había llevado a inmortalizar su nombre en los anales de la historia, su pecho se erguía más, toda vez que de cuando en cuando salían al camino algunos labriegos que le ofrecían un trago que generosamente era aceptado. Bebían los peregrinos envidiando la suerte del joven soldado, bebía el joven soldado jactándose de su suerte; y así, embelesado por aquel momento de gloria, el joven soldado galopaba raudo en su caballo, sin saber que aquellos iban a ser los últimos minutos de vida que el destino le deparaba.

Se contaba que el joven soldado fue encontrado una semana después con su arma hundida en su vientre. Nadie supo cuál fue el fin del joven soldado. Sólo el destino: que dispuso que en el

camino del jinete y del caballo se interceptara con ellos el animal más bajo e insignificante que puedo existir, una rata, la que asustó al caballo, el cual se puso brioso y botó al joven de su cabalgadura y al caer al suelo enterróse su espada.

Así se cuenta que murió el más valiente joven a manos del más insignificante ser, un ratón. Lo curioso fue que en el momento de su hallazgo, los hombres que lo encontraron y todos los varones del pueblo, jóvenes y viejos se decepcionaron a tal punto que llegaron a aborrecer a aquel cadáver al mismo tiempo que quedaron ciegos al ver amputado el objeto de admiración, el joven soldado; se dice que esa admiración rayaba en la envidia y al no ver más el objeto de su envidia prefirieron cerrar para sí siempre sus ojos.

Como producto de dicho evento, sólo las mujeres quedaron con la capacidad de ver. Se cuenta que todas las mujeres eran de rasgos duros y quemados por el sol, aquellas huellas que deja el tiempo en las sufridas y trabajadoras mujeres de la tierra.

Don Lolo relataba la historia de una de ellas en particular: aquella de una muchachita también de rasgos duros y quemados por el sol. La pequeña muchacha estaba henchida de felicidad al ver que pronto traería al mundo a una criatura, la cual se anunciaba como una hermosa hembra, con la cual rompería con el pasado de mujeres poco agraciadas. Los meses de la dulce espera pasaron rápido y llegado el momento del parto todas las comadreras del pueblo se reunieron en torno al lecho de la parturienta, todas

las mujeres temblaban de emoción al ver que por fin un integrante del pueblo sería hermoso: una niña hermosa, la cual no sería instruida en las labores del campo; ¡no! , ni pensarlo, ya que esta hermosa niña sería destinada a un futuro libre del sacrificio y desgaste que implicaba una vida de labriegos, de sudor, de barro, de semillas, de vergeles... Todas las mujeres temblaban de envidia al ver que una niña hermosa nacería, al ver que por primera vez un integrante del pueblo no sería labriego. Los minutos pasaron trémulos y en el ambiente se respiraba emoción y dicha, el cual fue trocándose por una espera densa y maliciosa. Había nacido la niña más hermosa de la que se hubiera tenido noticia, su piel era como el durazno y sus pelusas de pelo como ébano, pero aquella era una belleza envidiada, ya que realmente era hermosa y aquella hermosura no podía ser destinada a ser una sirvienta de la tierra. Sin embargo esta misma belleza despertó en las mujeres un sentimiento de admiración tan grande que rayó en la envidia y desearon fervientemente que esa belleza de la pequeña criatura jamás fuera admirada por nadie. Y en el momento del nacimiento, al momento de asomarse la criatura desde su encierro al mundo que la esperaba, todas, y sin excepción, las mujeres del pueblo quedaron ciegas, al ver que un hermoso ser, cuya beldad era excepcional, había nacido.

Es así que se cuenta que el pueblo de Cascabel fue quedando ciego: los hombres por su admiración desmedida y las mujeres por su envidia. Todos aquellos que renegaban de su propia vida se fueron quedando ciegos, acompañados sólo por el ruido de sus cascabeles. Don Lolo cuenta que esos mismos cascabeles son los que tienen sus

cabras blancas hoy día colgados en el cuello.

Las preguntas que se me vienen a la mente luego de escuchar este relato son muchas, pero sólo atino a preguntarle cómo pudo obtener dichos cascabeles.

Don Lolo sólo sigue contando su historia, aquella historia que lo contó su abuelo:

Un día al pueblo de Cascabel llegó un caminante venido de muy lejos. Se cuenta que venía escapando de la justicia pues era un ladrón. Sus inciertos y trémulos pasos lo condujeron a Cascabel. Cuenta este caminante que al ingresar en aquel poblado el espectáculo era asombroso, la sonoridad de aquel pueblo lo dejó perplejo Sin embargo ante el embeleso que le produjo el ruido de muchos cascabeles no se dio cuenta que fue apresado por los mismos habitantes que él contemplaba. Fue apresado no por ser ladrón, sino por ser extranjero, alguien hostil al ambiente de Cascabel. Y este ladrón al ver que su vida peligraba propuso trocar su vida y su libertad por devolver al pueblo la visión. Todos los habitantes del pueblo quedaron sorprendidos ante tal propuesta ¿Acaso este extranjero sería brujo o un hechicero?... Sin cuestionarse por más tiempo la interrogante, decidieron ponerse en manos de este desconocido personaje. Sin embargo, lo único que pidió el forastero fue dialogar con el hombre más anciano de aquel pueblo, aquel hombre que la vida ha hecho sabio por los años que porta en su cuerpo; y pidió conversar con ese anciano precisamente para que le contara la historia de aquel pueblo. Tam-

bién prometió que a la mañana siguiente a dicha conversación todos y cada uno de los habitantes del pueblo volverían a ver. Expectantes ante tal ofrecimiento, los habitantes de Cascabel accedieron a él. A la mañana siguiente, todos los habitantes de Cascabel despertaron presurosos, sentían en el ambiente que algo mágico había ocurrido, el milagro que pidieron por años se había logrado.

Todos y cada uno de los habitantes habíanse dirigido a la plaza del pueblo. Todos y cada uno de sus habitantes ya no cargaban sus cascabeles. Aquel ruido que habían tenido que escuchar por años se había desvanecido mágicamente. Todos y cada uno de los cascabeles habían sido robados por aquel peregrino. Al verse sin sus cascabeles, los habitantes desesperados y trémulos comenzaron a dar alaridos; sin embargo el peregrino, que todos creían que se había marchado, los hizo callar con un ensordecedor grito: *“Escúchenme, escúchenme, ya nada les impide que vean, ya nada les impide que abran sus ojos, pues ya no tienen sus cascabeles”*.

La muchedumbre comenzó a alborotarse y a desesperarse cada vez más, pero el peregrino les sentenció: *“Amigos labradores, campesinos todos, ya nada les impide ver, ¡ustedes ya han pagado el precio por su osadía de despreciar su pasado, de envidiar lo ajeno y de no perseverar en la vida! Ustedes siempre habían sido un pueblo que trabajaba con las manos, sus conquistas día a día se ganaban con el trabajo y el esfuerzo que da la tierra y no necesitan triunfos militares ni tener belleza física. El verdadero valer y la verda-*

dera belleza provienen del alma, del sacrificio de tener día a día que levantarse con el sol, de germinar su tierra y de transmitir esta sabiduría de sus ancestros a sus descendientes”.

De esta manera poco a poco los habitantes de Cascabel fueron abriendo sus ojos. A todos y a cada uno se les devolvió la vista y de esta manera obtuvieron savia nueva para ser sabios nuevos. También se cuenta que a aquel peregrino, en agradecimiento, le regalaron los cascabeles. Y este peregrino vendió una cantidad de cascabeles y se compró cabras; y con la otra porción que le quedó de cascabeles, los colgó en el cuello de las cabras blancas.

Don Lolo me dijo que este peregrino era su abuelo, y que su abuelo pasó a su hijo sus cabras blanca con sus cascabeles y sus cabras negras; y este hijo pasó sus cabras blancas con sus cascabeles y sus cabras negras al hijo que tuvo, que fue Don Lolo; y así de hijo en hijo pasóse la historia del pueblo de Cascabel. Pasáronse además las cabras blancas con sus cascabeles y las cabras negras.

Sin duda al terminar de escuchar esta historia a mí como a ustedes nos surgen dos preguntas: la primera es ¿y qué hay de las cabras negras? a lo que Don Lolo respondió: *“Las cabras negras? Ah, esas son buenas”*. ¿Y dónde quedaba el pueblo de Cascabel exactamente, don Lolo? a lo que don Lolo, mi abuelo, respondió: *“En cualquier lugar donde tú quieras que se encuentre”*.

Recuerdos

Luis Wilfredo Venegas Carrasco
QUILLOTA, 5ª REGIÓN

*E*ra muy temprano, faltaba poco para las 8 de la mañana. Antonio caminaba por el camino de tierra. Desde su casa avanzaba rápido, y sentía el rocío sobre el pasto. A él le gustaba mojarse sus pies desnudos, pensaba: “cuando sea grande me compraré unos zapatos gruesos”. Sí, de esos mismos que usaba su padre y su abuelo cuando bajaban al pueblo de Lautaro. Tenía 6 años, y no sentía frío a pesar de usar una camisa delgada y un suéter de lana de esas que pertenecían a sus ovejas que él cuidaba y su padre esquilaba. Pero era el más bonito y cuando su madre lavaba en el estero de aguas claras conocido como Quilacura y que en las tardes de espera de que él volviera con sus ovejas ella hilaba y después se encargaba de teñir y, lo más hermoso, con esas manos que les hacían cariño y les tejía ese suéter tan abrigado que tejía con esos palillos que le había comprado al famoso falte don Guillermo.

En uno de sus costados llevaba un bolso, de esos que había visto a su abuela tejer en ese telar mapuche, que les daba colores y que ella misma había elegido y teñido, porque era un gran acontecimiento: nada menos que el niño de la casa iba a ir a la escuela

para aprender a escribir y contar y la escuela era de los curas, de esos que usan la barba larga y que hablan raro. ¿De dónde dijeron que eran? De una cosa llamada “Iemania”. Eso debe estar muy lejos, porque usan ojotas y además con barba larga y con esa ropa que parece saco. Sí, de esos mismos que usaban para las papas y el trigo.

Mientras caminaba para la escuela vio un zorzal que estaba buscando entre el pasto las lombrices y hasta las langostas y quiso probar su puntería. Sacó desde su pantalón de media pierna, una honda. Sí, una de esas buenas que le ayudaba a hacer su padre, las mejores y con los lados de cuero y al medio un pedazo de cuero de vacuno curtido, y tanteó en sus bolsillos hasta encontrar una piedra perfecta, la misma que necesitaba, y miró silenciosamente; le contaría a sus compañeros, quienes le harían muchas preguntas, como aquellas relacionadas ¿de dónde había sacado la honda? ¿Quién te la había hecho? – Te la cambio. Estaba en eso cuando el “Juncal,” el mismo perro regalón de él y que algunos le llamaban quiltro y él sin saber por qué, se acercó ladrando muy fuerte. Se le había perdido su amo y con el puro olor lo encontró por el camino. ¡Qué lástima! En mal momento, cuando él había de cometer su hazaña y el zorzal con el ruido se escapó y así logró tener más vida.

Para otra vez será, se dijo interiormente, y más encima apenado. Sus pasos fueron más apurados. El sol se empezaba a mostrar más fuerte y más grande y así saludó desde lejos a un amigo. Era el José, el de las parcelas de los colonos que habían llegado cuando su bisabuelo el gran cacique Queupil había entregado esas tierras

por un par de botellas de licor y de vino en ese pueblo que él llamaba Lotaro, y por el notario de ese pueblo había ido a hacer una cruz y no supo lo que había hecho, hasta cuando llegó el nuevo dueño y colocó una cerca de troncos, ¡si en el terreno mapuche no había cerca! Así se fueron distinguiendo las tierras mapuches y de los colonos.

Los árboles y las hojas y hasta las plantas le hablaban y le decían: “Antonio, estudia y sé alguien en el mañana, y podrás ayudar a los tuyos que tienen sus ojos puestos en ti como el hombre de la casa y del futuro”. Llegó al colegio, se reunió en el camino con más hijos de colonos. El colegio era de dos pisos de madera, una campana de fierro y que se escuchaba todos los días a lo lejos cuando se llamaba a clases y algunos domingos cuando el cura de Vilcún venía a hacer la misa a esa cosa que le llaman Dios y que las monjas se dedicaban a enseñarnos. Miró alrededor, muchas caras blancas, rojas, ojos café, verdes, azules, pelo rubio, castaños y de otros colores y con esos apellidos raros ¿de dónde habrían salido? Hombres y mujeres, buscó si había otro de su estirpe mapuche con quien conversar en mapudungun. No, era solo él, el que estaba ahí.

Eran dos salas, una para los que no sabían leer y la otra para los que ya sabían, así era la diferencia. Pero él había dicho y prometido que estudiaría y lo haría bien y que algún día, pero muy pronto, saldría entre los primeros que sabrían leer. El patio era de tierra y los baños estaba atrás. Uno para las mujeres y otro para los hombres. Eran pozos negros, y el agua se sacaba en una llave de esas

que se mueven para arriba y abajo, y era muy fría. Nada que ver con el agua que él debía ir a buscar con su madre al río Quilacura, donde el agua corría y hasta con suerte se podría sacar un pescado y ensartarlo en el fogón de la cocina y después sentirlo cómo crujía al comerlo entero.

Estudió muy fuerte y logró terminar los cursos que daban ahí. Se fue al internado de los curas en Vilcún, y de ahí pasó a Temuco, en ese tren de vapor y estudió en el Liceo de hombres. Era de los pocos y sus compañeros se reían de él, pero fue más fuerte y terminó dando una prueba y llegó a la universidad.

El día que se recibió de abogado en la Universidad Católica de Valparaíso estaba solo. Le daban fuerza las becas y el trabajo que él hacía con sus clases particulares, sobre todo de mapuche, a los extranjeros que llegaban al puerto. Su padre seguía arando en el campo, y con menos tierra; su abuela había fallecido, y la familia se estaba desintegrando. Hizo carrera, fue contratado en varias empresas importantes y en todas era bien considerado, vivió bien del todo, se casó y tuvo una gran familia. Todos sus hijos llegaron a ser universitarios y profesionales. Estaba solo recordando cuando apareció su nieto llorando, era el que tenía más cara de blanco, pelo casi rubio, ojos azules casi igual a sus compañeros que él tuvo en esa escuela, y llegó y le hizo la pregunta que lo dejó helado.

¿Por qué, Tata, me dicen mapuche? ¿De dónde es el apellido Queupil? Dime, por favor. Se sentó en la silla y miró al sol. Al

mismo “Antu” que le contaba su abuela y le comenzó a narrar la historia de su vida y le dijo que antes de irme a reunir con mi familia en el cielo, iremos todos a conocer donde viví y de donde salí hace muchos años y de donde no he vuelto a ver nada de ello.

Decidido a recorrer y recordar el pasado, reunió a toda la familia, esposa, hijos, nueras y nietos y nietas y les dio la noticia que irían todos a ver ese gran lugar mágico. Todos esperaban ese gran día y de recordar el pasado de Antonio.

El viaje en el bus demoró poco, según él. Se bajaron todos en Lautaro preguntaron por qué medio podían llegar a Quilacura. Les dijeron que en una micro de los buses rurales, a las 16 horas. Mientras tanto fueron caminando y recorriendo esa ciudad de Lautaro, su plaza y sus calles y vieron a los mapuches que habían venido a comprar sus cosas.

Miraba distraídamente un par de botas en una tienda, cuando el reflejo de la ventana le llega. Al lado suyo había un campesino mapuche. Se miró y se vio a sí mismo cuando estaba en el campo y también a su padre y hasta su abuelo eran iguales. Es decir, estaba entre sus iguales.

Todos miraron el reloj, estaban impacientes... Se subieron al micro. El chofer le preguntó dónde se bajaban, él respondió en la escuela de Quilacura. Se fue en el primer asiento y parecía que volvía al ayer, el mismo camino y hasta el río Muco con ese verde tan intenso al lado del fundo donde le gustaba ver a los

animales tan gordos.

Hasta las caras de los pasajeros eran iguales. Realmente estaba muy feliz. Las risas y el olor tan característicos le llegaban a su nariz.

Fue el primero en bajarse, los árboles, y las plantas que lo habían saludado en su primer día de clases le daban la bienvenida y hasta los pájaros le saludaban. Apuró el paso, llegó primero, se sacó los zapatos y metió sus pies en el estero de Quilacura. Reía y gozaba, sus hijos lo miraban incrédulos y sus nietos y nietas lo imitaron, se mojaban los pies y chapoteaban en el agua. El abuelo había dado permiso y era una orden mojarse.

Habló con gente de su pasado, la lengua mapudungun le resultó familiar y brotaban fluidamente, y le contaron todos los problemas que tenían, sobre todo que estaban quitando más tierras por límites, y él decidió ayudarlos y les pidió las firmas, las presentó al juez y los movió en todos lados, hasta que salió el fallo que dejaba las tierras entre los mapuches.

Podía estar en paz, sus antepasados estarían felices había vuelto y ayudado a sus pares.

P R I M E R ■ P R E M I O

R E G I Ó N VI

La Chola

Alfonso Segundo Becerra Bravo
LOLOL, 6ª REGIÓN

Hay una historia en el tiempo que yo escuché del abuelo.
Historia que aún se cuenta al calor de los braseros.
Allá por el año cinco, del siglo que ya se fue,
María Raquel se hallaba en su primera preñez.
Mi niña me pidió un cuento. Fue así como urdí esta historia,
que por años se quedara registrada en su memoria.
Detrás de Las Candelarias, sale un caminito a Teno.
Y un poco antes de Cómalle, está el sector Los Canelos. Por allí
nació mi abuelo, cuando el siglo comenzaba.
Y de él, aprendí esta historia que, como herencia, guardaba.
Allá, por el año cinco, del siglo que ya se fue,
la abuela Raquel se hallaba en su primera preñez.
Su marido, Luis Anselmo, andaba en la cordillera
talajeando sus ovejas, de verde, en verde pradera.
Un día, por la mañana, Raquel, la joven esposa,
sintió dentro de su vientre contracciones espantosas.
Al comienzo tuvo miedo, porque se encontraba sola.
Es que las casas en el cerro son distantes unas de otras.
Caminó dificultosa, por la sombra del parrón,
como pidiendo un auxilio, auxilio que no llegó.

Dio un silbido como pudo, La Chola paró la oreja.
Llegó a galope tendido y se detuvo en la reja.
La Chola, yegua nonata, la que nunca fue parida,
sacáronla de la panza, cuando su madre moría.
María Raquel la crió, con cariño y mamaderas,
con alfalfas y hualcacho, desde potranquita a yegua,
potranca algo cabezona, de tusa y cola salvaje,
fue siempre la regalona, preferida entre el bestiaje.
La Chola no se quedaba en devolverle cariño;
Era relinchona y mansa, como los ojos de un niño.
Unas hojitas de parra, le dio mientras la ensillaba.
La Chola miraba inquieta, Raquel la cincha apretaba.
Por entonces, en el cerro, la vida era más huraña
y había que ser muy dura pa' parir en la montaña.
El hospital no contaba pa' la mujer "parendera"
y la única esperanza, una viejita tronquera.
"Mama Menche" la llamaban, y vivía a un par de horas,
bajando de Los Canelos, por la quebrá de la olla.
Al momento de montar, la cosa se puso mala.
El dolor fue en aumento, que María no aguantaba.
En vano intentó una silla, o la piedra molendera,
ni el borde del comedor le sirvieron de escalera.
La Chola comprendió todo, sin que Raquel le dijera;
Quizás intento materno, tal vez intuición de hembra.
Primero, olfateó a Raquel, después, quiso relinchar;
Inclinó cabeza y cruz, como invitando a montar.
Raquel se abrazó a la tusa, como buscando consuelo.

La Chola se fue agachando, hasta tocar cincha al suelo.
Perdone usted si esta historia aparenta fantasía;
Fue así que me la contaron, ésta no es cosecha mía.
Aturdía de dolor, Raquel subió a la montura,
sin advertir en la Chola aquel gesto de finura.
La Chola se levantó, lo mas suave que ella pudo,
Después agarró una marcha, que ni el cansancio detuvo.
Entre lamento y cansancio se fue achicando el camino,
La Chola no descansó hasta llegar al destino.
“Mama Menche” las recibió con sus dos brazos abiertos;
Ella amaba ajenos niños, como queremos los nuestros,
aunque nunca tuvo un hijo; yo presiento que en el cielo
no le ha faltado cariño ni la amistad del abuelo.
De Raquel nació Toñito, gracias a un parto perfecto.
Después del llanto primero; la Chola salta y relincha;
El eco llevó la nueva, cruzó el estero y la loma,
deteniéndose en la quincha.
De allá por el año cinco, del siglo que ya se fue;
Me contaron esta historia, que hoy en cuento les conté;
Para confirmar lo dicho, conocí un pedazo de cola,
donde colgaban los peines en memoria de la Chola.

S E G U N D O ■ P R E M I O

R E G I Ó N VI

La parranda del Peyuco

María Filomena Jirón Durán
REQUINOVA, 6ª REGIÓN

Por allá en el fundo Las Perdices... vivía doña Juanita. ¡Mu-
jer sufrida y trabajadora!... La que se había casado muy
ilusionada con el Peyuco.

Pero el marido le salió muy re' diablazo, farrero, lacho y menti-
roso... Llevaban nueve años de casados ¡y ya tenían siete chiqui-
llos!..., y más encima como si esto fuera poco... ¡se tuvo que
hacer cargo de su suegro! Don Rosendo, un viejo solo y viudo
que ninguna hija lo quiso recibir ni menos cuidar...

¡Por Dios!... El Peyuco se fue el sábado a comprar la mercadería
del mes... y ya es día lunes, y ni luces... de Peyuco. ¡Y pa' más
remate!... Viene llegando ña Herminia, esta vieja que no es ná
cahuinera, intrusa y copuchenta... y que cuando joven se habla
que tuvo un romance con don Rosendo.

— ¿Cómo está vecina?... ¡Y!... ¿apareció su marío...?

— ¡No, ña Herminia!... Con decirle que anoche no dormí ni una
pestaña... pensando en que le haya pasado una desgracia...

– ¿Una desgracia?... ¡Qué desgracia, ñora... seguro que está metío por ahí tomando!... ¡Qué le apuesto que está en la “Casa de remolienda del pueblo”!

– ¡Oiga, ña Herminia!... ¿Y si de verdad le ha pasado algo malo?...

– ¡Qué le va a pasar algo malo a ése!... Cuando siempre ha sido un sinvergüenza, igual a este viejo...

– No trate mal a este pobre viejo, ña Herminia... ¡mire que a veces escucha toíto!

– ¡Que escuche no má’!... Pa’ que sé dé cuenta la pasta de hijo que tiene...

– Y usted, ñora... casarse con él... cuando salió sinvergüenza, igualito al Taita...

Don Rosendo está sentado en su silla de mimbre bajo el parrón... El viejo simula mirar los gorriones anidando en las rendijas del alero de la modesta vivienda...

Tanto que me pela esta vieja re’ tamboriá... ¡No se acordará cuando la tuve con los calzones abajo a la orilla del río!...

– ¡Que está diciendo mi suegro, ña Herminia!, ¿Qué la tuvo con los calzones abajo?

– ¡No, ñora! difariando está este viejo hocicón.

– ¡Miren... no más!... no faltaba más ¡Cuando yo fui del marío mío no más, que en paz descanse!...

– ¡Sí..., pero yo te rompí el mate!...

– Mejor me voy vecina antes de escuchar tanta vulgaría...

– ¡Más te conviene..! dice el abuelo.

Doña Herminia hace el ademán de marcharse, pero Juanita la retiene:

– ¿Se imagina ña Herminia? Yo sola con siete chiquillos ¡y más encima!... cuidando a este pobre viejo que nadie lo quiere tener...

– Chis... con ese hocico que se gasta... quién lo va a querer tener po, ñora ¡Ya pues!,... no empiecen de nuevo...

– ¿Y por qué no va al pueblo a verlo?... ¡Si quiere yo misma la acompaño!

– ¡No, ñora!... después se enoja y me pega...

– ¡Si está vivo, claro que le pegará, po!... Pero si está tieso y tiráo por ahí... no creo que le pegue...

– ¡Vamos, po!... Cualquier cosa es mejor que estar con esta espera... Oye, Lucha... voy al pueblo a ver si encuentro a tu Taita...

– Si me demoro, acostai a los chiquillos no má' ... y tiene cuidao

con tu agüelo... que no se quede con la vela prendía.

Pasó que Peyuco tenía las mejores intenciones... Va muy tranquilo meditando, cuando de pronto se encuentra con su amigo Facundo...

– A ver, a ver., la vieja me encargó azúcar, grasa, el saco de harina y si se me quedan unos pesitos, le compro un engaño a la vieja, pa' llegar cariñoso a la casa...

– ¡Que hicí pó, Peyuco!

– ¡Que hicí pó, Facundo!

– ¡De qué te las dais, po, Peyuco!

– La vieja me mandó al pueblo a comprar unas cositas del almacén...

– ¡Y yo?...

– ¡Yo! Me tomé unos guarisnaques y me le calentó el hocico...

– Y ahora voy pa' onde la tía Carlota... que creo que trajo unas tontas harto güenas... ¿Vamos?...

– ¡Iré?...

— ¡Vamos, eñor... No me diga que le tiene miedo a la vieja!...

¡Vamos po'!...

Mientras tanto, las mujeres buscan a Peyuco en el pueblo, aparece el Cirilo en la casa de éste.

Cirilo es un campesino joven, medio pailón y que anda rondando a la Luchita.

— Pst, pst, Luchita...

— ¡Ay!... que me asustó, Cirilo...

— ¡Tan feo soy, Luchita!...

— ¿Qué lo trae por acá?...

— Güeno... yo venía... hacen días que quería pedirle la amistad...

— Güeno a mí... me gustaría hartazo... Pero mi mamita se puede enojar.

— Oiga, Luchita,... ahora que estamos solos podríamos hacer la maldá...

— ¿Cómo qué, Cirilo?

— ¡Vamos a despertar al güelo!...

– ¡Ah!... esa maldá... (desilusionada).

– ¡Mah mejol!... ¿hagamos una cochinaíta?... ¡Ya po'!

– ¡Démosle güelta la bacínica con meao al güelo en la cama!...

– ¿Sabe Cirilo?... Váyase más mejor.

Mientras tanto, las mujeres ya están cansadas de preguntar en vano por todo el pueblo; ya están por regresar al fundo y como última esperanza preguntan en Carabineros.

Les dice un oficial... que en la mañana no más sacaron un cadáver de la casa de la Tía Carlota y que ahora está en la morgue.

Las mujeres se fueron de inmediato a la morgue, llegando con los pies hinchados de tanto caminar...

Las atiende un funcionario con pinta de carnicero... y de malos modos les dice:

– Güenas noches... ¡Qué se les ofrece!...

– ¡Mire!... Yo quiero saber si por casualidad tienen aquí un muertito... que puede ser mi marío...

– ¿Cuál es el nombre?

– ¡Peiro Segundo Caro!

– Anoche no más trajeron un fiambre de donde la Tía Carlota.

- Que creo que se le paró en el sueño... dice ña Herminia.
- ¡A mi marido no se le paraba ni despierto!...
- ¡Me refiero al corazón, eñora!...
- ¡Ah!...
- Dígame... ¿cómo es su marido?
- ¡Güenazo pa tomar, pero bien trabajador tamién!
- Me refiero al físico, señora...
- Ah, disculpe... Es más o menos flaco, medio entraíto en carne; medio gordito...
- ¿Y el pelo?...
- El pelo negro, medio castaño... yo diría más bien rucio, oiga...
- ¡Acuérdese de algo más concreto... señora! Mire que estamos esperando algún doliente no más para hacerle la autopsia.
- Sí, mire ahora que usted me dice... Me acuerdo, el Peyuco tenía una marca bien especial, ¡pero me da vergüenza decirle!
- ¡Diga no más, señora...! ¿O cree que voy a estar toda la noche aquí?

– Diga, po’ vecina –dice ña Herminia)– ¡Pa que sepamos si es el Peyuco o no!

– Es que el Peyuco... tenía un lunar en la cosa...

– ¿En cuál cosa?

– ¡En la pirulina!...

Dos camilleros traen al fiambre que tenían tapado con una sábana blanca, con los pies afuera y las ojotas al revés... Juanita y la vecina levantan la sábana... ¡Y ahí estaba el Peyuco!

Llorando dice:

– Lo conocí por el lunar...

– ¡Harto poco generoso era el finao!... (dice ña Herminia) ¿Y con esa cosita le hizo los siete chiquillos, Juanita...?

– ¡No, eñora!... Si no eran ná todos de él...

– ¡Tan desampará que me dejaste, Peyuco!... ¿Y ahora quién me lo va a enterrar?...

– ¡Yo se lo entierro po, señora!... (dice el camillero)

– ¡Esperemos que se enfríe un poquito el finao, no más!...

– ¡Déjeme echarle otra miradita!... Antes que le saquen todo

el tripal...

– ¿Quiere donar algún órgano, señora?...

– No, eñor, que me lo entierren enterito, no má...

– ¡Yo que usted vecina!... –dice doña Herminia–, donaría el órgano del medio,... ¡Cómo sabe si puede servir de implante para algún gato!...

– Adiós, Peyuco!... (triste le toma la mano)... – ¡Oiga, eñor! Mi marido está calentito... ¡Está seguro que falleció de un paro!...

– ¡Güeno!... dice un camillero,... ¡esta mañana lo mandaron por muerto, de la casa de las chiquillas alegres...

El funcionario lo examina y Peyuco despierta...

– ¡Que siga la fiesta!... –dice Peyuco–...

– ¡Pero si este gil... está durmiendo la cura!... (lo sientan de las puras mechas) ¡Ya!... llévense a esta mierda de aquí antes de que los mande a todos presos...

Juanita le pone rápidamente el sombrero y la camisa y se van rápidamente a la casa...

Fue la última vez que Peyuco se tomó un trago de vino y se cuenta que de ahí en adelante fue un marido ejemplar...

La Llorona

Magaly Hernández Serrano
SAN VICENTE DE TAGUA TAGUA,
6ª REGIÓN

Recuerdo que en una noche en la que dormía plácidamente desperté sobresaltada. El lugar donde vivo es netamente campesino, por lo cual es muy tranquilo y cualquier ruido fuera de lo común me despierta de inmediato. Aquella noche el extraño gemido de los perros y el fuerte viento que azotaba las ramas de un árbol en mi ventana fue lo que motivó que me despertara. Encendí la luz para ver la hora. Eran más de las tres de la madrugada. Estaba segura de que ya no volvería a dormir y pensé que en cuanto me levantara cortaría las ramas de aquel árbol. Pasé mucho tiempo dando vueltas y vueltas en la cama, como si así fuera a encontrar el sueño perdido. De un momento a otro los perros callaron y el viento repentinamente dejó de soplar. Todo quedó en un profundo silencio, pude oír a los grillos entonando sus melodías y el graznido de unos pájaros por el cielo que anunciaban, según los campesinos más viejos, la lluvia tan esperada en el pueblo de San Vicente.

La hora seguía avanzando y yo pensaba en muchas cosas, en mi vida por ejemplo o en que tenía que podar aquel árbol apenas me levantara y en especial pensaba en lo mucho que deseaba volver a

dormir. De pronto un ruido desde el exterior de mi habitación alteró mi tranquilidad e hizo que me estremeciera por completo. Cada músculo de mi cuerpo se paralizó y un extraño escalofrío recorrió por mis venas. No podía creerlo, más bien no quería creerlo, era ese llanto nuevamente, el mismo llanto desconsolado y lastimero de una mujer. Era sin duda "el Espíritu de la Noche", mejor dicho "La Llorona". Casi no la recordaba, había pasado más de diez años desde que la escuché por última vez, pero al oírlo me di cuenta que nunca lo había olvidado.

Cuando al fin logré reaccionar, el primer impulso fue esconderme bajo las frazadas de la cama, como si ese infantil gesto fuera a lograr que dejara de escuchar aquellos lamentos que tanto terror me causaban. Pero no dio resultado. Los oía cada vez más cerca y más fuerte resonando en mis oídos. Los perros estaban enfurecidos, totalmente descontrolados. Igual que años atrás se unieron en una persecución inútil, ya que no había nada ni nadie, (si ellos pudieran hablar tal vez dirían otra cosa). Yo lo digo porque una vez que pude vencer el pánico me levanté para asomarme a la ventana. Desde ahí veía a los quiltros cómo rodeaban a un ser inexistente, encolerizados cada vez más. Yo continuaba escuchando los sollozos de "La Llorona". Mi cuerpo temblaba como una gelatina, no sé si de frío, no sé si de miedo, quizás era una mezcla de ambas cosas. Estuve ahí parada hasta que el llanto y los perros se alejaron cada vez más, hasta perderse en la lejanía. Tardé unos minutos en recuperarme del susto y me tiré a la cama de un solo brinco. Los perros se calmaron y el viento

sopló con más fuerza que antes. Todo esto duró sólo unos minutos, que para mí desde luego fueron interminables, además que era la segunda vez que experimentaba el mismo hecho.

Desde niña le tuve miedo a "La Llorona". El solo hecho de escuchar que alguien la mencionara me hacía temblar. Las palabras amenazantes de uno de mis abuelos cobraban más fuerza ahora: "Si te portai mal te va'llear La Llorona"... Yo no sabía para dónde me iba a llevar, y me daba muchísimo miedo. Siempre oía a los mayores hablar del "Espíritu de la Noche" o de "La Llorona, especialmente en los velorios, cuando alguno se iba a su casa, los otros le decían: "Ten cuidao", te puée llear la Llorona". O entre ellos comentaban cosas como: "Andaa La Llorona anoche... ¿l'escuchaste?... "De seguro que ella se lleó al finao". Éstos y muchos comentarios más se hacían sobre ella. Como pueden suponer, aquella noche no dormí sino hasta que ya estaba amaneciendo. Al levantarme seguía dando vueltas en mi cabeza lo que había sucedido durante la noche.

El viento había dado paso a una suave llovizna que poco a poco se iba tornando más y más fuerte. Espero que no haya truenos –me dije–, después de lo de anoche no podría soportarlo. De pronto sonó el teléfono, el ruido me sacó abruptamente de mis pensamientos. Era mi papá el que llamaba. Le conté lo que me ocurrió y le pregunté si él sabía algo sobre "La Llorona". Me dijo que no sabía nada, pero que tenía algo que podría ayudarme a saber lo que tanto me intrigaba. Quedó de enviármelo durante la tarde. Estuve esperando ansiosa a que llegara lo que mi padre me había prometido. Yo no sabía de qué se trataba. Las horas transcurrían muy lentamente. Ya

oscurecía y la lluvia seguía azotando todo el valle. A lo lejos divisé un vehículo. "Ese debe ser", me dije.

Bajé las escaleras corriendo y fui a abrir la puerta. Ni siquiera esperé a que tocaran el timbre. El mensajero me entregó un pesado paquete. Al parecer era una caja... Llegué al interior de mi casa sacando fuerzas de flaqueza. En realidad la caja era muy pesada; la abrí presurosa como un niño recibe su regalo de Navidad. Dentro de ella había muchos papeles y fotografías antiguas y unos libros que al mirarlos noté que eran diarios de vida. ¿De quién serían? No lo sabía aún. Eran cinco los diarios y no sé por qué razón comencé leyendo el íntimo. Tuve el presentimiento de que ahí encontraría lo que buscaba y al terminarlo supe que no me había equivocado. Les contaré lo que ahí decía y lo comprobarán ustedes mismos.

"Fue hace muchos años cuando ocurrieron los hechos que les voy a narrar. La historia comienza cuando llegó a la hacienda más importante del lugar, un hombre llamado Luciano Latorre. Viudo desde hacía muy poco tiempo, era una persona ruda y hosca. Tenía dos hijas, Clementina era la mayor y tenía 17 años; la más pequeña tenía 13 años, su nombre era Amelia. La llegada de la familia a la hacienda causó gran revuelo, en especial por Clementina, quien era muy hermosa y sabiéndolo se aprovechaba de ello para enamorar a los jóvenes del lugar. Ella tuvo muchos pretendientes y cuando se aburría de ellos los apartaba bruscamente de su lado. Los galanes quedaban muy heridos por los desprecios que les hacía al alejarlos de su vida. Nunca tomó a ninguno en serio. Las mujeres comenzaron a envidiarla,

otras la odiaban y aseguraban que era una bruja, ya que por casualidad o no algunos jóvenes se iban de la hacienda o se enfermaban gravemente. Otros incluso morían en absurdas condiciones. Todo ésto más la gran imaginación de la gente le dieron a Clementina fama de bruja.

La niña más pequeña de don Luciano era bastante tímida, todo lo contrario a su hermana mayor. Ella heredó la dulzura de su madre, en cambio Clementina era el fiel retrato de su padre. A pesar de ello, las niñas se querían mucho. Sabían que sólo se tenían la una a la otra. No contaban con su padre para nada. Este siempre estaba borracho y no les brindó cariño ni siquiera cuando su esposa vivía. Don Luciano en la hacienda nunca tuvo amigos. Los hombres le temían; en el trabajo no conversaba con nadie; y cuando salía a embriagarse lo hacía solo sin compartir con nadie. Así pasó alrededor de un año. Los tres se acostumbraron a vivir en ese lugar; todo era tranquilo y muy agradable.

Cierto día llegó a la hacienda a trabajar un joven muchacho. Clementina lo conoció y los roles se intercambiaron. Por fin ella conocía lo que era el gran amor. Cuando su padre salía a beber ésta aprovechaba de escaparse y no volvía hasta muy avanzada la madrugada. Amelia se quedaba sola casi todas las noches, pero no le importaba al ver el cambio había tenido su hermana. Como el padre siempre estaba ebrio, no se daba cuenta de nada. El romance duró unos cuantos meses. Un día Clementina le dio una noticia. Le contó que estaba embarazada y que por ello tendrían que

casarse lo antes posible antes de que don Luciano se diera cuenta de lo que pasaba, porque sería capaz de matarlos a los dos. El joven le temía bastante al padre de la muchacha y con la inesperada noticia el miedo hacia él se acrecentó por lo que esa misma noche dejó el lugar, a pesar de que amaba a Clementina.

Al enterarse ésta que su novio se había marchado juró que todo el amor se transformaría en el más profundo odio. Lo maldecía día y noche deseándole el peor de los males. A pesar del rencor amaba a su hijo con toda el alma, y deseaba que naciera pronto para poder tenerlo en sus brazos. Habló con Amelia y a pesar de que no entendía muchas de las cosas que hacía su hermana, ésta decidió ayudarla en lo que fuera necesario. Decidieron entonces que cuando estuviera más avanzado su embarazo comenzarían a darle de beber al padre hasta emborracharlo. Así lo hicieron, le daban alcohol todo el día y a veces en las noches si era necesario. En estas condiciones no era capaz de ir ni a trabajar. Amelia sentía remordimientos por lo que estaban haciendo, pero sabía que era necesario. No quería ni imaginarse de lo que podría hacer él si llegaba a enterarse de lo que pasaba. Los últimos meses de embarazo Clementina tenía que usar una faja para ocultar lo más que podía su barriga. Al sacársela en la noche veía cómo crecía su hijo en su vientre. Así se mantuvieron las cosas hasta que llegó el momento. Nadie más en la hacienda se enteró de lo que sucedía, ni siquiera pidieron ayuda para el nacimiento. Ella pensaba traer sola a su hijo al mundo. Era muy valiente y tenía la fortaleza de la mujer del campo. Por fin el día tan esperado lle-

gó. Amelia se encerró en su habitación por orden de su hermana y no debía salir de ahí hasta que ella la llamara. El padre dormía completamente ebrio. Clementina se fue a su cuarto y trancó la débil puerta de madera. Se dispuso entonces a darle vida a su pequeño. Se mordía los labios para ahogar sus gritos. Al cabo de unos minutos, el bebé nació. Fue un varoncito. Ella estaba dichosa a pesar de que no sabía qué harían. Lo vio tan robusto y tan hermoso, pero no dejaba de llorar, por lo que lo acercó a su pecho y lo amamantó. El niño seguía llorando. Don Luciano, en medio de su borrachera, lo escuchó y se dirigió a la habitación de su hija. Ahí comenzó a dar gritos para que le abrieran la puerta. Como no fue así, de unos cuantos empujones tumbó la puerta y vio atónito a su hija con el niño en los brazos y comprendió lo que pasaba.

Se abalanzó sobre su hija, arrebatándole el bebé de los brazos, sin escuchar los ruegos de Clemencia. Se lo llevó tomado sólo de sus piececitos rumbo al patio de la casa, donde sin un rastro de cordura lo mató con un hacha. Cuando la joven madre llegó al lugar y vio horrorizada a su hijo casi partido en dos en medio de un charco de sangre, no lo pudo resistir y al tomar en sus manos los restos de su pequeñito cayó al suelo sin sentido. El homicida huyó corriendo del lugar antes de que llegara algún vecino alertado por los gritos de la joven. Quizás al darse cuenta del monstruoso acto que había cometido fue cuando decidió quitarse la vida colgándose de un añoso árbol, ya que en esas condiciones lo encontraron días después del asesinato.

Fue muy poca la gente que se atrevió a ir a la casa de don Lucía cuando escucharon los gritos de Clementina. Ellos no podían creer lo que veían ante sus ojos. En un rincón de una habitación encontraron a la pequeña Amelia envuelta en llanto, porque desobediendo a su hermana salió de su cuarto al oír los gritos de su padre y los ruegos de su hermana. Ella presencié todo lo que allí sucedió.

Cuando Clementina volvió en sí ya no era la misma. El dolor de ver a su hijito muerto la trastornó por completo. Recorría la casa buscándolo. Rondaba la hacienda llorando y llamando a su pequeño. Cada vez se puso peor. Estaba sin duda alguna totalmente demente. Así pasó muchos años, hasta que un día murió. Fue sepultada junto a su hijo y todos pensaron que al fin la pobre Clementina encontraría la paz para su alma, pero al parecer no fue así, ya que eran muchas las personas que aseguraban haberla oído llorar por los alrededores de la hacienda después de que ya había muerto. Así los rumores e historias se comenzaron a entretener entre los lugareños. Decían que recorría muchos lugares en busca de su hijo y como no lo encontraba se llevaba el alma de cualquier persona. Por esta razón le comenzaron a temer. Aseguraban que su paso por algún lugar anunciaba tragedias y muerte. Le llamaron "el Espíritu de la Noche", pero la mayoría de la gente le llamó "la Llorona", como se la conoce hasta hoy en día. Con los años ya nadie recordaba que su nombre era Clementina.

El dueño de la hacienda al enterarse de lo que había ocurrido en sus tierras, se llevó a la pequeña Amelia a su casa y junto a su esposa la



criaron como una verdadera hija, ya que no tenían hijos propios.

Demoró algunos años en superar la tragedia que tuvo que vivir, pero después se convirtió en una jovencita feliz y así creció hasta convertirse en una hermosa mujer. Esto lo sé porque la conocí. Fue mi bisabuela. El diario de vida que leí y todo lo que estaba en la caja le pertenecían. Ella vivió mucho tiempo, tanto como para formar una gran familia. Murió cuando yo era pequeña aún, pero sin embargo la recuerdo".

Cuando terminé de leer el diario de Amelia lo comprendí todo. Ya tenía la respuesta a mis inquietudes. Era increíble que ese ser fantástico al que tanto le temía formaba parte de mis antepasados. Entendí el dolor que debe haber sentido Clementina al perder de esa forma tan cruel a su hijo recién nacido, dolor que la enloqueció hasta el día de su muerte.

Por todo esto comprendo que siga buscándolo y llorando por él después de muerta. No es fácil para una madre perder la razón de su vida, por eso "La Llorona" seguirá caminando por los alrededores de donde estuvo ubicada la hacienda y los sectores alejados a ella. Y si es verdad la leyenda que dice que ella causa la muerte, entonces seguirá haciéndolo y llevándose las almas de las personas hasta que crea encontrar la de su hijo para así ya no volver a separarse de él. Al fin y al cabo, todos somos hijos de alguien, no de ella, pero hijos después de todo.

Desde que supe la historia de "La Llorona" ya no me asusta y



creo que si alguna vez vuelvo a escuchar su llanto no me causaría tanto temor. Cuando terminé de leer el diario de vida guardé todo en la misma caja en que venía, en ese momento quería acostarme a descansar. Parecía que hacía mucho que no dormía. Afuera la lluvia seguía cayendo. Estaba a punto de cerrar mis ojos cuando el cuarto se iluminó y lo siguiente fue un sonido casi ensordecedor, parecía que el cielo se caería en mil pedazos sobre mí... Fue un trueno y supe que esa noche tampoco podría dormir.

*El tío Lalo
y la flor de la higuera*

Rosa Morán Andrade
MAULE, 7ª REGIÓN

*M*i recuerdo se remonta a más o menos 30 años atrás, cuando en el mes de junio el tío Lalo contaba el mimbre que abundaba en las orillas del canal chico. Separaba la varilla y la guardaba en atados para trabajar en los días de lluvia. El destino de la varilla era hacer grandes canastos para la ropa, secadores y canastitos chicos para "los vicios" del mate de la abuelita Adelaida. Si él no estaba tejiendo la áspera varilla, empajaba pisos con batro que había cortado en verano y así torciendo las hojas, como si quisiera torcer su destino de inquilino, silencioso, iba dibujando como cuadraditos que terminaban en uno solo en el centro del pisito ya terminado, que por cierto eran los más firmes que habían en el fundo San Juan (Maule).

Cuando el tío se encontraba en casa, se levantaba de madrugada a prender el fuego en el pollo de barro. Acercaba grandes troncos que se iban atizando durante el día. Sobre ellos ponían la gran tetera negra y la olleta de fierro en la que cada día cocinaban los porotos con mote y color picante.

Él criaba un chanco todos los años, que sacrificaba para las Cárme-

nes. Ese día era todo entusiasmo y algazara porque él siempre invitaba a todos, pues celebraba su día.

Nos íbamos temprano para el fundo, cuando llegábamos allá ya tenían el chanco muerto, humeando, tapado con un saco de cáñamo (para que se ablandaran las cerdas). Cuando el tío decía... "¡listo!", todos ayudábamos tirando las cerdas, que se desprendían solitas, luego con una cuchara de plaqué lo raspábamos hasta que el cuero quedaba blanquito.

¡Qué tiempos aquellos! ¡Qué recuerdos! Cuando la vida era tan simple y las conversaciones no variaban más allá de los planes anuales de siembra... que cuál sería el potrero de ese año que el patrón daría de garantía; que la vaquilla tendría ternero en septiembre, etc.

Mi tío era indispensable en el fundo, era muy atento y siempre estaba dispuesto a ayudar al tocayo, al compadre, al hermano. Su vida transcurrió arando, cortando moras, haciendo escobas, reparando alambradas, aporcando chacras, limpiando canales. Todo lo desarrollaba como si tuviera un calendario y la verdad es que los calendarios eran difíciles conseguirlos.

A veces nos quedábamos a dormir en casa del tío. Era la temporada de las pelus de choclos. En un potrero chico se apilaban grandes montones de choclos, producto de la cosecha. Entonces, se necesitaban manos y este trabajo se realizaba de noche. Y así, tirando las hojas para un lado y los choclos para otro, compitiendo

do en quién encontraba más los "pintos" (choclos que tienen algunos granos azules).

Empezaba a caer la noche. Era el ambiente preciso para conversar de apariciones del diablo, entierros y anécdotas de la noche de San Juan.

Mi tío Lalo, de quien he estado relatando, nos contaba que una vez quiso recoger la flor de la higuera con el propósito de tener un tesoro, ya que decía que el que lograba cogerla, fijo que sería rico.

"Preparé todas las cosas que necesitaba. Un lavatorio con agua, un espejo nuevo, dos velas encendidas, una a cada lado del lavatorio. Esto lo hice debajo de la higuera vieja que está al final del huerto. Me senté a esperar, y cuando serían las 12 de la noche más o menos, mesmamente sentí el aullido de un perro con un llanto lastimero. Lo único que yo veía eran los ojos del perro que brillaban en la oscuridad... las ramas de la higuera comenzaron a moverse como si las soplara un viento muy fuerte y helado".

– Usted, tío, ¿sentía miedo?...

– ¡Claro, poh!... Sentía helaíto el cuerpo y el mismo viento movía las llamas de las velas que parecía que se iban a apagar. Pero mi maire me había dicho que tenía que esperar que la higuera floreciera y aguantar todas las pruebas que ponía el "Maligno", porque la flor era de él y no la dejaría que alguien se la arrebatara fácilmente... por

eso es pa valientes, no más.

"Bueno, después del aullido del perro, sentí como un tropel de caballos que pasaron por el camino. Lo raro es éstos estaban encerrados en los establos, y los portones con llave. Pensando en eso me quedé tranquilo y seguí mirando el espejo por ver por dónde vería ver la caída de la flor al lavatorio con agua.

Estaba muy atento porque sabía que no hay que dejar pasar ni un momento. Al momento que cae, agarrarla y salir a esconder yo no más sabía y al año estaría convertida en un tesoro. Pero no había pasado todo... Después de los trotes de los caballos, sentí como si de los ganchos de la higuera se estuvieran descolgando cadenas. El ruido era muy pesado y se mezclaba con el aullido del perro que se lamentaba sin parar. Yo no quise distraerme en mirar las ramas, a pesar que tenía el temor que me cayeran encima las cadenas. En ese momento quise salir arrancando. No sé si lo vi o me lo imaginé, pero dentro del espejo se movían unas sombras y giraban formando figuras negras que con el movimiento de la vela aparecían y desaparecían. En eso apareció dentro del espejo la cara del "Malo"; burlesco, se reía muy feazo. En ese momento comenzó a llover y un relámpago alumbró por un ratito todo el lugar. Enseguida vino un trueno ensordecedor. Justo cuando cae al agua una florcita lila con blanco como un clarín. No alcancé a verla bien, pero con el corazón muy apurado la agarré y salí corriendo hacia la casa donde tenía una cajita para guardarla. Pero en el caminito de regreso aparece un fulano que me hizo una zancadilla.

Caí al suelo sin soltar mi tesoro. Empezó a forcejear conmigo. Parecía que gruñía. Tenía tanta fuerza el cristiano que me arrebató la flor (tiene que haber estado aguaitando). Después de esa desgracia, el fulano se perdió en la oscuridad.



Me fui acostar triste, pero muy orgulloso de haber sido capaz de agarrar la codiciada flor. No importa que nadie me creyera. Pero lo misterioso es que al otro día en el fundo del lado apareció un afuerino muerto al pie de una acacia vieja. En las ramas altas del árbol estaban sus ropas desgarradas y esparcidas y él parecía que se hubiera caído de la acacia porque estaba todo rasguñado... Y en el puño de su mano derecha apretaba majadas de caballo. Yo creo que ése fue el que me quitó la flor...

"Ese es el pago que reciben las personas ambiciosas y de malas intenciones".

– Tío, ¿para qué quería usted el tesoro de la flor de la higuera?

– Na más que pa' descubrirlo, porque yo no necesito plata porque a veces trae puras desgracias. Con lo mío vivo tranquilo, me tomo un traguito, y no molesto a nadie.

También él nos contaba que sabía dónde había un entierro, porque el cuidador de ese entierro era un burrito que sólo se aparecía a las personas que quería entregárselo, y dice que cuando él salía al pueblo del Maule en la noche, se le aparecía el burro, y era como si lo invitaba a seguirlo, pero solamente lo saludaba y le



decía que no quería plata... Entonces el burrito desaparecía sin dejar rastros. Cuenta que más de una vez lo acompañó don Cupertino, su compadre, para ver si se le aparecía el burrito y quisiera entregarle el tesoro a él. Pero nunca logró verlo, porque decían además que el burrito cuando encontrara a alguien que lo mereciera, volvería a aparecer. Y eso estaba esperando por todos estos años.

Mi tío Lalo falleció hace nueve años. El fundo San Juan lo han vendido en parcelas y queda sólo una parte pequeña donde el patrón nuevo tiene crianza de animales.

En la casa que fue de mi tío, vive un sobrino de él. Ya no hay inquilinos. Los que vivían allí se establecieron en las poblaciones del pueblo de Maule y lo único que queda son los hermosos recuerdos como éstos.

Los Monjes Penitentes

Alejandrina del Carmen Palma Martínez
TALCA, 7ª REGIÓN

Cuando los jesuitas fueron expulsados del país, Chile, por orden del rey de España Carlos III, el año 1767, dio motivo a múltiples especulaciones, sobre todo a los habitantes de las orillas del río Maule.



Los antiguos pobladores del Cajón del Río, arrieros y baquianos, siempre contaban una leyenda de los “Monjes Penitentes”.

Los monjes o curas cuando fueron expulsados tuvieron rápidamente que esconder sus bienes y riquezas para no ser motivo de asaltos o robo de los muchos bandoleros que andaban por los campos.

En este tiempo los indios pehuenches cruzaban la cordillera desde Argentina a Chile como quien va a la vuelta de la esquina.

Cuentan que en una de sus correrías se toparon con los curas que iban huyendo hacia la Argentina, bordeando el río Maule (por el Paso Pehuenche) tirando unas cuantas mulas cargadas de cosas de oro y plata.

Este encuentro fue cerca de la Laguna del Maule. Los jesuitas vieron



primero a los indios y comenzaron a enterrar el oro que llevaban oculto en cueros y petacas. Cuando los indios llegaron donde estaban los curas, los tomaron por mujeres y quisieron apoderarse de ellos, ya que los pehuenches bajaban a raptar mujeres o cambiar mujeres. Cuando los indígenas descubrieron el “engaño” (los jesuitas vestían hábito), que eran hombres, los mataron a todos. Siguieron su camino río abajo; y cuando volvieron días después, en el lugar del asesinato no encontraron a los muertos. Sólo había unas piedras blancas, como personas hincadas pidiendo perdón. Los indios eran supersticiosos, así que se asustaron mucho al no encontrar restos de curas. Dejaron entonces libres las mujeres que habían robado y volvieron por otro lugar a la Argentina. Lo que no supieron los indios es que por el lugar habían pasado unos cristianos que habían sepultado a los monjes.

Desde entonces están allí “los Monjes Penitentes”, esperando que alguien encuentre el tesoro de los jesuitas.

Mi abuelo

y yo

María E. Ferrés Márquez
LONGAVÍ, 7ª REGIÓN

“Me llamo José y todos me dicen “Pepito”. Vivo en un lugar llamado Rumena en Punta Lavapié, VIII Región a unas ocho horas en carreta hasta Arauco, y nunca me olvidaré de mi campo, mi gente y mi mar, tan azul e indómito que parece que quisiera romper todas las rocas a mi alrededor y luego con un sonido extravagante se desliza suave y lleno de una espuma blanca y helada que me acaricia al deslizarse por mis piernas; y me moja y remoja el cuero de mi ojotas que mi abuelito me había hecho del “Clavel”, un buey viejo que se murió el invierno pasado.

“Estas ojotas te van a durar mucho tiempo me dijo él”, ya que el “Clavel” tenía el cuero muy duro. Ninguna garrocha le entraba, salvo los dientes de ese maldito león que lo mató en la vertiente de las quilas. El muy ladino lo pilló de sorpresa al pobre buey. Por suerte que el “Suspiro”, uno de los ocho perros que hay en mi casa, lo olfateó a tiempo y junto con los otros lo ahuyentó y pudimos salvar una parte del “Clavel”. Llevaba tanto tiempo mi abuelo siguiendo al “tal por cual”, como le decía él a la fiera, que ya parecía una obsesión el poder cazarlo. ¡Qué alegría la mía cuando un día mi abuelito me invitó a darle caza a ese condena-

do león que tanta rabia había acumulado toda mi familia por él! Ya nos tenía cansados. A mi abuelita le había sacado un pollo de las manos cuando lo estaba pelando en la cocina. A mi tía Ester le dio un susto tan grande en un amanecer cuando justo había salido al monte a hacer sus necesidades que salió arrancando casi como Dios la echó al mundo y gritando desesperada “que me come el león, que me come el león”. Ya estábamos cabriados de tantas leseras que nos había hecho esta criatura, porque además de ladrón es asesino. Hace dos días, antes que cantaran las diucas, se metió al corral de las ovejas y se dedicó a matar solamente; cayeron seis de un viaje y si no fuera por los perros las mata a todas. Creo que esa fue la gota que rebasó la copa, porque mi abuelo esta vez no gritó ni dijo palabrotas, solamente agachó la cabeza y se dirigió al dormitorio de mi papá con una tabla en la mano. Desde una legua de distancia creo que se escuchaban los alaridos de mi papi: “No, taitita, no me pegue más, para otra vez las guardaré bien”, era lo que más gritaba mi papá. Mi abuelo tenía la costumbre en amanecida echar la ropa de cama para atrás y luego darle en las nalgas a mi padre. Creo que esta vez tenía razón. En una próxima ocasión estaba seguro que el corral de las ovejas quedaría mejor cerrado. ¡Qué rabia tiene mi papá! No con mi abuelo, sino con esa maldita criatura.

En la noche, cuando ya oscurece, nos sentamos todos alrededor del fuego de la cocina a escuchar las historias que cuenta mi padre y parece que todas las cosas tomaran vida cuando él empieza a contar las historias de los leones. A la luz del fogón todos

se animan, parece que hasta la olla que está colgada del centro se prepara a escuchar estas historias tan bonitas.

Claro que las de mi abuelo son mejores, porque él vivió en otro campo en el que para entrar al bosque había que ser harto valiente, ya que casi no se veían las manos de lo tupido que era. Había una laguna en donde habitaba “un cuero de animal que vivía en el fondo y subía las orillas para comerse las guagüitas.

Tendidito a la orilla de la hierba esperaba hasta que una mamá dejara a su hijito encima de este cuero bonito y lustroso, pero cuando la madre se ponía a lavar, se enrollaba en sí mismo y como una bola rodaba al agua hasta el fondo. Ahí quedaba la lamentación de las madres al perder sus hijos y al poco tiempo devolvía la ropita de los niños que se había comido. Hasta que un buen día apareció un “guaina” que había viajado mucho, andando de caminante, sabía mucho y se dispuso a matar a ese malvado cuero. Reunieron en una carreta hartas ramas de espiño. En ese momento el relato de mi abuelo se suspendía, le pegaba dos chupadas al mate, mordía la tortilla de rescoldo por una orilla, con el único colmillo que le quedaba, se comía un pedazo de queso y respiraba hondo, hasta que mi padre que era el más impaciente lo apuraba con un “ya pues, taitita, que mañana hay que madrugar, así es que siga con el cuento”.

Mi abuelo miraba a su alrededor a todos con cierto orgullo, engullía todo con otro sorbo de mate y continuaba el relato. –Bue-

no, como les iba diciendo, hasta que el maldito cuero encontró la horma de su zapato. Este guaina que era muy entendido reunió toda la gente con él para ir a la cacería, juntaron hartas ramas de espino –ese que tiene las espinas más grandes– y en una carreta la llevaron con ropita de guagua y con rumbo a la laguna.

Hicieron una guagua bien grande y la llenaron con las espinas y cuando el cuero estaba con hambre, con harta hambre, fue una mujer como que iba a lavar y dejó esta guagiita encima del cuero ¡chita que debe haberse puesto contento el animalejo con tamaño bocado!, si era como el doble de lo normal, mansita la alimaña dejó que le dejaran el regalito encima, y la mujer que hacía de mamá se hizo como que estaba lavando a la orilla y de reojo lo miró y vio cuando enrollándose se hundió en la laguna.

¡Ave María! Qué susto y dolor debe haberse llevado “el cuero”, cuando apretó y apretó hasta que quedo ensartado con todas las espinas que tenía la guagiita.

Esta época tocó en tiempo de cosechas y vendimias y los lagares estaban repletos de vino, y para celebrar la muerte del cuero me parece que pelaron como cien pollos, mataron como cincuenta novillos y las papas creo que fueron dos carretadas. Total que la fiesta fue tan regrande que llegó gente de todos lados a festejar. El dueño de casa se intoxicó, no sé si de tanto tomar vino o de tanto comer o de tanto bailar cueca, porque estuvieron una semana celebrando la muerte del cuero, y después hubo que tomar

y comer por la muerte del dueño de casa. O sea, que esta cuestión de la comilona duró como un mes por la celebración y por el velorio y todos contaban cómo el cuero ensartado con las espigas botó como cien litros de sangre de todas las guagüitas que se había comido y que quedó tendidito muerto a la orilla de la laguna. Algunos guainas decían que medía como media docena de mantas de castilla extendidas. La cosa es que el maldito ya no iba a molestar más, y en esos pensamientos estaba cuando un varillazo me hizo despertar con un quejido de dolor. “Apúrate, chiquillo de moledera, y no te quedís atrás como si anduvieras durmiendo, mira que el león lo tenemos que pillar hoy día con las manos en la masa y si no te apurai vas a ser ságuiche de ese tal por cual”.

Nos internábamos en el bosque y nos acercábamos más a la fiera. “Quienandai”, que era el perro más sentidor parecía que ya agarraba algo y los otros perros chicos tenían una bochinchera que no se entendía; mi abuelo se puso nervioso y empezó a cargar la escopeta, él echó pólvora por ahí donde está el gatillo y municiones y papel por el cañón, acto seguido tomó una varilla de fierro que también introdujo por el cañón de la escopeta, y lo metía y lo sacaba varias veces para asegurarse que el disparo fuera efectivo.

“Esta tontorrón a veces dispara y a veces se taima, hay que tratarla harto bien, igual como si fuera una mujer bonita”, comentaba mi abuelo mientras cargaba su escopeta.

Seguimos andando por la quebrada y llegamos a un claro, a una veguita con unos nalcanes bien altos, incluso más altos que mi abuelito y eso que él era el más alto de la familia. Siempre mencionaba que medía un metro sesenta y cinco. Y mi papá había quedado más bajito porque decían que le había dado la peste cuyos efectos habían desolado los campos aquí en Chile años atrás. Por eso a mi papá le decían “El pato Maldonado”. Ahí era cuando me entraba una rabia en el cuerpo porque no me gustaba que ofendieran a mi papá. Total que mi abuelito le pegara no importaba mucho, para eso era su hijo... Pero que lo ofendieran otros para mí era lo peor.

Nos metíamos por otros senderillos bien angostos, entremedios de las quilas, cuando empezó a suceder la mala suerte. Fue mi papito el que dio la primera voz de alarma. ¡Taitita, taitita! ¿Escuchó lo mismo que yo?... “Sí –le dijo mi abuelo–, pero cállate y no le hagai caso mira que podís dejar la embarrá y el león te puede oír y se nos va a volver a escapar. Y no le hagai caso a los trucaos”

– ¡Pero, taitita! otra vez cantó y más clarito y al mismo lado izquierdo... “No, yo me voy a volver con el Pepito”.

¡Quédate ahí no más, si no querís que te dé otra paliza! Con disimulo miré los rostros famélicos de mi padre y mi abuelo, el primero de miedo, pánico, rabia y nerviosismo el de mi abuelo.

Pareciera que la caza del león empezaba a poner los pelos de punta al grupo. El “Quienandai” esta vez ladró con más intensidad y corrió a

la siga de la presa que, sin lugar a dudas, se trataba del león. Mi abuelo aligeró el tranco sin dejar de mirar de reojo hacia atrás, como para cerciorarse que nosotros lo seguíamos y no lo íbamos a abandonar. Pasamos cerca de una hornilla semiderrumbada que años atrás fuera el orgullo de la familia; ya que producía nada menos que sesenta sacos de carbón que mi abuelo llevaba en carreta a vender al pueblo. Pero ahora con tanto modernismo la gente ya no usaba los braseros para calentarse; había llegado la parafina y luego las estufas a gas, y el carbón de litre y hualle ya sólo servía para las parrilladas de la gente rica pasamos los tres frente a la hornilla con una nostalgia de los tiempos mejores en donde mi abuelo y mi papá trabajaban día y noche cuidando que el carbón saliera en buen estado y ahora sólo se parecía al macetero de mi abuelita con toda la maleza y flores amarillas que brotaban de ella.

Un brusco aullido de dolor de un perro me sacó de mis pensamientos. Otra vez parece que habíamos encontrado a la fiera. Los perros lo tenían por arbolito por su inmenso grosor y su forma imponente como esas casas grandes que habían ya en el pueblo.

Nos acercamos lo máximo posible y nos acurrucamos detrás de unos troncos mientras mi abuelo se preparaba con su escopeta a dispararle a este famoso león fueron unos segundos horribles y pareciera que se hizo un silencio en todo el bosque. “¿Sería ese el silencio de la muerte?”

Bien me acordaba yo cuando mi tío Genaro cortando un mañío viejo



no pudo arrancar y le cayó encima. Parece que fue el mismo silencio que siento ahora. Ojalá que no sufra mucho el leoncito. No sé por qué, pero me cae bien a pesar de todo lo que ha hecho, pero me cae bien. Claro que no puedo decirle todo esto a mi familia porque me molerían a palos. ¡Pum! sonó tan fuerte y tan cerquita el disparo que creo que todos nos asustamos, incluso los perros, porque quedó la desbandada “¡Patricio, Patricio!”, fue lo primero que atinó a exclamar mi abuelo. “Esta escopeta de moledera me la jugó otra vez. Lo malo que no veo na. Ayúdame a pararme”. “¡Vamos ayudar a mi taitita”, dijo mi padre!

Abrí los ojos y pude ver a mi abuelo en el suelo y con bastante sangre que manaba de su rostro. Parecía un potrero recién arado el rostro de mi abuelo, lleno de sangre, y un olor a pólvora inundaba el ambiente, con lo que tosí y tosí varias veces.

“Yo le dije, taitita, que revisáramos y usted no me hizo caso. Si es segurito que cantando el trucao a la izquierda nos va mal”.

“Cállate y hace mear al cabro chico pa desinfectarme las heridas, que es el mejor desinfectante del mundo”.

No encontramos ningún tiesto donde juntar el pichí, pero mi abuelo encontró la solución. Se quedó tendido en el suelo y yo con algo de esfuerzo saqué mi cuestioncita y lo meé en el rostro; los alaridos creo que se escuchaban hasta la casa, porque por arte de magia empezó aparecer toda mi parentela. Yo creí que mi abuelo me iba a



pegar, pero no, solo atinó a correr en cuatro patas a través de las quilas, mascullando puros insultos, de esos pesados que no los dice casi nunca.

Otro silencio, pero qué raro. Este no era igual que el otro. No sé, parece que todo tendía a tranquilizarse ya; los perros movían la cola y saltaban como si estuvieran en una fiesta y por otra parte el leoncito otra vez se había escapado, además que a mi papá se le había levantado su autoestima ya que él había tenido razón en la cuestión del trucazo y la mala suerte.

Hace ya cuatro horas que sucedió todo esto y me siento tan agotado que creo que fue demasiado para un solo día. Por suerte, mi abuelito podrá seguir viendo. ¡Humm! Creo que voy a dormir...

P R I M E R ■ P R E M I O

R E G I Ó N VIII

El raudal de la china

Guido Alejandro Castillo Cofré
YUNGAY, 8ª REGIÓN

La historia que a continuación leerás se ha contado por años en las animadas tertulias que se realizan alrededor de un fogón, en las frías y tormentosas noches de invierno. Yo la escuché y es lo que escribo para ti, amigo lector.

Este hecho que cuentan por cierto las personas mayores ocurrió en un raudal del río Cholguán que pasa al lado sur del sector de San Antonio de la comuna de Yungay.

Hace muchos años, vivió un hombre llamado Juan, el cual era casado y tenía dos hijos. Era un hombre muy trabajador y querendón con su familia y trabajaba una pequeña parcela, la cual, gracias a su trabajo, producía una gran variedad de productos lo que le permitía vivir sin grandes apremios a él y su familia. El único vicio que se le conocía era su afición por la pesca, actividad que realizaba después de su trabajo diario, preferentemente las noches de luna llena, totalmente solo. Como tenía buena suerte para pescar, la mayoría de las veces los peces alcanzaban para su familia y algunos se vendían para, como él decía, comprar los aparejos de pesca y yerba para el mate de la vieja. Estas expediciones

de pesca se prolongaban hasta altas horas, siendo común que Juan llegara de madrugada a su casa.

Fue una de esas noches que llegó como alma que huye del diablo, blanco como papel, con el pelo completamente erizado, los ojos desorbitados. Parecía que se le iban a salir de las órbitas y lo peor de todo era que no podía hablar. Sólo atinaba a mover los brazos y emitir extraños ruidos por la boca que nadie entendía. Su mujer, junto con sus pequeños hijos, familiares y amigos trataron por todos los medios de sacarle palabras para saber lo que le había pasado. Hasta trajeron a una "meica". Todo fue inútil. La "meica" dijo que Juan estaba encantado y que después de un tiempo todo se le pasaría y podría contar lo que le pasaba.



Juan estuvo mudo como una semana y cuando logró hablar contó que se encontraba pescando en el raudal del puente cuando de repente todo el raudal se iluminó como si fuera de día claro, apareciendo la piedra que se encuentra al lado del raudal y sobre ella se encontraba una hermosa mujer de larga cabellera negra, vestida con un traje de china, adornado con encajes de plata y cantaba una hermosa tonada campesina que hablaba de grandes amores, mientras peinaba su pelo con un peine de oro. "La melodía era tan maravillosa y cautivante, que no pude resistirme arrojarme al agua y nadar hacia la joven, pero no pude llegar adonde ella por que cada vez se alejaba". Finalmente, la mujer permitió que se acercara a ella, pero cuando estiraba sus brazos para rodearla la mujer fijó sus grandes y hermosos ojos negros con la mirada más dulce de amor que él

nunca había recibido. En ese momento levantó su mano derecha y las aguas se abrieron, desapareciendo la joven envuelta en una gran luminosidad. Cuando reaccionó, se encontró abrazado a la piedra que lentamente se hundía en las aguas del raudal.

Su mujer y los que escucharon el relato de Juan pensaron que se había vuelto loco. Por unos días fue objeto de las bromas y burlas de los habitantes del sector.

Algunos curiosos se envalentonaron y dándose ánimos unos a otros fueron al lugar a ver si lo que decía Juan era cierto. Al no ver ni encontrar nada extraño, volvieron diciendo que Juan efectivamente debía tener los tornillos sueltos.

Desde el día que Juan contó lo que le había pasado ya no era el mismo. Trabajaba sin ganas y en las noches su mujer lo encontraba en medio del patio mirando hacia el cielo como si buscara algo en la inmensidad del firmamento. Ya no salía a pescar. Decía que no era por miedo, sino porque no tenía ganas. Su estado de ánimo cambió cuando la luna llegó nuevamente a su ciclo de luna llena. Su cara era otra. Se veía alegre. Al tercer día de luna llena, Juan pasó todo el día arreglándose. Se bañó, se afeitó, se arregló el pelo, para finalmente vestirse con su mejor ropa. Cuando estuvo listo, comunicó a su mujer y a sus hijos que esa noche iría a pescar al raudal donde había visto la aparición. Su mujer lo miró en silencio y pensó que realmente su pobre Juan se había vuelto loco y que terminaría sus días en una casa de orates.



Juan esperó que saliera la luna por entre los picachos cordilleranos, se despidió de sus hijos y de su mujer con un fuerte abrazo y un gran beso a cada uno de ellos. De nada valieron las súplicas de su familia para que desistiera de su viaje al río. A su mujer y sus hijos no les quedó más que observar cómo Juan se alejaba hacia el río.

Lo que ocurrió con Juan esa noche, sólo Dios lo sabe. Lo cierto es que nunca más se le volvió a ver.

Se organizó su búsqueda por los vecinos, pero todo fue inútil. Juan no apareció por ningún lado. Justo al otro ciclo de la Luna llena desapareció misteriosamente la familia de Juan del sector, sin dejar rastros de su paradero.

Se cuenta que algunos que han tenido la valentía de pescar de noche y pasar cerca del raudal han escuchado cantar a una mujer acompañada por la voz de un hombre. Debido a esta historia es que este raudal se conoce hoy día con el nombre de Raudal de la china.

El perro obediente

Carmen Gloria Gutiérrez Orellana
LOSALAMOS, 8ª REGIÓN

Cuentan que en el campo, cerca de Cañete, había un dueño de fundo que era muy querido por sus trabajadores.

Este señor era muy amigo de los animales, más aún de los perros; uno de éstos era su regalón, pero a la vez, muy bien enseñado, sobre todo cuando se trataba de salir a cazar perdices.

Cuando esto sucedía, don Jacinto, que era el nombre de este veterano, llevaba a Zamac, su perro, quien con su olfato fácilmente encontraba la huella de estas aves.

Pero así y todo, él sabía que no podía atacar, hasta que su amo no diera la orden. Si este veterano le decía que se achampara agazapado, Zamac lo hacía. Si le ordenaba que atacara, muy fielmente cumplía las ordenes. Mientras esto no ocurriera, el perro no se movía ni mucho menos actuaba.

Así, muchas veces, lograron cazar innumerables perdices.

Un día ocurrió algo inesperado. Desde el otro lado del monte,



los compadres de don Jacinto le ofrecieron visita para esos días, lo cual le alegró mucho. Para esperar a sus visitas con un rico “causeo” salió de caza con su perro regalón.

Ustedes no se imaginan cuán escasas se pusieron estas aves; caminaron mucho, mucho, hasta que por fin se sintió el olor de dichas aves. Justamente, entre el ramaje se había enredado una hermosa perdiz. Fue ahí cuando don Jacinto ordenó a Zamac, su perro, achamparse, quedando éste a la espera de recibir la orden de atacar (esto nunca sucedió).

Inesperadamente, llegó corriendo un peón del fundo a buscar urgente a su patrón, comunicando que sus compadres, que venían en camino desde el otro lado del monte, habían sido devorados por un feroz león. Al oír esto, don Jacinto se olvidó de todo y corrió al monte para ver que podía hacer y no se acordó para nada que su perro se había quedado esperando la orden para atacar a su presa.

Don Jacinto tuvo que viajar al lugar donde vivían sus compadres, acompañando los restos de éstos, y luego quedarse para todo lo posterior.

Así pasaron los días muy rápidamente, y al cumplirse casi diez, decidió regresar a su campo, perdiéndose en dicho monte; al cabo de varios días logró encontrar el camino que lo llevó a su hogar. Al llegar a casa su sorpresa fue muy grande, pues su perro Zamac



no estaba: Preguntó qué pasaba con él, los peones le dijeron que el animal había desaparecido el mismo día que él se había marchado.

Don Jacinto empezó a recordar y recordar. De pronto su memoria se iluminó y salió corriendo a campo abierto, seguido por sus peones. Cuando llegaron al sitio que él les había indicado, sus ojos no podían dar crédito a lo que veían. Su perro, el fiel Zamac, estaba en la misma posición de ataque como había quedado, al igual que la perdiz, escondida entre el ramaje, pero solamente los esqueletos de ambos adornaban el paisaje de ese campo.

Ninguno de los dos se movió hasta que la muerte se los llevó.

T E R C E R ■ P R E M I O

R E G I Ó N V I I I

Sacrificio por herencia

Carlos Christian Flores Adriazola
TALCAHUANO, 8ª REGIÓN



Don Luis Alfredo Adriazola Muñoz nació en 1903, en Lircay. Hijo único de Crecencio Adriazola y Domitila Muñoz. Vivió una época donde la propiedad agraria estaba dominada por el latifundio y la población rural constituía el 57% de la población total.

En aquellos años la sociedad chilena era modelo de la sociedad patriarcal que imponían la Iglesia y el Estado.

Don Crecencio día y noche le inculcaba espíritu de superación y mentalidad emprendedora para que sobresaliera del resto, enorgulleciéndose de ser un Adriazola, como lo habían hecho sus antepasados.

Don Crecencio era propietario de una casa con una chacra y había dejado de ser un trabajador a trato para transformarse en un pequeño agricultor.

El padre de don Crecencio había sido capataz, pero desde su abuelo hasta la Colonia sus antepasados habían vivido del inquilinaje que



fue la condición social posterior del vasallaje y la esclavitud. Por lo anterior, Luis Alfredo sabía que sus padres harían un gran esfuerzo por mejorar su calidad de vida y él a futuro debía hacer todo lo posible por ser mejor que sus padres y así sucesivamente sus descendientes.

La obsesión de los Adriazola era ser mejor que sus antepasados e ir progresando en el escalafón social.

El pequeño Luis Alfredo hizo sus estudios básicos en Talca y durante su adolescencia ayudó a su padre a trabajar la tierra en Lircay, donde su vida transcurre ligada a la tradición popular campesina al clima templado y al agua de los ríos Claro y Maule que riegan la depresión del relieve donde tuvo las primeras experiencias que lo hicieron madurar la fruta silvestre.

Alfredito, como lo llamaba su madre, amaba entrañablemente su tierra maulina, pero sabía que, para cumplir el sueño de convertirse en un gran hombre de bien, debía continuar con sus estudios en la ciudad y tenía que aprovechar la oportunidad para hacerlo ya que él estaba convencido que era más que cualquiera. Por esto se sentía con poder para mandar y ordenar.

En 1921 realiza su servicio militar en Santiago, destacando por su compañerismo, eficiencia y bravura en tácticas de combate.

En 1923 salió con el grado de oficial de reserva. Ese mismo año,

desarrollando su vocación de servicio, ingresa a la policía nacional donde se desempeña como escribano.

En 1925 conoció a su primera esposa, una francesa hija de un vasco y una española que se habían radicado en Chile, huyendo de la guerra de 1914. La mujer, algo mayor que él, se desempeñaba como regenta de una casa de remolienda en la capital.

Durante los años 20 los patrones culturales urbanos iniciaron un proceso de transformación profundo y acelerado, donde el mantener el buen tono en función de un status de vida liviano y frívolo era común.

Luis Adriaola, junto a su mujer, había adoptado las modas extranjeras, imitando el estilo de vida burgués, al menos en apariencias. Había olvidado y perdido el rumbo de la vida huasa, conservadora y militar de la cual su aspiración máxima era transformarse en un terrateniente oligarca. Esta confusión lo atormentaba ya que él era fiel a su disciplina y nunca había dejado que nada lo alejara de esta decisión. Desde niño se había consagrado a esta meta y su mujer lo estaba convirtiendo en un ciudadano y él era un campesino.

La francesa nunca le hizo caso en seguir sus sueños y esto lo terminó por desesperar.

En 1927 el gobierno decretó la reorganización de la administración

pública, y dentro de los cambios creó el cuerpo de Carabineros de Chile, reduciendo personal policial e indemnizando a los funcionarios despedidos; entre ellos don Luis, quien decidió volver al redil de su familia y abandonar a su pareja, optando por su mayor pasión: el amor por su campo lindo.

Regresó a Lircay donde trabajó un tiempo con su padre y donde conoció a don José Tamayo, que era un veterano de la Guerra del Pacífico, que había servido como cochero del presidente Balmaceda, y tras la revolución de 1891 buscó refugio en Aculeo para luego trasladarse a Pelarco, donde se casó con doña Rosa Soto, y posteriormente se fue a trabajar como llavero a San Clemente.

Don Luis y don José simpatizaron por su visión militar de la vida, y don Luis empezó a frecuentar la casa de este último, donde conoció y se enamoró de su hija menor, doña Estela, que era una criatura hermosa y alegre y que siempre vestía de café porque estaba consagrada a la Virgen del Carmen.

Don Luis fue pronto por Estela a la casa de sus padres ya que había comprado en \$300 una antigua pulpería que quedaba viniendo de Talca a 8 km camino a Pelarco, pasando el puente, al lado del río y la escuela en el fundo Santa Rita, de los Letelier. Eran aproximadamente 8 hectáreas y en el centro de la casa patronal instaló “El Gran Almacén San Luis”, que era panadería, depósito de vinos y licores, tienda de ropa y artículos de librería, paquetería y ferretería.

Luis y Estela trabajaron día y noche, y codo a codo, para sacar adelante el negocio y su amor amancebado.

En 1932 nació su primer hijo, Alfredo; en el 33 nació Julián; en el 34 nació Estela. En 1935 estos dos últimos murieron de una enfermedad desconocida. En el 36 nació Julián; en el 37 nació Santiago; en el 38 Estela; y sólo en 1939 se casaron, convirtiéndose don Luis en bígamo.

En 1940 nació José y el 41 Eliana, quien murió al nacer.

El negocio empezó a surgir con la atención a los “rotos canalinos” que eran los obreros que construyeron el Canal Maule, que era una de las grandes obras de regadío de la Zona Central.

Don Luis, de pequeño comerciante pasó a ser empresario agrícola, porque compró tierras en San Vicente, camino a San Clemente; en Lircay; en San Rafael; en Cumpeo y además en Talca y Santiago.

Don Luis era un tipo responsable y muy riguroso en lo concerniente a su trabajo. Él era un hombre de negocios que se levantaba a las 4 a.m. para sacar el pan a las 6 a.m. y se acostaba entre las 22 y 24 horas, haciendo la contabilidad del negocio o farreando según la ocasión.

Él era el alma de la fiesta, el gran convidado al rodeo, la trilla y las festividades populares de la zona huasa, pero, a pesar de ese carácter bonachón, ameno y desprendido en lo material, nunca se ha-

bía dado cuenta que tras esa máscara de algarabía, de ese justo patriota conservador, se escondía el disconformismo, la ira del no sentirse bien con nada ni con nadie, la impotencia de no poder renegar de haber sido educado con una misión, con un deber fijo e irrenunciable que en muchas ocasiones lo hizo sentir culpable y esclavo más que un individuo libre y feliz. Sabía, a pesar suyo, que su ser híbrido surgiría furtivo entre las contradicciones sociales de la historia humana.

Desde niño había sido adoctrinado para fingir sus emociones y éstas se acumulaba en él hasta que sin ningún motivo estallaban desencadenando su furia y violencia con lo que tuviera a mano contra los más cercanos. Esto lo puso al borde del suicidio en más de alguna ocasión. Fueron víctimas de sus malas pulgas sus amigos, compañeros y seres queridos.

Su primera esposa sufrió su imposición por llevarla al campo tras la esperanza de la prosperidad, pero su negocio y su arrogante posición feminista pudieron más que la prepotencia y los deseos de Luis Alfredo. Su segunda esposa, Estela, poseía un carácter fuerte, pero como estaba educada en el machismo, se dejó llevar por la conveniencia de tener un hombre trabajador e inteligente y le aceptaba todos los caprichos, imposiciones y aires de grandeza de un hombre enfermo por el orgullo. Durante la década del '30 la crisis económica afectó al país y Europa empezaba un nuevo conflicto bélico, mientras don Luis crecía económicamente haciéndose un hombre de respeto entre los latifundistas y el pueblo.

El siglo 20 avanzaba y la tecnología aumentaba y Luis Adriazola era un hombre moderno, amante del lujo, que podía ostentar su fortuna, llevando un estilo de vida dispendioso. En su casona colonial tenía dos radios, una vitrola, dos autos Ford (uno descapotable), dos motos y varias bicicletas.

Con Estela viajaron mucho por toda la Zona Central a balnearios y termas para que don Luis curara su úlcera.

Don Alfredo alcanzaba la paz cuando junto a su familia y a su mañoso perro “El Pirulo” iban de paseo a recorrer sus propiedades. A estas alturas, estaba seguro de ser un gran señor, tenía un negocio y tierras prósperas, sus clientes le tenían respeto y sus trabajadores gratitud. Los empresarios agrícolas empezaban a envidiar a un roto con clase. Su sueño y el de sus antepasados se hacía realidad.

Un día de noviembre de 1940, ebrio, indignado y enajenado porque alguien se le adelantó a comprar el aeródromo de Panguilemo, propiedad que deseaba adquirir hacía varios años, llegó a su casa amenazando con quemar todo y matar a todos: baleó el inmueble, mató animales y destruyó algunos muebles. Antes había apaciguado su espíritu en el placer con una mujer que conocía en sus correrías y bacanales, y que con descaro llevaba a su casa para que la atendiera Estela, quien escondía a sus pequeños y aguantaba en silencio sus ladridos y zarpazos.

Después de descargar su ira contra su familia enfiló rumbo al de-

pósito de vinos en busca de aguardiente, pasando por las chacras que quedaban detrás de la casa, cerca de las colmenas y los establos, hacia las casas viejas donde vivían los trabajadores y ordenó a “El Tronal”, un analfabeto enfermo mental por la meningitis que había sufrido en la infancia, que fuera en busca de aguardiente. Este obedeció al instante, pero tropezó con la zancadilla de don Luis que, posteriormente, lo empezó a rematar huascazos en el suelo. El bruto, curado y enceguecido, no acostumbrado a agachar el moño ni ser maltratado por nadie, siendo libre de expresarse, por su enajenación mental no entendía las reglas del sistema autoritario y de devolución le propinó un certero punzazo en el estómago con una cortaplumas (marca Arbolito) con cacha de plata, oxidada por el paso del tiempo, y que el mismo don Alfredo le había regalado.

“El Tronal” al saber su culpa se hizo humo y don Luis Alfredo Adriazola Muñoz, el hombre alto, de tez blanca, ojos pardos, maceteado y sonriente se fue con su alma ardiente a algún lugar del Cosmos al morir de tétano algunos días después en el hospital de Talca. Hoy sus restos descansan en el cementerio de dicha ciudad. Su viuda Estela se reunió con él en 1991 y sus amados hijos le sobreviven junto a su descendencia, quien dio vida a este relato.

Fundación de la Comunidad
Juan Canuleo Pinoleo (*)

Ximena Moreno Herrera
PURÉN, 9ª REGIÓN

En tiempos de los parlamentos entre mapuches y winkas, hubo un cacique que vivía en Pilimapu, cerca del actual sector de Capitán Pastene, en la comuna de Lumaco. Este cacique, llamado Juan Canuleo Pinoleo, era conocido por las personas de la región como el winka Pinoleo, puesto que él dominaba el idioma español, por lo que actuaba como intérprete y traductor en los parlamentos de aquel tiempo, permitiendo que sus hermanos caciques se comunicaran con los winkas. Sin embargo, surgió molestia y duda entre los otros caciques con respecto a los servicios que el winka Pinoleo estaba prestándole a los chilenos, dada su prosperidad económica, –tenía 14 mujeres, 14 cueros llenos de plata y de oro y muchos animales– y a lo desfavorables que resultaban los parlamentos para los mapuches.

Una delegación de caciques de Temuco partió a Pilimapu a dar muerte al winka Pinoleo –acusado de traición– y a destruir sus bienes; llegaron de noche, cuando todos dormían, y luego de quemar las casas y matar personas y animales, se llevaron a las mujeres del cacique.

De esta matanza salvaron con vida únicamente una hija y un hijo de menos de un año, que huyeron escondidos entre los coligües y las quilas.

Mientras estas cosas ocurrían, en el sector del actual Pichiloncoyán había caído una peste de cólera que estaba diezmando a la población. Personas de todas las edades, desde niños de pecho hasta ancianos, no tardaban en contraer el mal. Todas las personas que sufrían la enfermedad morían al poco tiempo en medio de grandes sufrimientos; algunos lograban sobrevivir un tiempo más comiendo bosta de caballo, pero a la larga todos morían, siendo lanzados a un tajo entre los cerros en un bajo llamado Mallin.

Los habitantes del lugar culpaban de estas desgracias a una mujer que practicaba la hechicería, esposa del cacique de la comunidad. Se decía que a través de sus artes oscuras ella había invocado a los malos espíritus para que cayera una maldición sobre el pueblo.

Es por esto que los pocos que quedaban vivos resolvieron matar por encargo a la anciana, intentando detener las desgracias al eliminar a quien creían que las había producido. Para llevarlo a cabo recurrieron a los servicios de unos cuatrerros provenientes de Chanco, dispuestos a ejecutar cualquier crimen por una recompensa.

Había que matar a la hechicera a la hora de dos, cuando hiciera su

siesta y no tuviera poderes para defenderse, puesto que en otro momento habría resultado muy peligroso intentar hacerle algún daño, dado que sus poderes eran grandes, como lo demostraba la terrible peste que estaba azotando a la comunidad.

Los hombres ingresaron sigilosamente a la ruca en que la mujer dormía y le dispararon por ambos lados; sin embargo, ella no tuvo una muerte instantánea, sino que se revolcaba como una gallina agónica y gritaba llamando a los espíritus, que en ese momento andaban con su marido que cuidaba animales arriba en el cerro.

Anchimalén y otros espíritus malignos le avisaron al esposo, quien corrió a verla, acompañado por el llanto de los tue-tue que lamentaban la muerte de la hechicera. Cuando llegó a la ruca, la mujer ya estaba muerta.

Pero a pesar de la desaparición de la anciana hechicera, la peste creció, acabando con las vidas de los últimos habitantes del sector. Sólo sobrevivió el cacique, viudo de la mujer asesinada, quien una mañana vio llegar a una joven con un niño en sus brazos.

Ella relató la muerte de su familia, incluido su padre, Juan Canuleo Pinoleo, a manos de otros caciques de la región.

Ambos fueron acogidos en ese lugar que había sido atravesado por tantas desgracias, siendo cuidados y alimentados por el cacique. Cuando el niño creció, viéndose el cacique ya muy anciano y

pronto a dejar este mundo, decidió entregarle el mando, nombrándolo su sucesor, por lo que el joven se hizo cargo de la comunidad que pasó a llamarse Juan Canuleo Pinoleo.

Durante ese tiempo habían ido llegando otras familias al lugar, tales como los Caniupán, los Paillalí o los Llebul, que aún habitan el sector o se han trasladado a los alrededores.

Así es como se cuenta la forma en que realmente se fundó la comunidad Juan Canuleo Pinoleo.

*La comunidad Juan Canuleo Pinoleo se ubica en el sector de Pichiloncoyán, en la comuna de Purén, Provincia de Malleco, Región de la Araucanía. Este relato ha sido transmitido de generación en generación por los miembros de la comunidad. Fue contado en un taller de recopilación de historias locales por Claudio Chureo, alumno del Liceo B-6 de Purén, quien lo conoció por su padre, Juan Andrés Chureo, quien a su vez lo escuchó de don Esteban Caniupán, antiguo habitante de la comunidad.

De cómo el burro se convirtió en animal de carga

Francisco Rolando Ulloa Carrasco
PERQUENCO, 9ª REGIÓN

Se cuenta que el burro antes de someterse al servicio del hombre convirtiéndose para éste en un eficaz medio de transporte y de carga, fue un sabio y próspero agricultor. El primer año que sembró no le fue muy bien pero en la temporada siguiente cosechó y amuelló tantísimo trigo que grave problema le resultó limpiarlo, pues en aquella época aún no se habían inventado las máquinas trilladoras.

Un día, cansado ya de tanto soplar y aventar las espigas, se tendió sumamente agotado sobre la paja blanda. Relajado su cuerpo, casi sin darse cuenta se quedó profundamente dormido y soñó con todas aquellas cosas que sólo sueñan los burros.

Arriba girando en el azul del cielo observaba la escena una veintena de jotes hambrientos procurando encontrar su alimento. Planeando en círculos cada vez más apretados los carroñeros descendían hasta posarse en el suelo afeitado y reseco de la era. Contoneando sus cuerpos enlutados, recelosos y tímidos se acercaron al burro durmiente. El más atrevido se fue al trasero del asno que yacía con las patas abiertas y la cola extendida; observó

y luego olfateó el agujero. Está muerto se dijo y no resistiendo el llamado de tan oloroso causeo, de un feroz picotazo sepultó su cabeza en el ano del dormido jumento. El burro, impresionado en extremo y pensando haber sido vejada su condición de macho, contrajo tan velozmente como pudo su esfínter y poniéndose de pie mantuvo así prisionero al infortunado jote, el cual para liberarse batía furiosamente sus alas atrapado en aquel inusual cepo. A consecuencia de los aletazos del pájaro, la paja y el capotillo eran aventados lejos, dejando los granos de trigo muy limpios y despejados. Poco tardó el asno en darse cuenta de este inesperado beneficio por lo que ahora muy contento continuó limpiando los granos y así lo siguió haciendo año tras año. Lo curioso del caso fue que los jotes a partir de entonces empezaron a nacer con el “cogote pelao”; las plumas se les habían “pasmao”. Pasaron muchas cosechas por el año calendario y el último que el burro tuviera como agricultor necesitó una vez más aventar su trigo. Muy temprano un día de verano se tendió de acuerdo al rito establecido a cuerpo suelto sobre la piel de la era ubicada en una planicie precordillerana del valle central. Cansado de permanecer ocioso esperando, se durmió. De pronto sintió la presencia de los intrusos tirando de su intestino fieramente hacia afuera. Cerró velozmente su agujero y se puso de pie, pero cuál no sería su enorme sorpresa; de pronto se vio y se sintió elevado por los aires. Él, que corcoveando jamás había sido capaz de separarse treinta centímetros siquiera del suelo, ahora tocaba involuntariamente las nubes, ganando cada vez más y más altura. Por un instante la sensación de volar y ver desde arriba la

tierra le pareció tan maravillosa que le hizo olvidar fugazmente el terrible problema en que estaba. El ave que lo transportaba, sumida la cabeza en sus entrañas, no podía ver, por lo que volando por puro instinto remontó los cerros medianeros y se elevó sobre las altas cumbres andinas.

Era un cóndor el ave que él había atrapado. Otros cóndores no tardaron en acercarse a la novedad y le hicieron compañía. Ahora el burro, realmente asustado porque todo lo digería, se sintió enfermo de asombro y de miedo; se le descompuso el estómago y finalmente se soltó por ambas puntas haciéndose de todo. En la corriente de aquellos fluidos el rey de las aves fue liberado y faltante del motor que lo sostenía el burro se precipitó en una caída libre sin barreras dándose tan brutal chancacazo sobre las rocas que dos días estuvo semiinconsciente. Y hubiera muerto allí a no ser por la oportuna y eficaz intervención de un arriero que al azar pasaba por allí, quien condolido lo llevó a su casa; lo curó, lo alimentó sometiéndolo después a sus servicios. El burro jamás pudo relatarle a su amo lo sucedido pues el jumento había perdido el habla, su inteligencia, su condición de granjero y su habilidad para limpiar trigo.

T E R C E R ■ P R E M I O

R E G I Ó N IX

*Mi pasado
y mi presente*

Olga Alicia Huenupi Millapi
PURÉN, 9ª REGIÓN

Cuando decidí participar en este concurso empecé a pensar en resumir mis treinta y cuatro años en tres páginas sabiendo que eso rápidamente lo multiplicaré por dos para sólo destacar dos cosas: mi condición de mujer mapuche y mujer campesina tal vez un poco más preparada que algunas de mis pares, pero con las mismas aspiraciones, los mismos sueños y los mismos amores.

Yo nací el We Tripantu (1) del año 67. Fueron los años de los logros de los trabajadores y sus organizaciones, los años en que por fin se les reconocían sus legítimos derechos, lástima que durara tan poco. Y fueron mis años de inocencia olvidada, que deben aparecerse ahora seguramente en mi buena salud, mi alegría de vivir y mi amor por los seres humanos, las plantas y los animales.

Luego sucedió el Golpe de Estado y desde esos días oscuros, en que hasta el cielo parecía llorar la desgracia, ya no olvidé lo que sucedía: recuerdo algunas cosas con lujo de detalles, como esos días en que se perseguía, se prohibía, se allanaban poblaciones y

mandaban puros señores con apellidos nazis mientras mi padre acostumbrado a leer infinidad de diarios, debía conformarse con pasquines, uno de ellos yo leí muchas veces: se llamaba "El Cronista" y parecía el pariente pobre de "El Mercurio".

Mi mamá decía que no se debía de hablar de política, porque era peligroso, que no se había que comprometer porque era peligroso y que ante las brutalidades de ese tiempo había que mantener silencio. Pienso que en este país hubo muchas mamás como la mía que muchos se creyeron el cuento y en once años de democracia todavía creemos que estamos en dictadura, con prohibición de pensar.

A los mapuches por enésima vez los despojaron de sus tierras recuperadas, de sus organizaciones y de sus líderes más comprometidos mientras con el Decreto Ley 701, lo que quedaba de mi cordillera de Nahuelbuta se llenaba de pinos transformando un paisaje hermosísimo en un desierto verde donde sólo abundan las callampas que cunden como callampas y me enferman hasta las lechugas.

Mi padre era de esa generación de mapuches que vivió cuando recién empezaban las escuelas a invadir los territorios mapuches, vivió el tiempo de la post-derrota y mi abuela, que celebraba el Año Nuevo Mapuche en familia y compartía con algunos colonos europeos llegados a la comunidad y les aconsejaba a sus nueve hijos que no era bueno que se siguiera con la cultura

mapuche, que los wincas (2) que mandaban en Chile entenderían mejor a los mapuches, si nosotros más nos parecíamos a ellos, sin pensar que eso era, o sabiendo tal vez, que eso era la última entrega, la última derrota, que la integración es aceptar que estamos conquistados y, peor aún, derrotados.

Luego mi padre fue de derecha, porque con los numeritos de los derechistas en las salitreras las fuerzas populares habían avanzado y ahora a la derecha le interesaba que los mapuches más preparados no se contaminaran con esa "porquería rara" que eran los comunistas y los socialistas y como "más vale prevenir que curar" les decían que no había que recibir a los nortinos porque eran ladrones, asaltantes y mentirosos y las mujeres eran putas. Pero mi papá empezó a seguir a un líder mapuche que también era derechista, pero dice mi padre que hablaba como mapuche, pensaba como mapuche y actuaba como mapuche refiriéndose a todas las injusticias cometidas por el Estado chileno, a pesar que los huincas dicen que Venancio Coñoepean fue un traidor para su pueblo. Yo creo que eso tiene una gran carga de mentira y otra inmensa carga de racismo, porque si ese líder fue de derecha fue por toda esa actitud de rechazo a los partidos de izquierda (que todavía dura) y porque los izquierdistas tampoco se preocuparon de los mapuches. Luego se dividió el Partido Conservador y mi padre fue demócratacristiano y con el derecho a voto de las mujeres mi mamá también votaba por ellos, hasta que se volvió comunista y su guía espiritual de su juventud cuando se lo contó, le reprochó textualmente "no sé quién te llenó la cabeza de huevadas".

Lo cierto y lo mejor fue que mi padre siguió siendo mapuche, se casó con una mujer mapuche, hija única de una pareja que en la comunidad era considerada rica, pero dice mi mamá que sólo era porque eran derrochadores y vivieron anticipadamente la crisis actual y les gustaba hacer ostentación de riquezas sin tenerlas. Por eso, los mapuches que son orgullosamente pobres, dicen que todo lo que mi padre ha ganado a prueba de trabajo, esfuerzos e inteligencia se lo debe a mi abuelo. Que todo es herencia. Yo no lo sé, pero trato de no involucrarme, a pesar que a mi mamá le indignan esos comentarios.

Mi mamá era hija única de un padre alcohólico que la golpeaba y no fue la chiquilla regalona por ser única, y mi abuela pudo ser machi, vivió toda la vida enferma y mi mamá tuvo que asumir el rol de dueña de casa a los catorce años. Tampoco se pudo desarrollar como machi y luego llegaron los evangélicos y le dijeron que los espíritus de las machis eran espíritus inmundos y que debía abandonar toda su creencia, su religión y alejarse a pesar de ser una de las elegidas, o sea, los conquistadores habían ocupado militarmente el territorio mapuche y los "canutos" empezaron a invadir el espíritu después que los curas ya sólo podrían llevar caridad porque con su concepción más intelectual de la religión, los mapuches ya no les creían.

Yo tenía seis años y fui a la escuela del campo con un profesor alcohólico en una comunidad que históricamente fue parrandera donde se hacían fiestas todos los fines de semana y había un clandestino cada cien metros. Allá no iban policías ni auto de auto-

ridades porque con los lluviosos inviernos del sur, mi arcillosa tierra roja del camino se transformaba en un lodazal donde se enterraban hasta los caballos. Pero estudié y aprendí y para las vacaciones con mis hermanos nos transformábamos en artesanos que hacíamos de la tierra nuestro material para fabricar infinidad de utensilios.

Pero además recuerdo con claridad que en mi casa se hablaba de represión, detenidos, exiliados y asesinados, lo que nunca supe es de dónde sacaban esa información. Viví como en la nebulosa porque los adultos evitaban que los niños escucháramos, temerosos que habláramos en los momentos menos indicados.

Luego me fui a la escuela del pueblo. Ahí conocí el racismo de algunos, la lástima de unos cuantos y la solidaridad de muchos. Y con mi familia creo haber perdido el contacto porque no los veía en la semana. Y el fin de semana nos íbamos a trabajar en la chacra o en la huerta; o mi mamá había ido a vender ají, frutas, miel y hasta carne a Lebu u otra ciudad de la zona del carbón.

Y cuando mi madre salía, mi padre salía a hacer vida social.

Ahora sé que me hicieron falta, que viví en esa época un vacío espantoso, que me hizo vivir en la adolescencia otra crisis más espantosa aún, pero de la que logré salir airosa. Debe ser por mi infancia tranquila.

Recuerdo que en el liceo me enamoré de un profesor, al que hace unos meses le escribí un ensayo con el cariño que se le tiene a una

persona especial, pero fue un amor platónico, menos mal; nunca nadie lo supo. En esa época, no era liberal como ahora, pensaba como las muchachas de mi edad y de mi escuela: Mucho respeto por los hombres casados y mucho desprecio por las niñas con menos prejuicios. También en el liceo empecé a rebelarme contra ese sistema brutal que duraba diez años y se había hecho leyes que le permitirían durar diecisiete años. Los más optimistas creían que sucedería algo, cualquier cosa, que no era posible que en Chile un gobierno durara tanto, que Dios por último haría que el dictador tuviese un accidente, una enfermedad y que los militares al final se rebelaran. Pero nada de eso ocurría, miraba a mis compañeros de liceo que parecían haberse bañado el cerebro, porque de todo lo que yo sabía, leía, no sabían nada, y si lo escuchaban decían que eran mentiras, pero sabían con lujo de detalles de "los caóticos días de la Unidad Popular", de la escasez de alimentos y que por último eran mejores los militares porque "había orden". Ahora entiendo por qué en la Novena Región en las elecciones siempre gana la derecha.

Por esa época salí del liceo y empezaron a llegar diarios clandestinos a la casa donde se podían leer todos los horrores de la dictadura y yo los leí y me comprometí mucho más con una causa que consideré y considero justa. Ante los horrores y la mentira, yo tenía mi verdad y si podía hacer algo, no tendría dudas en hacerlo. También a mi casa ya llegaba la actividad política del Partido Comunista y los activistas se quedaban a alojar y comer en mi casa.

Para ir a las comunidades mapuches a impulsar todo ese proceso de organización y recuperación de tierras mientras la derecha y los militares inventaron la historia que allí habían Escuelas de Guerrillas; allanaban las comunidades con la cara pintada y llevaban a los mismos chicos mapuches que hacía el Servicio Militar a reprimir a sus hermanos. Y al lado de las poblaciones marginales de Purén disparaban a medianoche convencidos que así ahuyentarían a los guerrilleros.

Yo también me integré a la actividad política y ahí sí que me enamoré de verdad de un activista, un hombre de verdad, con ideales, pero el destino y el Partido me jugaron una mala pasada porque a ese hombre maravilloso lo trasladaron a otra ciudad para no exponerlo demasiado. De eso hace catorce años y no quiero verle nunca más. Sé de él que se casó, que es un excelente dirigente y persona, debe ser por su formación. Pero sé de él algo peor, ya no es comunista.

Y terminó la dictadura. Yo me había prometido que estudiaría algo cuando terminara, y cuando se ofreció una buena beca de las Mujeres Católicas de Austria yo elegí ser Técnica Agrícola y me fui a estudiar a Chillán donde vivía gracias a la caridad de la señora Lalita Albornoz mientras la beca me pagaba los estudios y salí de allí y planifiqué un hijo, que la gente a veces cree que es mi hermanito porque jamás lo he ocultado, ni me he sentido avergonzada como ocurre a veces con otras madres solteras. Yo lo soy, a mucha honra.

Recuerdo con nostalgia los años en que la dictadura nos invitó a participar en su plebiscito para legitimar un gobierno cruel. A mí y mi hermano nos llegaron a buscar los socialistas para organizar el "Comando por el No" y el que dirigía todo era mi ex profesor de los dieciséis años que había sido despedido por las autoridades de la época. No recuerdo esa época por el profe ni porque por fin teníamos esperanzas que diecisiete años de militares terminaron, sino porque en ese tiempo nuestra gente parecía más alegre, más soñadora y más entusiasta.

Cuando volví de Chillán donde vivía en medio de gente muy pobre, pero muy orgullosa que era capaz de hacer mil cosas con tal de ocultar que eran pobres, vi que la gente menos comprometida estaba ocupando cargos de poder, seguían aplicando la misma política económica de la dictadura y trataban que todos nos involucráramos. Pero percibíamos que estábamos en democracia que nos podíamos reunir, conversar y criticar lo que fuera, menos al Poder Judicial, sin el riesgo de represiones brutales.

Y los gobiernos democráticos empezaron a inventar (como en las novelas de Gabriel García Márquez) la "Fiebre del Olvido" hasta que a la gente la tenían convencida con el cuento de la "Reconciliación", pero no a los militares que quieren "olvido", y convencernos que diecisiete años fueron mentiras.



Entonces a los mapuches los parlamentarios les hicieron una ley, que la presentaron como magnífica y la han violado todas las veces

que quisieron o que se necesitaba favorecer al gobierno o a los poderosos de siempre. Y a mi amigo "Guate Cuero", el Gobierno le compró las quinientas cincuenta hectáreas que él recuperó en dictadura y quisieron comprar su conciencia mientras la policía lo persigue y las leyes chilenas le quitaron sus derechos civiles, especialmente su derecho a voto.

Cuando llegué a mi tierra todos creían que podría trabajar en alguna empresa o en algún Servicio Público y que miraría a mi gente por encima del hombro. Hice mi práctica en la Municipalidad, muy tímidamente y mi jefe era un señor de otra ciudad que, como muchos en este país, adoran los cargos públicos de poder, porque en dos años más lo vi convertido en Concejal y cuatro años más tarde en Alcalde. Pero ahí conocí toda la porquería con que se sigue dominando a los mapuches: Recuerdo a ese personaje muy silente conmigo, hablando por lo bajo de lo que yo sería capaz hacer, por mi pasado político, y de que yo no debía saber lo que hacía el Gobierno, ni la Municipalidad y menos él, y que ante mí se debía guardar silencio porque yo tenía habilidades escondidas aprendidas en la "Escuela de Guerrillas", y lo que Europa enviaba exclusivamente para los mapuches él los asignaba a los huasos de la cordillera que él sabía que eran de derecha y que a futuro votarían por él, y que lo hicieron. Ante toda esa basura me retiré al campo y luego de mucho tiempo de pasarlo bien, me dediqué a trabajar. Con la ayuda de mis hermanos inicié un invernadero para producir hortalizas de hoja y empecé a sentir más fuerte el llamado de mi raza: participo en la organización

mapuche, amo la tierra, mi campo, ayudo en lo que puedo y cuando INDAP ofreció un estudio de mercado para el Ají Merquén yo miré a muchos de mis hermanos y cuando nadie lo quiso tomar, lo tomamos yo, mi padre y un amigo. Mi papá ya había trabajado en eso cuando los gringos horrorizados ante el avance de la Revolución Cubana ofrecieron su "Cuerpo de Paz" para calmar los ánimos y conocer a la gente. Ahora a veces hasta le escriben cartas a mi papá.

Ahora soy microempresaria, de un producto creado por los mapuches y cuando lo vendo a veces me visto como en ocasiones solemnes de mujer mapuche, aprovechando la obsesión por los mapuches de este país loco. Claro que la ropa y las joyas tengo que conseguirlas porque mi familia también fue víctima del último robo descarado a los mapuches cuando los museos y los coleccionistas pagaron buen precio por las joyas mapuches y los chilenos aprovechadores de siempre fueron a las comunidades a comprar las joyas auténticas, aprovechándose de la necesidad económica y de la prohibición de usar la vestimenta que algunos profesores impusieron en las escuelas unos años antes. Y ahora sé que el Merquén solo lo consumían en el Nguillatun (3) y que algún "puntudo" lo tiene patentado y que mucha gente lo vende, pero yo lo hago mejor. INDAP nos sigue apoyando y nos invitó a la Expo Mundo Rural 2000 y hemos recibido todos los halagos del mundo, pero yo todavía no me creo mucho el cuento, sigo siendo mapuche y eso sí que no lo transo. Por eso soy así, y habiendo tantaza cosa que contar y tan poco tiempo para escribir y para hablar



dejo todo hasta aquí, sólo faltan mis sueños y para eso necesito mil hojas más.

- (1) *We Tripantu*: Año Nuevo Mapuche: 24 de junio.
- (2) *Winca*: Conquistador y destructor.
- (3) *Nguillatún*: Ceremonia religiosa mapuche de Acción de Gracias o de Petición.

P R I M E R ■ P R E M I O

R E G I Ó N X

La fiesta de Canelos

Yury Vanesa Orena Alvarado
LOS MUERMOS, 10ª REGIÓN

El once de febrero de 1914, Manuel Orenata Pérez se levantó de su cama de paja antes de la amanecida. Llenó el lavatorio de aluminio con agua que había deshumedecido sobre el brasero y comenzó la rutina del aseo con una prolijidad inusual en él. Luego acercó la vela encendida al pequeño espejo que se sostenía por un clavo en una tabla de la pared de la barraca para que al raer con la navaja la línea del bigotito alrededor del labio no se lastimara, pues estaba consciente que su boca gruesa y sus ojos color avellana madura eran sus más fuertes armas en el momento de seducir a una hembrita. Posteriormente se vistió con la misma prolijidad con que se aseó; buscó la montura inglesa, ensilló el caballo blanco amarillento que había escogido para la ocasión, lo montó con el garbo que sólo se tiene a los veinticinco años y partió al galope.

Cuando llegó a Los Canelos (nombre que con los años se singularizó en El Canelo, ya sea por la incompetencia de los escritores topográficos o por la tala indiscriminada de este árbol sagrado), ya se había celebrado la primera misa. Eran las nueve de la mañana. Los arcos que llevaban hasta la entrada de la iglesia cons-

truida hacía sólo una decena de años con tejuelas de alerce, y que constituía el mayor orgullo de los lugareños católicos, estaban adornados con las más fragantes flores de ulmo, entrelazadas en vigorosas ramas de ciprés. Los largos mesones de tablón rústico que se disponían unos junto a otros en forma paralela ya estaban siendo ocupados por los primeros tímidos concurrentes, ansiosos de probar las exquisiteces que se estaban preparando en la gran cocinería, ubicada al lado sur de los mesones y en sentido perpendicular a éstos. A la salida de la segunda misa, la temperatura estival ameritaba un buen trago de chicha fresca vendido en la cantina instalada en el lado opuesto a la cocinería. Los hombres se sacaban los sombreros para saludar a las mujeres que pasaban batiendo coquetonamente sus vestidos floreados y aunque algunos osaron invitarlas a algún refresco, era muy temprano para que éstas accedieran. Tímidamente se oía a lo lejos cómo los músicos instalados en la explanada al lado derecho de la iglesia, afinaban sus instrumentos. Manuel Orenata Pérez era un desconocido más en esa oleada de peregrinos religioso-paganos. Nadie sabía quién era, de dónde venía, cuáles eran sus padres, si tenía tierras o si venía a pedir un favor o a pagar una manda a la Virgen; sin embargo, todos supieron después de una seguidilla de tiradas de cartas que era el mejor jugador de brisca en varios kilómetros a la redonda.

Cuando las campanadas de la iglesia anunciaban el inicio de la misa mayor a eso del mediodía, Manuel decidió entrar, no por un sentimiento religioso, pues no practicaba ninguna religión a conciencia, sino que por simple curiosidad. La iglesia estaba lle-

na, las bancas separadas por el pasillo central estaban ocupadas de acuerdo a la usanza de la costumbre campesina: al lado izquierdo, las señoras; y al lado contrario, los hombres. Manuel subió por la escalera torneada a la plataforma alta donde se ubicaba el coro, desde ahí podía ver a todos y a cada uno de los presentes. La musicalidad de los ritos latinos produjo entre los fieles una devoción fingida que en realidad escondía la modorra del calor y los efectos del trago matinal. La prédica en castellano les hizo despertar. El padre Dionisio recordaba cómo la Virgen María se apareció en 1858 en una pequeña ciudad de Francia llamada Lourdes a la niña, –ahora santa, decía– Bernardette Soubirous; donde desde entonces se han realizado múltiples curaciones auténticas de dolencias físicas. Pero los campesinos no alcanzaban a entender, apenas pocos conocían Los Muermos o Maullín que distaban mucho para ser pueblos propiamente tales y casi nadie conocía Puerto Montt como para que su imaginación se trazara una idea clara de aquel lejano país. Además estos fieles eran gente simple, no pedían grandes milagros, sólo buen tiempo, abundancia en las cosechas, un marido rico, etc. El cura se dio cuenta de lo incoherente de su prédica y ofendido los increpó:

"No engañéis a Dios. Vosotros apoyados en las paredes no lloráis por la Virgen y sus milagros, ni siquiera por vuestros pecados que deberían avergonzarlos. Lloráis sólo vuestra borrachera".

Manuel se rió, era verdad. Iba a salir, cuando una imagen lo paralizó. Caminaba en sentido contrario al altar, luego de recibir la

comunión, una joven de beatífica belleza: no era muy alta, su andar cadencioso hacía notar los contornos redondeados de su cuerpo y de su rostro pálido sobresalían unos grandes ojos café huidizos. En la procesión que siguió a la misa, Manuel se mezcló en esa multitud devota que rezaba diversas oraciones. Los de las primeras filas seguían el rosario de forma automática; los de al medio comentaban la causa de su manda o algún milagro; los de más atrás hablaban de la cosecha de papas y la venta de animales; mientras que los últimos se contaban chistes.

Ya de regreso, la fiesta había comenzado. En los mesones se servían cazuela de aves, empanadas de carne y marisco, trozos de asado, estofados de ganso y pato, acompañados de papas y ensaladas. También se vendían pan amasado, tortillas al rescoldo, empanadas de manzana y sopaipillas. La gente comía y bebía hasta hartarse. Los niños jugaban al trompo, las bolitas, izaban volantines o se escondían bajo las faldas de las señoras; éstas, a su vez, chismorreaban acerca de las infidelidades y ausencias de sus esposos; éstos, además de coordinar las cosechas de avena y trigo, planeaban el negocio que más le conviniese para casar a sus hijas que ya estaban en edad de merecer; aunque aquéllas en esos mismos momentos coqueteaban con los menos convenientes.

Al primer pie de cueca se llenó la pampa de pícaros bailarines. Manuel buscaba entre las muchachas el rostro de la iglesia; lo buscó entre las que echadas a la sombra de un árbol comentaban sobre el sacristán nuevo que ayudó en la celebración de la misa; lo

buscó entre las muchachas que ayudaban a freír las empanadas, lo hizo también entre las que se sonrojaban cada vez que un muchacho les cerraba un ojo o las invitaba a bailar. Cuando se giró, la vio. Ahí estaba, en medio de la orquesta tocando el acordeón en una postura atrevida y desafiante, con la falda arremangada hasta la rodilla, sentada sobre un tronco y moviéndose al compás del vaivén de su instrumento. La invitó a bailar dos cuecas, en una vuelta del baile a ella se le soltó el pelo enrollado alrededor de la nuca y cayó sobre sus hombros una melena cobriza, ligeramente ondulada que no se molestó en recoger. Luego de bailar una resbalosa supo quien era ella. Se llamaba María Lindana Hernández y la niña tenía catorce años.

La fiesta terminó al anochecer, cuando una pelea de borrachos mezcló a los ya escasos concurrentes y dejó a dos muertos desangrándose en las puertas de la iglesia.

Al mes de haberla conocido, Manuel ya había averiguado todo lo necesario para decidir enamorarla. Mientras se fumaba un cigarro afirmado en un cerco de tranquilla, pensaba en lo que valía realmente una mujer: ochenta hectáreas de tierra y un vientre para dar hijos que perpetúen el apellido.

Cuando se casaron al año siguiente, María Lindana veía reflejar su felicidad en cada uno de los destellos de luz de las espuelas de plata de su gallardo esposo. No disminuyó su felicidad a pesar de que Manuel la hizo su mujer en un catre viejo y sobre sábanas de sacos harineros en una barraca de obrero, pues lo entendió como una



emergencia del deseo que en ella también se hacía apremiante. Siguió siendo feliz mientras cabalgaba con su esposo sobre el formidable bayo hacia su casa paterna para exigir la herencia que le correspondía. Sin embargo, a la entrada del campo la esperaba el padre con la pistola en la cintura, prohibiéndole la entrada. El motivo, había sido desheredada. La causa, el marido. Manuel iba desarmado, no protestó, dio media vuelta al caballo y sin decir palabra comenzó el viaje de regreso a Río Frío, a la casa de sus padres. En el trayecto María Lindana vio cómo Manuel se sacó el sombrero y las espuelas y los entregó a un cuarentón sin hijos que vivía no lejos de su padre. Luego, al llegar al lugar donde se habían amado por primera vez le ordenó desmontar, desensilló y colgó la montura de cuero en el caballete que servía para tal efecto y montaron nuevamente sobre un saco de lino gastado. Al llegar a la próxima casa, desmontaron. María Lindana miró asustada cuando Manuel guardaba el hermoso bayo en las caballerizas y agradecía al hijo del patrón por habérselo prestado. Continuaron el camino a pie y en silencio. Cuando llegaron a la casa de los padres de Manuel ya era de noche, pero aún así pudo percibir la podredumbre de esas chozas humeantes. Ya a solas con Manuel en una pieza mal improvisada quiso preguntar algo, pero el cuerpo desnudo de Manuel sobre ella se lo impidió. Al despertar a la mañana siguiente vio con horror cuando Manuel le entregaba, al parecer a un amigo, el traje de huaso que las hermanas habían lavado y secado durante la noche. Entonces y sólo entonces María Lindana comprendió su fatal destino. Lloró, gritó, se tiró el pelo, se rasgó las enaguas y pidió a la Virgen y juró por la Virgen que no le daría ningún

hijo varón al desgraciado que le jodió su vida. Cuando doce años después el fisco le cedió a Manuel Orenata Pérez una rinconada de diecinueve hectáreas ubicada entre el río Changué y las vastas tierras de su suegro, María Lindana había parido ya ocho fuertes mujeres y parió otras ocho más en el campo ya bautizado como "Las Bayas". Sin embargo, cuando sintió llorar el resultado de su decimoséptimo embarazo notó un tono distinto. Recogió al recién nacido aún envuelto en liquido amarilloso y sangre y buscó entre sus piernas. Ahí estaba, su sexo era enorme, era macho. Lloró su desgracia y mientras lo amamantaba pidió a la Virgen y juró por la Virgen que el apellido Orenata se perdería también con él.

Manuel orgulloso de su único hijo varón, cruzó en lancha a Maullín para inscribirlo en el Registro Civil, pero debido a los tragos que tomó con motivo del gran suceso, no sólo equivocó la fecha del nacimiento, sino que además su lengua torpe no hizo audible la última sílaba de su apellido.

Maximino Orena Hernández, quien celebraba su cumpleaños el dieciocho de julio, aun cuando en su carné estaba registrado con fecha trece de agosto, tuvo cuatro hermosas hijas: la primera, Sandra Valeska; la segunda, Yury Vanessa; la tercera, Ximena Andrea y la última, María Angélica.

Ya no se celebra la fiesta de Canelos, porque el propio cura al comprobar que sólo algunas señoras asistían a misa, mientras que los



caballeros y la muchachada quedaban afuera tomando, comiendo y fumando, estampó la denuncia de venta ilícita de bebidas alcohólicas de su propio puño y letra en la Tenencia de Carabineros de Los Muermos. Sin embargo, y a pesar de esto, las cuatro hermanas asisten devotamente a la misa y a la procesión. Ninguna va a pagar mandas. Todas van a pedir el mismo favor.

El Pata de Plato

Olga Alicia Huenupi Millapi
QUEMCHI, 10ª REGIÓN

Hace algunos años, recorría los pueblos costeros de la comuna de Quemchi un hombre relativamente anciano, de estatura pequeña y contextura gruesa, un tanto misterioso y poco comunicativo. Vivía de lo que la gente le daba.

Don Bartolo, que así se llamaba, llevaba siempre una bolsa de lino en la espalda y se vestía con una vieja manta chilota y un pantalón de güiñe, que no se sacaba nunca, aunque hubiera calor. Jamás usaba zapatos ya que, según decía, le molestaban para caminar. Sus pies eran cortos y gordos y cuando caminaba por la arena o el barro sus rastros se asemejaban a un plato... De ahí su apodo.

Al “Pata de Plato” le corría la nombrá que era brujo, por lo que nadie le negaba lo que pedía. La gente decía que Bartolo andaba buscando motivo para lanzarle un mal, cuando mendigaba por las casas.

Normalmente construía, por un tiempo, una especie de choza en los terrenos que eran de la curia, cerca de los cementerios, y se comentaba que siempre los vecinos veían salir en las noches una

luz de la ranca del anciano, la que lentamente ingresaba al camposanto y ahí permanecía durante horas, localizándose principalmente en las sepulturas más recientes.

Cuando murió don Bartolo, un vecino de buen corazón lo llevó a su casa para velarlo, pero este rito tradicional de los campos chilotes no fue posible, debido a que cada vez que se le prendían las velas y se le colocaban flores y coronas, éstas caían de la mesa sin que nadie las tocara.

Sólo una noche el vecino soportó la situación y buscó a unos cuantos amigos, entre los cuales se encontraba el fiscal de la capilla, para llevar a don Bartolo al cementerio.

Todos estaban conscientes cuando colocaron el cuerpo del veterano en un improvisado ataúd de madera, sin embargo las sorpresas continuaban. Entre seis hombres tomaron al difunto para bajarlo de la mesa, pero no pudieron hacerlo... el peso era increíble. Sin pensarlo más, los vecinos enyugaron unos bueyes y amarraron la cadena al ataúd; no les importó que se rompieran la mesa y algunas tablas del piso de la casa con el inmenso golpe, lo importante era sacarlo de allí. Como pudieron lo embarcaron a una carreta y partieron rumbo al cementerio.

Antes de ingresar al camposanto, el cajón comenzó a saltar, como queriendo salir de la carreta, pero los vecinos

lo sujetaron y lograron llevarlo hasta un nicho desocupado que pertenecía al fiscal.

Al día siguiente nuevamente los vecinos se juntaron en el cementerio para cavar en la tierra un hoyo y hacerle una sepultura propia a don Bartolo. Antes de enterrarlo, se les ocurrió abrir el cajón para verlo en qué estado se encontraba el cuerpo. Tal fue la sorpresa de los vecinos cuando vieron un cajón lleno de arena... del cadáver ni rastros. La única explicación que se le dio a esta situación fue que los brujos se lo habían llevado.

Hoy día existe en el cementerio de Chaurahué una cruz vieja abandonada y junto a ella una mata de espinillo...

Dicen que allí se habría enterrado el cajón del “Pata de Plato”.

Momentos mágicos

Sylvia Mónica Pérez Silva
VALDIVIA, 10ª REGIÓN

*M*i hijo se acerca, me da un beso, me acaricia el pelo y me dice chao. Después camina por el muelle, sube al bote y hace partir el motor; su destino: Valdivia. El bote avanza lentamente por el cauce que tiene que seguir entre las totoras, dándoles tiempo para que se retiren a una pareja de cisnes; éstos nadan tranquilamente seguidos por tres pichones que al ver el bote se apresuran y se suben sobre el espinazo de sus padres, quienes muy orgullosos de su carga se meten entre las totoras.

Pienso, ¡qué suerte vivir en la ribera del río Cruces! Esto nos permite vivir momentos mágicos y al pensar en la última frase llegan a mi memoria recuerdos de diez años atrás, cuando el lolo que hoy se aleja en el bote tenía ocho años:

Nuestros hijos para educarse han tenido que irse a la ciudad, internos o donde algún familiar, razón por la que en el tiempo que tienen clases llegan solamente los fines de semana a nuestra casa, que queda en lo que desde 1981 es el Santuario de la Naturaleza Río Cruces.

Fue un fin de semana que invité a mi hijo a buscar murta, esa peque-

ña y fragante fruta roja que abunda en este sector, ideal para hacer mermelada o poner en conserva. Esa mañana nos levantamos temprano y una vez preparado nuestro cocaví tomamos nuestros canastos y partimos acompañados por el Canito, nuestro fiel perro; para llegar a nuestro destino teníamos que hacer muchos descansos en el camino, ya que es una larga y empinada cuesta. Esos descansos nos daban la oportunidad de tener largas conversaciones y en una de ellas me contó que su amigo José Luis lo invitó a quedarse en su casa ese fin de semana, porque su papá le había comprado un Nintendo, pero él se acordó que iríamos a la murta y no le aceptó la invitación, ante el asombro de su amigo, que no comprendía que prefiriera salir y cansarse subiendo un cerro, a diferencia de él, que no encontraba nada más choro que sentarse a jugar ante la pantalla de un televisor.

Nuestra ruta era muy entretenida. Estábamos rodeados de una vegetación nativa y siempre había algo nuevo que observar: no siempre está ese arrayán tan cargado de flores blancas, donde sobresalen desafiantes unos hermosos copihues rojos; más allá un par de pájaros carpinteros con su rítmico picotear arrancan su alimento de unos inmensos y centenarios coigües; en otro lugar, una araña pollito sale de entre unas raíces rodeadas de tela, posiblemente va en busca de su comida o salió porque el sol ya empezó a calentar; hacia la quebrada, ese tono verde amarillento de la quila, debajo de la que corre el agua de la vertiente, que produce un ruido cantarino en su caída por las piedras, cuesta abajo; o, el grito alborotado del chucao, cantando a nuestra derecha, signo de que nos iría bien.

Estábamos comentando lo diferente que es respirar en la ciudad y hacerlo acá en el campo, donde se mezclan los olores a musgo, laurel canelo y... sorpresivamente fuimos interrumpidos por el gruñido de Canito, al atacar lo que en ese momento pensé era un ratón. Mi hijo estaba más cerca del perro y antes que yo pudiera evitarlo vi con horror que se abalanzaba a quitarle el animalito, que ya tenía casi apretado con su hocico, ante mis gritos para que lo soltara, pensando que el perro lo mordería. Me respondió que no era un ratón y acercándose a mí me fue mostrando las diferencias: sus orejitas puntudas y chiquitas, un pelo muy sedoso y una cola prensil.

– Es un monito de monte –me dijo–, es el marsupial más chico del mundo y vive acá en Chile, lo leí hace poco en una revista.

Creo que nunca he visto un animal más manso que ese que mi hijo tenía entre sus manos; nuestro dilema ahora era qué hacer con él, si lo dejaba donde lo sacó el perro, éste nuevamente lo atacaría y esta vez si lo terminaría, por lo que optamos por que mi hijo lo cuidara y al volver lo pasaría a dejar, mientras yo me llevaba al perro cuesta abajo.

Llegamos a nuestro destino y para mi felicidad las matas de murta estaban bastante cargadas, lo que facilitaría que llenara mis canastos, ya que di por asumido que mi compañero no tenía ningún interés en ayudarme a sacar fruta. Ahora todo su interés estaba centrado en su mascota; me sorprendió la felicidad con que el monito se adaptó a su compañero, se movía ágilmente entre sus manos, pero no

tratando de arrancar; nos divertimos bastante cuando lo puso en un notro y se dedicó a darnos una función de circo, ya que saltaba de una rama a otra, a veces afirmándose en sus patas y otras colgándose de la cola. Después de un rato, al parecer ya cansado, bajó, y mi hijo, en tono de broma, dijo que tanto ejercicio le había dado hambre; lo colocó en su mano y le puso murta a su lado; ante nuestro asombro el monito afirmó una entre sus pequeñas patitas delanteras y se la comió; fueron varias las que se tragó y después, tranquilamente se acomodó, metiéndose entre su brazo y su chomba y se puso a dormir. La cara de felicidad de mi hijo ante cada cosa que hacía el animalito creo que nunca la olvidaré.

Con pena vimos cómo se perdía el sol tras una montaña, porque eso indicaba que tendríamos que regresar y lo hicimos como lo teníamos planeado; yo tomé el perro de su collar y bajamos bien apurados. Ya cerca de la casa esperé a mi hijo, quien llegó después de un rato, contándome que cuando él soltó al monito, este se metió debajo de un montón de hojas. Antes de llegar a la casa se tomó de mi mano y me dijo:

- ¡Qué lindos estos momentos mágicos que pasamos hoy! Una pena que José Luis no los vivirá nunca sentado jugando al Nintendo.

Leonardo y Ema

María Gladys Escobar Sanhueza
COCHRANE, 11ª REGIÓN

*L*a vida transcurría difícilmente para los colonos de la Patagonia, al sur de Aysén. Hace algunos años era un territorio inhóspito e indómito, de grandes montañas, caudalosos ríos y cascadas de aguas puras y cristalinas; se apreciaba la naturaleza en todo su esplendor, se impregnaba hasta el alma de tanta pureza y grandeza de esta tierra.

Leonardo y Ema sintieron el llamado de la tierra joven como ellos mismos.

Llegaron a orillas del río Ñadis, y ahí formaron su nido, humilde, con muchas carencias materiales, pero con gran riqueza espiritual.

Leonardo, un joven de manos fuertes y generosas, de gran espíritu y esperanza de superarse.

Ema, muy joven y bella, valiente y arriesgada. Cada mañana, comenzaban muy temprano el laburo. Leonardo cortaba madera con hacha, a puro "ñeque" como dice la gente de allá. Construyó corrales, un galpón y cercas, para que no escaparan sus escasos

animales. Ema comenzaba ordeñando su vaca muy temprano, para alimentar a sus pequeñas hijas; daba de comer a sus gallinas, que le aportaban huevos frescos, y trabajaba su pequeño huerto.

En las largas noches de invierno hilaba lana de ovejas, con la cual confeccionaba, chombas, "matras" (frazadas) calcetines y muchas cosas más usadas en el campo, como "aperos" para los caballos.

La vida cobraba muchos sacrificios, cada amanecer, era como nacer de nuevo, era un nuevo desafío en esta hermosa tierra.

Allí el poblador más cercano o vecino se encontraba a kilómetros de distancia desde ahí.

Cuando comenzaba a escasear el alimento, los pobladores debían viajar muchos kilómetros a lomo de caballo, llevaban "pilcheros", para traer la mercadería de vuelta.

La travesía duraba varios días, ya que debían cruzar al país vecino, Argentina, por ser el lugar más cercano para adquirir los víveres. No siendo siempre bien mirados por éstos.

Leonardo había acumulado pieles de animales salvajes; en esos años era permitido cazar.

Estas pieles eran bien cotizadas en el país vecino; con el dinero que obtenía, traía algunos víveres de primera necesidad, también traía tabaco, el que vendía o permutaba por pieles. Más de

una vez detuvieron a Leonardo en el retén de policía argentino, quitándole parte de sus cosas, pero éste volvía y cruzaba escondido, por otra parte, arriesgando muchas veces su vida, porque así era el hombre de estas tierras, no le temía a nada, le ponía el hombro al trabajo y seguía luchando.

Mientras Ema sola, esperando que volviera su esposo, hilaba y tejía sueños. A veces caía en el abismo de la desesperanza, deseaba pedirle a Leonardo que la sacara de esta horrible soledad, de interminables noches de lluvia con su infinito tic-tac que atormentaba y carcomía hasta el alma.

Un día más caía el negro telón de la noche, que para ella era una tortura. El perro "Franco" nuevamente comenzó a aullar como era de costumbre cuando el amo estaba ausente. Ema observó por un momento los rostros dulces de sus pequeñas que dormían como ángeles.

El "franco" aullaba y rasguñaba la puerta. Ella le abre un poco, y el perro entra muy asustado. Ema oye unos ruidos muy cerca, entra a la habitación y saca el revólver, abre la puerta con cuidado y ahí estaba frente a ella un gato gigante, le brillaban sus ojos con la luz del "candil". Ema lo apunta con su arma, pero éste bajó la cabeza en señal de humildad. Ema bajó el arma y lo vio alejarse, como la noche misma.

Después de algunos días, el "Franco" empezó a inquietarse, aulla, ladra, mueve su cola en señal de agrado; luego se pierde por la

huellita detrás de los enormes coigües.

Ema cree adivinar que viene de vuelta su esposo, se peina, se pone bonita, al igual sus niñas, se oyen sonar los cascos de los caballos, en las piedras de la playa del río; más y más cerca, el corazón de Ema parece escapársele por la boca, la emoción se le aprieta en la garganta. Luego la figura de un jinete y su pilchero. El encuentro es emotivo, hasta las lágrimas, todo sufrimiento ha desaparecido para Ema, ahora importan sólo ellos.

Al día siguiente, Leonardo sale a ver a sus animales y grande fue su sorpresa, cuando ve que gran tramo del cerco y la "tranquera" habían desaparecido. Leonardo sabe que unos vecinos que viven más allá de su casa no querían que él se poblara aquí.

Bueno, lo construye una vez más, pero se queda observando, a la espera de los malhechores.

Pronto se oyen risas y murmullos, no tardan en aparecer, llegan y comienzan a destruir el trabajo de Leonardo. Éste aparece de un salto y dice ¿qué pasa aquí? Los dos hombres de burlan de él, lo atacan, pero Leonardo les hace frente, luego de forcejeos y golpes se oyen disparos, uno de los hombres sale huyendo, ahora quedan dos, la lucha es cuerpo a cuerpo, ambos hombres sangran mucho, por los golpes y heridas hechas por las piedras y ramas. En eso se oye el estruendo de las balas, y un cuerpo cayó boca arriba, con los brazos abiertos y empuñando sus armas, en una mano el revólver y en la otra un cuchillo de mango plateado, con

los ojos abiertos mirando el cielo, único testigo de lo que allí sucedió.

Mientras Ema temerosa sale de su casa a ver qué sucedió; y ve a Leonardo entre los árboles, que corre hacia ella, le cuenta lo sucedido, ya era de noche y decide entregarse voluntariamente. Tres días tardaría en llegar al retén más cercano a lomo de caballo. Ema queda sola con sus niñas y el fiel "Franco", llega un nuevo día y debe encerrar sus escasas ovejas. La acompaña el "Franco", el camino pasa cerca de donde está el difunto, acompañado por dos perros. Tres noches ya había pasado oyendo los aullidos desgarradores de esos perros, a los cuales respondía de igual forma el "Franco".

Después de algunos días, llegó Leonardo acompañado por dos carabineros, lo traían esposado, lo cual entristeció mucho a Ema.

Ella les preparó la cena; y al otro día levantaron el cuerpo y se marcharon con Leonardo.

A Ema la fue a buscar un familiar, allí quedaron los sueños de ambos, enredados en los gigantescos coigües y cipreses; y unos árboles que plantó Ema dan flores y frutos, negándose a morir, como el amor de Leonardo y Ema.

Después de algún tiempo liberaron a Leonardo, adquirieron nuevas tierras, donde crecieron sus hijos y se marcharon.



Aún viven juntos, haciéndole frente a los años y los fríos inviernos de estas tierras, que cada año dejan su huella de escarchilla y plata en el cabello de ambos.

(Esta historia es real, los nombres fueron cambiados).



El otro Puestero

Juan Pablo Miranda Carrasco
12ª REGIÓN

*E*ran las seis, buena hora para levantarse a prender fuego, se propuso Francisco Vidal. Se vistió, alcanzó las alpargatas y salió a remover las cenizas del fogón. Todavía quedaban brasas de los tacos que habían puesto antes de acostarse con su compañero Rojas ¡A levantarte, Rojitas!, gritó Pancho. "Te anda buscando tu maucha". "Ya voy Panchito, pone la pava pa' los amargos, mientras me lavo". Mientras Pancho animaba el fuego, dos velas enterradas en unos tarros de café jugueteaban con las sombras.

– "Buen día, Panchito".

– "Buen día", replico su compañero.

– "Anoche sí que relinchó la guanaca, Panchito".

– "No sé yo, Rojas. Yo no tuve frío".

– "Lo que pasa, Pancho, es que tu pieza está más cerca del tacho".

– ¿Sabes, Rojita? Anoche cuando fui al baño, pasé por tu pieza... Estabas arrolladito, como matambre seco".

- "Lo que pasa, Panchito. Es que mi pieza es muy fría".
- "¿Qué es eso, Rojas, el frío? ¿Se come?".
- "Sí, hacete el gauchito no más... Ya vas a ir a buscar la tropilla y ahí te quiero ver..."
- Mira, Rojas, acuérdate que yo tengo 63 años, me queda un año pa' jubilar y todavía sigo cinchando pa' no aflojar.
- Sabes, Panchito, yo tengo 22, pero no me importa. Igual tengo frío.
- ¿Por qué mejor no pones la radio, Panchito, para escuchar al paisano Cejas?
- Esperate, que ya la busqué ayer, ésta no es, esta es la radio de Gallegos. Sigamos buscando... Ésta parece que es ¡Sí, déjala ahí! Está payando Huenchul... ¿Mate, Panchito?
- No. Yo tomo solamente en el mío...
- Pero toma uno mientras calientas tu agua. ¡Qué hermoso es escuchar la música con unos buenos mates! Escucha esa guitarra, Panchito... que son buenos pa' la guitarra los argentinos...
- Sí, Rojas. Son muy buenos pa' la guitarra, pero pásale una pala... no saben por dónde agarrarla.

- Es verdad, Pancho. ¿Qué hora son?
- Las seis y media.
- Al otro lado son las siete y media, entonces queda sólo media hora de música. A mí me gusta el paisano, Panchito. Te fijas que siempre manda saludos pa' los puesteros chilenos. Mira ese tema me hace acordar tanto a mi negra; ya son tres meses en que no la veo. Por no bajar el mes pasado la nieve me cerró el camino. Ahora no sé hasta cuándo podré bajar
- ¿Y tú crees, Rojas, que tu maucha te va a esperar? Cuando bajas lo único que vas a encontrar en tu casa es el hoyo del caño de la cocina.
- No seas así, Panchito...
- Pero dime, Rojas, ¿a qué mujer le va a gustar un paisano que trabaje en el campo, que baja cada un mes, a veces hasta dos, más encima todo charqueado por el frío? Los mocitos hijos de papá en el pueblo andan bien arreglados, buena pinta...
- Es verdad, Pancho, pero revísales los bolsillos y no le encuentras ni diez pesos; a lo mucho le encuentras un chicle. Yo no soy pintoso, pero por lo menos cargo plata.
- ¡Y cómo no vas a cargar plata si bajas cada tres meses!
- No sé, compañero, creerle a las mujeres es como creerle la cojera al perro. Bueno. ¿Sabes? Mejor cambiemos de tema, por que tú me

haces pensar puras macanas. Mi negra es fiel. ¿Qué caballo quieres que te entre, Rojas?

– Éntrame a la Tapera, esa yegüita es buena para subir cerros y es voluntaria ¿Y tú compañero, cuál vas a agarrar?

– Yo me voy con el Pangare, voy a ir a entrarlo a las siete y media. Vamos a tener que ensillar en la pesebrera con velas, para poder llegar a las diez a las barrancas como lo ordenó el capataz.

– Bueno, yo no tomo más mate; voy a guardar mi equipo. ¿Por dónde crees tú, Panchito, que vamos a subir a sacar las ovejas encaletadas?

– Mira, yo creo que lo mejor es rodear el lago ya que el Paso de la Guitarra está malísimo y el capataz ni siquiera nos ha entregado las herraduras de gancho pa'l hielo.

– No es por llevarte la contra, Panchito... Pero yo creo que la gallá no va a querer rodear el lago. En algunas partes está muy profundo y algunos todavía andan con sus caballos a medio amansar. Yo creo que si pasamos desmontados y cabestrando y con mucho cuidado podemos pasar por la Guitarra.

– No sé, es bastante arriesgado, compañero, tienes que pensar que yo no tengo los huesos verdes como vos y mi cuerpo no aguanta una rodada... Más ahí veremos.

– Panchito, lo que es ahora voy a correr los pingos.

— Vaya no más, compañero.

— ¡Rojas, si tu caballo ya está!

— ¡Ya voy Pancho! Apriétale bien las cinchas y ponle pretal, ponle un freno bravo y no te olvides de llevar tus botas puntudas; mira que si hay que saltar del caballo, con la bota de goma uno puede quedarse enredado en el estribo. Nunca están de más los consejos. Lo que es yo, estoy listo pa montar, Panchito. Voy a soltar la perrada ya te alcanzo. ¡Ven a caballo, Tarjeta! ¡A caballo te dije, Tarjeta!

— ¡Qué perro más desorejado tienes, Rojas! Debes darle una buena cargada de estacas.

— Lo que pasa, Pancho, es que ese perro todavía es cachorrón. Por eso es que es medio loco. Pero acuérdate que va a salir bueno. ¿Te acuerdas, Pancho, cuando yo llegué a la estancia y me designaron puesto? Yo tenía miedo de que me mandaran contigo, porque en la estancia todos hablaban mal de ti. Decían que eras un viejo huraño, mal compañero, que te molestaba la música, que te molestaba todo y que nunca aceptaste un compañero. Preferías estar solo, pero cuando te cargaron los campos con más ovejas te tuvieron que mandar un compañero. Cuéntame tú, Panchito, para que se nos haga más corto el camino a las barrancas ¿tú no tienes familia?

— Mira, Rojas, mis hijos están en Argentina y nunca me han venido a

ver. Yo nada sé de ellos.

– Entonces ¿qué vas a hacer cuando jubiles?

– No sé, le voy a decir al patrón que quiero seguir trabajando. Sin duda sé que, si me voy al pueblo, me muero... El gas, salir a comprar, tanta gente, tantos vehículos. Todos los que se han retirado, llegan al pueblo y no aguantan un año y la tierra los reclama.

– Bueno, Rojas. Yo que sepa, tú cuando llegaste a la estancia no tenías para nada buena menta.

– Dime, Panchito ¿quién va a venir a trabajar por estos lados, que no tenga sus yayas? Pero piénsalo así, Panchito, yo soy tu única familia y lo sabes bien.

– Es verdad, Rojas. ¡Mira allá se ven los otros compañeros!

– ¡Guey!

– ¡Pa' qué gritas, hombre!

– Pa' que nos vean...

– Y si igual nos van a ver... Estás nervioso parece, Pampita. La Guitarra pone así a cualquiera, Panchito.

– Mira, Rojas, sería una locura tirarse por la Guitarra.

– ¿Qué pasa, Pancho, tienes miedo?

– No es miedo, pero ya no soy el de antes.

¡Buen día muchachos! Saludó Vera, capataz de rodeo. Ahora entre seis cómo no vamos a bajar el piño...

– ¿A qué hora salieron de la estancia, Vera?

– Como a las ocho salimos, Panchito...

– ¿Qué cuenta la paisanada en la estancia?

– Ahí te mandó saludos la chica de la cocina, Panchito.

– ¡Ese es mi compañero, Panchito, pueh! Yo sabía que cría de caballo manso no era mi compañero, pueh...

– Mira que eres hablador, Vera. Apenas es una chicuela y va a andar mandando saludos...

– Es verdad, Pancho. Te mandó muchos saludos...

– Lo que pasa, Vera es que cuando yo voy a buscar la carne a la estancia, a la chicuela siempre le lleva cualquier cosa... una picana de avestruz, unos huevos, carne de león... y la chicuela me agarró cariño. Eso es todo...

– ¡Que te pillen los pacos, Pancho, con ese cargamento! Y vas a

jubilar en Canadá... mira que esos son como los chingues, "mientras no los molestas, no te mean".

– Muchachos, ¿por dónde vamos a subir?

– Estás nervioso, Rojas parece.

– Más vale, paisano, "hombre que se arranca sirve para otra mujer..."

– Vera, tú que eres el capataz, ¿qué dice tu gente? Van a ir rodeando el lago.

– Sí, es lo más seguro.

– Viste, Rojas, lo más seguro es rodear el lago.

– Pero, Vera, nos vamos a demorar por lo menos dos horas más.

– Mira, Rojas, yo sé que cuando uno es joven el peligro lo atrae, pero a mi gente, a mis compañeros, no voy a ser yo quien los arriesgue y los aporree... Para eso están los patrones, eso yo no lo hago. Acuérdate que yo también duermo tapado con lonas, al igual que ustedes.

– Está bien, Vera. Lo que tú digas. Además, Panchito no anda muy bien, pero él nunca va a reconocer que está mal.

– Entonces, Rojas, alcanza a Panchito y te vas de puntero con él

para tantear el lago; yo me voy a ir en la culata.

– ¡Espérame, Pancho! En un pique te alcanzo. Parece que hasta mi caballo está nervioso o será que amaneció alunao. Nos vamos por el lago, Pancho, dijo el capataz de rodeo. Era como tú decías, Pancho. Tenías razón.

– Mira, Rojas, aunque tú no lo creas, al igual que esos matorrales que parecen ser exiliados de la pampa, por el viento, así también uno se aferra a esta vida perra; y, sabes, yo tenía miedo.

GLOSARIO

Tacos : Medida en que se corta la leña para abastecer a los campos.

Maucha : Nombre con que se le designa a la tetera en Magallanes.

Amargos : Mate amargo.

Relinchar la guanaca : Se dice cuando va a escarchar.

Pensar macanas : Pensar estupideces.

Cabresto : Correa de cuero que sirve para atar a los caballos.

Pretal : Implemento que va desde el pecho del caballo a la cincha abajo y a la montura arriba.

Mala menta : Tener mala fama.

Ovejas encaletadas : Cuando las ovejas se aprisionan en las barrancas por la nieve y se quedan a esperar la muerte.

*El caballo
fantasma*

Gladys Barría N.
CHILE CHICO, 11ª REGIÓN

Contaré lo que le ocurrió a Elena y a don Luis, quienes vivían en el fundo "Los Arrieros", sector Baker, XI Región. Cierta vez salieron a las fiestas de rodeo donde todos los campesinos tienen su participación como manejo de la rienda, apialaduras y en las corridas de media luna en Cochrane. Lo estaban pasando muy bien, cuando de repente por altoparlante llamaron a don Luis a hacer su número en la medialuna "Las Apialaduras". Elena quedó sentada entre la gente que aplaudía a su marido. En un momento Elena presintió que alguien se sentó junto a ella ocupando el puesto de su marido.

Llena de asombro miró hacia el lado pero no vio a nadie. Estaba muy nerviosa y desconcentrada que ni siquiera vio la actuación de don Luis. Él la notó muy preocupada y le dijo "¿Desconfiaste de mí, vieja, que no lo iba a hacer bien?". Ella con una sonrisa en los labios le contestó. "Estoy orgullosa de ti, lo hiciste muy bien".

Una vez que finalizó el rodeo, pasaron al salón del casino, donde había una linda orquesta tocando rancheras y chamanes. Bailaron, pidieron unas empanadas y unos tragos junto a unos amigos

en la mesa.

Ya estaba oscureciendo cuando don Luis le dijo: "Elena... vamos vieja para no llegar tan oscuro al rancho, ya es muy tarde". Don Luis ya medio borracho montó su caballo, pero Elena fue imposible que montara el suyo. Don Luis siguió su camino sin mirar hacia atrás. El caballo de Elena trotó y alcanzó el caballo de don Luis.

Elena continuó a pie. Cuando ya había caminado cerca de un kilómetro sintió el trote de un caballo que la alcanzaba y tranco a tranco al lado de ella. En eso quedaba como a dos kilómetros hasta el rancho, pero ella no tenía miedo. Salió la luna, era un caballo negro el que la acompañaba.

Cuando llegó a su rancho, abrió la tranquera y entró, miró hacia atrás, el caballo había desaparecido sin un ruido ni rasgos.

Elena entró a su casa encontró a su marido durmiendo en un sillón detrás de la cocina y los caballos dentro de un galpón.

Amun Kurha:
La piedra que anda

Sofía del Carmen Painequeo Tragnolao
ÑUÑO A, R E G I Ó N M E T R O P O L I T A N A

Hace mucho tiempo, más o menos unos trescientos años, que en la comunidad de Ñankucho y Portawe, ubicada en la Novena Región de Chile, una mañana con espesa neblina salió una joven doncella llamada Keluwa que significa (maíz rojo) a cuidar sus animales. Los llevó a pastar al cerro Portawe. Esta neblina duró varios días, Keluwa se perdió con todos sus animales. Cuando desapareció la neblina su familia salió a buscarla y no la encontraron por ningún lado. Pasaron semanas y meses buscándola y no la encontraban. Una vez vieron sus animales en el cerro Portawe y todos los que andaban buscándola corrieron hacia donde estaban los animales a medida de cómo se acercaban los animales, se iban corriendo de lugar y se aparecían en otro cerro o en otro monte. Nunca perdieron la esperanza de encontrar a Keluwa, hasta que un día la divisaron en la montaña. Toda la comunidad se puso en campaña hasta poder encontrarla. Algunas veces la divisaban, pero era imposible de tomarla. Ella se escapaba. Llegó la hora de tomarla; Keluwa dijo déjenme aquí. Yo no me iré con ustedes, porque yo ya me casé y tengo una casa muy hermosa. No me falta nada, tengo muchos animales, mi esposo no sale de la casa no lo podrán ver. Su familia la llevó por la fuerza a su casa donde nació. Ella tenía su

cabello muy largo que le arrastraba casi al suelo. Entonces su padre cuando llegó a la casa le dijo "te voy a cortar el pelo, porque te molesta para caminar". Cuando le cortó sólo un mechón de su cabello le sangró mucho. El papá atemorizado no le pudo seguir cortando el cabello. En ese momento Keluwa le dice a su padre y familia presente: "quieren verme de nuevo, porque ahora me voy a mi casa donde viviré por siempre. Si quieren verme de nuevo tendrán que hacer un gran nguillatun donde llamarán mi espíritu, entonces yo vendré; pero ustedes se comprometen a que nadie dirá ¡Hey! (exclamación de miedo). Si es que nadie demuestra miedo yo llegaré en medio de la ceremonia y estaré sólo unos minutos, luego me voy".

La comunidad organizó rápidamente un gran nguillatun y en el momento de la ceremonia se apareció una gran serpiente en el centro del lugar de la ceremonia. Nadie dijo nada, todos aceptaron la visita de Keluwa. Sólo estuvo unos minutos luego se fue, desapareció. Desde esta fecha ya no la buscaron nunca más, pero ella había dicho antes que si la quisieran visitar lo podían hacer, porque ella le podría ayudar en que la gente tenga buena suerte para criar animales.

En este lugar donde se perdió Keluwa hay dos cerros que están frente a frente. Uno es el cerro Portawe y el otro es el cerro Ñangkucheo; entonces al pasar el tiempo, como un año después, desde el cerro Ñangkucheo bajó una piedra, poquito a poquito, se demoró años en su caminar se fue corriendo hacia abajo donde hay un río, la piedra cruzó el río, subió hasta donde hay un

camino que está ubicado a los pies del cerro Portawe, la piedra se ubicó en un pequeño valle donde comienza el cerro Portawe, está al lado de una vertiente de agua cristalina. Dicen que en esta piedra vive la joven doncella Keluwa y que la Piedra es su esposo y su casa a la vez. Algunas personas han visto a Keluwa nadando en el río entre las cinco y las seis de la mañana. Cuando una persona se acerca ella se sumerge en el río y se aparece más lejos o simplemente no aparece más.

Actualmente mucha gente la visita, incluso gente no mapuche le ha puesto una virgen sobre ella. Existe una confusión entre la religión católica y la cosmovisión mapuche. Aquí se produce un sincretismo^(*). El río donde cruzó la piedra tiene nueve metros de profundidad. A este lugar no se puede ir sin fe o no creer en la historia de la piedra, porque aquel que va en forma burlesca seguro que se morirá en el río o por el camino. Una vez unos investigadores quisieron destruir la piedra para ver si tenía algún mineral debajo y la quisieron dinamitar y no le hicieron más que un pequeño agujero. Luego se fueron muy cansados después de luchar por romper la piedra y por el camino se volcaron con carreta y todo. Se murieron los tres. Actualmente el orificio de la piedra se encuentra cicatrizado.

Fuentes orales en mapudungun, Comunidad de Dimullko, 9ª Región.

^(*) *Sistema filosófico que trata de conciliar doctrinas diferentes.*

*Adiós
humilde partera*

Juan Carlos Morán Pérez
ÑUÑO A, REGIÓN METROPOLITANA

*E*l fatigado corazón de doña Eduvigis no quiso seguir latiendo, su añoso cuerpo no resistía más y la indiscifrable cantidad de años que debió pasar trabajando sin cesar, le pesaron ahora. Su menudo cuerpo tuvo que soportar los más variados embates de la vida, pero su heroica resistencia transmitía una vitalidad admirable. Sola, desde hacía muchos años, debió procurar la mantención de la casa, sin más apoyo que una jauría de perros, que la custodiaban día y noche.

Su compañero se había marchado al Más Allá, no tenía en cuenta los años; y los hijos que le dejó tomaron rumbo para las minas del norte y no había vuelto a saber de ellos. Desde entonces, su soledad era la más fiel compañera que le quedaba. El oficio de comadrona la hizo conocida de todos los lugareños y sin temor podría decirse que por lo menos dos generaciones de habitantes del lugar habían llegado a este mundo a través de las ágiles manos de la viejecilla.

La habilidad que tenía para resolver estos trances la hizo querida y respetada por todos. No había ningún convite donde ella no participara como invitada. El prestigio que la rodeaba era saludado

hasta por los más huraños. Se le atribuían poderes sobrenaturales y los asolapados comentarios decían *que por las noches, parte de su cuerpo salía a volar* y eso le daba un aire de siniestro misterio que nadie se atrevía a investigar. Las múltiples historias que se tejían en torno a su misteriosa vida, sólo aumentaban la expectación.

Nunca se logró saber de dónde provenían las cosas para su subsistencia. Si bien los presentes que recibía por su oficio normalmente eran en granos, no eran suficientes para satisfacer sus faltas; y las pocas aves que lograba criar eran pasto de los peucos o de los famélicos quiltros, que también daban cuenta de ellas.

Esos mismos fieles guardianes fueron los que dieron la voz de alarma. Durante esa noche no pararon de llorar, sus lúgubres lamentos eran desparrramados por el fuerte viento del norte que amenazaba con temporal. Los entrecortados aullidos llegaban a las casas vecinas con escalofriantes intervalos, el permanente silbar del viento ponía la piel de gallina. Casi nadie pudo dormir aquella noche y todavía perdura en la mente de los lugareños la despedida que les brindó la Eduvigis cuando quiso morir.

Como si los ruidos nocturnos no fueran suficientes, una fuerte lluvia coronó la castigada noche. El abundante diluvio que se dejó sentir en los tejados aumentó el caudal de los esteros que ya tenían sus cajas rebosantes. Muchos desearon que pronto se les viniera encima el día, el miedo por el que habían pasado seguramente se ahuyentaría con la claridad y así olvidarían las interminables horas vividas. Pero la noche se negaba a abandonarlos, las ráfagas

del huracanado viento parecía retenerla entre sus invisibles brazos y como arrastrándose por las faldas de los mojados cerros. De a poco se fue dibujando una línea de claridad. Por fin amanecería.

Los primeros movimientos en las casas se producían con el obligado forrajeo de los animales, después, se encendería el fuego en la cocina para el desayuno, la atención preferencial que se daba a los bueyes marcaba la total dependencia para las labores del campo de tan nobles brutos. No bien hubo aclarado, las chimeneas de las moradas comenzaron a fumar un humo azul que denunciaba los primeros ajetreos del día. Los vecinos más cercanos de la viejecilla decidieron visitarla para preguntarle, ¿por qué los perros lloraron tanto esa noche? Al verlos llegar, los entumecidos canes no salieron a recibirlos con sus ensordecedores ladridos como siempre lo hacían, sino por el contrario, los recibieron con muestras de afecto y sin chistar, se arremolinaron en torno a los caballos, como contentos de tenerlos ahí. Los llamados que le hicieron a la anciana los recién llegados, no fueron respondidos, por lo que su curiosidad aumentó. Sin vacilar se desmontaron y con un suave empujón quisieron abrir la puerta del cuartucho que le servía de dormitorio. Pensaron que estaría trancada, como debía ser lo habitual, pero grande fue su sorpresa cuando la hoja de madera cedió ante la presión por entrar.

La poca luz que invadió el recinto sólo les permitió distinguir un antiguo camastro, que en un rincón y con sus desordenadas cobijas envolvía el cuerpo de la anciana. Se acercaron para hacerla

recordar⁽¹⁾, pero la rigidez de la muerte se había apoderado del empequeñecido cuerpo. Las miradas que intercambiaron los hombres ante el hallazgo denotó la preocupación por el tremendo problema que se les venía encima. La vieja mujer nunca dijo si tenía otros parientes a quienes avisar en caso de que le sucediera algo. Nadie le conoció más familia, por lo tanto la responsabilidad era de ellos y todos deberían cooperar para hacerle el entierro. Los favores que la finada les había prodigado en vida los comprometía y no esquivarían ningún esfuerzo para llevarla hasta su última morada.

Mientras uno quedó en el cuarto, el otro partió a dar el aviso a los vecinos. El deambular por el cuartucho le fue develando la miserable vida que llevaba la anciana. Clavados en la pared de adobes había innumerables colgajos con semillas y quizás qué antigüedad tendrían. Los múltiples atados de ropa que no contenían más allá de una o dos piezas y diseminados por todas partes eran sin duda lo que más llamaba la atención. Parecían ser rústicas maletas que esperaban serían cogidas al momento de una rápida salida. El solo pensamiento de algo así, hizo que un escalofrío recorriera su espalda y tal fue la impresión de su pensamiento, que optó por salir al pequeño corredor y se sentó en el escaño a esperar a los que pronto llegarían.

Las mujeres de las casas más cercanas fueron las primeras en llegar al lugar. No bien intercambiaron impresiones sobre la noche que habían

⁽¹⁾ recordar: despertar.

tenido, se dieron a la tarea de buscar los papeles que deberían presentar en el Registro Civil, para poder sepultarla. Con tanta lluvia que estaba cayendo, las dificultades aumentarían para traerle el cajón mortuario. El viaje a los pueblos más cercanos lindaría en una odisea y la demora haría que el cuerpo de la mujer permaneciera sin ninguna protección. El vibrante trajinar de las apollilladas pilchas hacía aumentar por ratos la ansiedad por encontrar, siquiera, el carné que acreditara su existencia. Después de dar vueltas casi todos los atados, dieron con el buscado documento. Sus casi desaparecidas hojas guardaban una descolorida foto y los números, que eran los que se necesitaban en estas ocasiones. Sin demorar más la diligencia, se comisionó a uno de los vecinos para que fuera al pueblo, distante unas cinco horas a caballo, a sacar los papeles para la sepultación. Si se apuraba llegaría en la noche, de lo contrario no volvería hasta mañana. Los inundados campos no le facilitarían la faena. Poco a poco se fueron congregando los temerosos vecinos. El solo hecho de acercarse a la rancho de doña Eduvigis ya les producía temor y ahora tendrían que ayudar a velarla y sepultarla, *si no la vieja les vendría a tirar las mechas*, comentaban los más irreverentes.

Los más entendidos buscaron a un maestro tonelero, al que le encomendaron que confeccionara el cajón. No podían esperar más para traer uno del pueblo. Las habilidosas manos del artesano labraron con paciencia las maderas, que serían el último refugio de la anciana. Era ya la media tarde cuando la carreta apareció con el improvisado féretro. Ágiles manos lo introdujeron en la ya atestada habitación y con devoto esmero las mujeres lo fueron relle-

nando de ropas, lanas y otras blanduras, para que el cuerpo quedara bien preparado para este largo viaje. La estrechez de la habitación hizo resolver que el velatorio se hiciera en una bodega desocupada. Esa los albergaría a todos.

Una cuadrilla de mirones se adelantó a limpiar el aposento para recibir al macabro cargamento. El permanente rezar de los asistentes era todo lo que se escuchaba, las voces disonantes se habían ido apagando y el íntimo respeto que todos le profesaron en vida había vuelto a reinar. Las tareas para acomodar el cadáver en el cajón ya casi habían terminado y esperaban solamente cargarla en la carreta para iniciar el corto viaje hasta donde sería el velatorio. La persistente lluvia no había dejado de caer, los chorrillos bajaban de los cerros sus enturbiadas aguas aumentando el caudal de los esteros que ya anegaban las vegas más próximas. Más de alguno de los deslenguados había comentado *el día que había elegido la veterana para morir, imagínese, sin haber hecho muchos trajines, ya estamos mojados como sopa.*

La tarea que les dieron de limpiar la antigua bodega ya estaba terminada. Las grandes puertas aseguraban buena ventilación y bastante luz, la amplitud del espacio los cobijaría a todos y el acarreo de los escaños para que se sentaran los visitantes completó la faena. La marcha por el barroso camino hacía avanzar lentamente al cortejo. El cajón había sido envuelto en unas mantas para evitar que se mojara, así que arriba de la carreta el bulto no denunciaba su mortal contenido. Los rezos no cejaban en su afán por coope-

rar a la llegada de la finada a su última morada. Se turnaban las mujeres para encabezar un nuevo rosario y cada una quería testimoniarle de esta manera su agradecimiento por las innumerables veces que debió acudir a sus casas a recibirles un nuevo crío. Entre tantas letanías, la caravana llegó a su destino. Entre varios la sacaron del carromato y la llevaron donde permanecería hasta el momento de emprender el último viaje. Las velas que se habían recolectado alumbraban el recinto, dándole un lúgubre entorno al bien labrado cajón que resaltaba sólo por el color natural de su cepillada madera. Los ajeteos por dejar a doña Eduvigis en su capilla había hecho olvidar a las mujeres que a los concurrentes había que servirles almuerzo y, sin más demora, las ollas, fueron sentadas al fuego.

Mientras se terminaban de organizar, los hombres habían abierto la bodega y ya corrían por entre sus manos sendas copas de vino tinto para pasar la mojada, decían. La carne, ingrediente imprescindible en estos acontecimientos, se le había encargado al ovejero. Él pondría la necesaria y luego les cobraría a todos. No era el momento de andar con pequeñeces, la memoria de la finada se merecía todos los sacrificios que les demandara. Con este predicamento se fueron intercambiando los planes para el día en que tendrían que llevarla al cementerio. La idea de las angarillas no evitaría el barro de los caminos. Con tanta lluvia que había caído, sería suicida caminar con la vara en el hombro cargando el ataúd un largo trecho. El propio que habían mandado al pueblo para arreglar los

papeles, les traería noticias del estado de los caminos. El fuerte temporal seguía azotando con inusitada furia los techos de las modestas viviendas y no se vislumbraba una posible mejoría. En todos los planes, el traslado hasta el cementerio dependía de las condiciones del tiempo. Sin dejar de llover, no podrían vadear los esteros y la preocupación más grande, era el río que cruzaba el camino casi al llegar al pueblo. Su voracidad en los días de lluvia era bien conocida y varios imprudentes sucumbieron bajo sus embravecidas aguas.

Por el resto de la tarde siguieron llegando más acompañantes, el velatorio siempre se mantenía con sus escaños ocupados y por la cantidad de gente que iba acudiendo se podía medir el grado de cariño que la viejecilla se había ganado de los lugareños. Por el momento, sólo había que esperar. Tenían por lo menos dos días más de plazo para postergar el entierro. Para olvidar las preocupaciones, se embucharon sendos tragos de gloriado, que en la ocasión no podía faltar. La larga espera por la mejoría del clima podía tardar varios días y no iban abandonar la tarea ahora, deberían darle cristiana sepultura aunque llegaran arrastrándose por el barro.

La noche se les vino encima muy temprano. Las negras nubes cooperaron para que la obscuridad invadiera rápidamente todos los confines. El velatorio todavía repleto de gente se alumbraba sólo con la pálida luz de las velas. Los rezos continuaban sucediéndose como una larga cadena. La vigilia que tenían por delante sería muy larga, nadie quería abandonar el recinto por temor a que la finada tomara represalias en cualquier noche. Con ese susto generalizado y acompañados de tupidas copas de licor, se apronta-

ron a pasar la noche en vela. Los braseros encendidos, que a cada rato intentaban capear el frío, sólo conseguían aumentar la modorra que al venir el día embargaba a casi todos los presentes. Los acompañantes de doña Eduvigis creían haber pagado en algo las penitencias que tenían con ella y algunos ya se aprestaban a retirarse, cuando un profundo quejido venido de un rincón del recinto los hizo paralizarse. El consabido temor que les infundía la anciana se presentó de inmediato en las mentes de todos los que se encontraban. La mayoría lo atribuyó a los poderes mágicos de la viejecilla, que no quería quedarse sola.

Los más osados investigaron el origen del sonido y después de ver cómo una viga se había partido por la antigüedad de su madera, quisieron quedarse tranquilos. El resto, no muy conformes, se retiró a sus casas para atender los deberes más urgentes. La lluvia no cesaba de caer, lo que ensombrecía más aún el rostro de los hombres. Era el propio, que había salido ayer por los papeles y todavía no llegaba, el que hacía aumentar las conjeturas. Muchas se fueron tejiendo en torno a los días que podrían estar esperando que el tiempo mejorara y esto los apremió más aún. Los agoreros de siempre notificaban que ellos habían estado aislados durante quince días, pero hacía varios años; y otros decían que por los días del año, este mes sería muy lluvioso. El negativo comentario cargó más de sombras a los presentes. Su influenciable criterio siempre vagaba de acuerdo con los comentarios y para tomar una decisión solían apoyarse en ajenas opiniones. Sin erradicar sus temores llegaron a la conclusión que había esperar. No podían ir

contra los designios del clima y, si seguía lloviendo, deberían seguir esperando.

El entumecido jinete volvió a encontrarse con lo que parecía un suplicio constante. El tumultuoso estero que en la víspera lo había dejado pasar sin mayores sobresaltos, ahora lo esperaba embravecido. Sus turbias aguas bajaban como si el diablo las persiguiera. Los tumbos que se hacían por el constante chocar del torrente con las paredes del cauce amenazaban con voltearlo con bestia y todo. La pesada manta de Castilla empapada por el agua le limitaba los movimientos. El seguro reparo que normalmente se producía en estas ocasiones, la hacía ser la única prenda que daba la seguridad de no mojarse: pero ahora ésta había sido sometida a un castigo permanente durante dos días de intensas lluvias y se había transformado en un arma de doble filo.

Su agotado caballo no rehusó este nuevo desafío. Tenía que llegar a su destino a como diera lugar. Los papeles que le habían dado para la sepultura los traía envueltos en una bolsa de nylon que el mismo civil le había proporcionado. Así, sin pensarlo mucho, hombre y bestia se lanzaron a las furiosas agua. El caballo intentó nadar, pero la fuerza del torrente los lanzó encima de unos tumbos, los que no tardaron en sumergirlos. La pesada manta terminó por ser una carga y su largo ruedo envolvió al jinete en una premonitoria mortaja. El agotador debatir del pobre animal con las aguas le impedía respirar con soltura. En los saltos que daba, hundía la nariz en el agua y eso lo hacía perder el impulso que le permitía avanzar. La mortal lucha duró varios minutos, arrastrados por la enfurecida masa de agua

fueron a dar un par de cuerdas más abajo de donde se habían lanzado.

Cuando el noble animal pudo tocar fondo y afirmar sus patas en suelo firme, unas ganas de gritar le subieron por la garganta. Lentamente fueron saliendo del agua, los entumecidos miembros de su cuerpo no le respondían. El agotado alazán también tiritaba por el esfuerzo titánico que había realizado. Su tembloroso cuerpo se negaba a continuar sin descansar un poco, todavía quedaba un largo trecho para llegar a casa, pero sin duda el resto sería un camino fácil. Las peripecias pasadas no pensaban en volverlas a repetir. Ignorantes de la odisea, los ansiosos vecinos esperaban por noticias que les permitiera organizar la partida del cortejo. Cuando lo vieron aparecer, se les volvió el alma al cuerpo, las condiciones en que venían fueron pasadas por alto y sólo después del relato que les hizo de los contratiempos tenidos, cayeron en cuenta que tenían que esperar. No quedaba ninguna consulta más que hacer, mientras no mejorara el tiempo, nada podrían hacer. El pasar de otro día sin que el clima cambiara, presionaba más a los vecinos. La muerte de la partera sin duda les había creado una situación que nunca antes habían soñado. El tener un cuerpo sin sepultar por más de dos días conspiraba hasta con las normas de salud de los acompañantes. Menos mal que el frío reinante cooperaba de manera inocente con el cadáver. Por eso dejaron de traer más braseros al velatorio, y el que se quería calentar, debía hacer una fogata en el corto corredor, pero fuera del recinto.

La desesperación por no poder hacer nada tenía malhumorado a

los hombres. Era el sexto día que pasaba y no había asomo que el tiempo mejorara. Varias voces ya habían propuesto enterrarla en el patio posterior de las bodegas y cuando pasara el aguacero, sacarla y llevarla hasta su entierro definitivo. Pero el hedor que emanaban los cuerpos acobardó a la mayoría. Era mejor esperar. Total, las penitencias por las que estaban pasando habían hecho pago a la finada de las posibles deudas y así quedarían saldadas las cuentas. No habían sido malos con ella, pero por ahí, los más deslenguados, se habían atrevido a decir, *que era una bruja y que volaba por las noches convertida en pájaro.*

Ya tenían las esperanzas perdidas que el día pudiera abrir, pero la abrupta aparición de una bandada de tordos que se posó en un espino los hizo alentar una posibilidad. Los pájaros eran los primeros en enterarse de los cambios climáticos. Las sombrías caras buscaban en cada árbol la respuesta que esperaban. Sin pasar mucho rato, el agua comenzó a detener su persistente caer, la lluvia se hizo más fina. El hecho que hubiera amainado un tanto el aguacero, no solucionaba todo el problema. Habría que esperar todavía que bajaran los esteros para iniciar la marcha.

Por la tarde, nuevas bandadas de aves comenzaron a bajar de los encapotados cerros. La bonanza parecía que estaba por llegar. Los tupidos nubarrones que por tantos días habían obscurecido los cielos comenzaban a recortarse por entre sus todavía sombrías formas. Tenuemente se distinguía, y muy pálido, el azul de cielo. El sol pujaba por atravesar el espeso manto y a lo lejos se podía ver cómo unos cuantos porfiados rayos, lograban lo que hasta hace

poco era imposible. La escampada trajo un alivio a los afiebrados dolientes. Sin vacilar un momento, se dieron a la tarea de organizar la marcha. Llevarían una carreta tirada por dos yuntas de bueyes que llevaría el cajón, las herramientas, cordeles y todo lo necesario, más otra yunta de repuesto por si hacía falta, Todos irían de caballería y dos bestias cargarían los víveres para la comitiva, si no volvía a llover, la salida sería en la mañana después del desayuno.

Con todo organizado se retiraron a sus casas a prepararse para la dura jornada que se avecinaba. El cambio de viento que se produjo en los arreboles de la tarde les dio más confianza. La helada brisa del sur bajó bastante la temperatura, lo que ayudaría a la conservación del cadáver, que al decir de los últimos guardianes ya había empezado a evacuar el hedor nauseabundo de la muerte. Era la última noche que debían sufrir. La esperanza que mañana se haría por fin el entierro los acompañó a todos y cada uno rezó en su casa porque así fuera. Antes que terminara de aclarar el día, ya los viajeros andaban en movimiento. La larga jornada que tenían por delante los tenía nerviosos, querían salir luego al camino para enfrentarse de una vez con los obstáculos. Muy pronto estuvieron listos para partir, hacía ya ocho días que había fallecido la Eduvigis y recién partían rumbo al cementerio. Los últimos responsos que las mujeres le dedicaron a la salida iban cargados de agradecimientos, por lo que en vida hizo la viejecilla por todos y sin demorar más la lenta carreta se puso en movimiento.

El cortejo fúnebre iba rodeado de un medio centenar de jinetes,

nunca antes en su vida estuvo tan acompañada. Esa profunda muestra de cariño la debía dejar contenta adonde estuviera. El pegajoso barro que tapizaba los caminos hacía más lento el avanzar del cortejo. Los ya disminuidos chorrillos de agua harían bajar rápidamente el caudal de los esteros y eso les facilitaría el viaje. A este tranco, y si no tenían contratiempos graves, allá por la media tarde estarían en el cementerio. Los obstáculos que se les podían presentar serían los relacionados con el vadear de los esteros más grandes, pero como iban varios acompañantes, serían sorteados rápidamente. Una a una fueron atravesando las barreras que el clima les había puesto. La unión demostrada por el grupo allanó las soluciones más prácticas.

Pero faltaba muy poco para enfrentarse al más serio de los problemas. Los adelantados ya venían con las noticias y tan luego como llegaron, se supo que el río todavía venía por las vegas. La corriente estaba quieta y las aguas estaban cargadas hacia el otro extremo. Con todos estos antecedentes recogidos, los más antiguos que iban a cargo de la caravana trazaron su plan. Enviarían hasta la otra orilla a dos jinetes con sendas cuerdas, uno de cuyos extremos quedaría a este lado. Después amarrarían el féretro a la carreta de manera que ambos hicieran un todo, luego llevarían la carreta lo más adentro del agua que pudieran, le sacarían los bueyes y la atarían con los extremos de las cuerdas que quedaron a este lado. Acto seguido, los jinetes que habían cruzado primero amarrarían a sus peguales las cuerdas y arrastrarían a la carreta a través del río. La preocupación era ¿qué iba a pasar cuando la carreta fuera arrastrada por el agua y viniera el tirón? ¿Los caba-

llos serían capaces de resistir el golpe?

Con esa incertidumbre se dio la orden iniciar la travesía. Las cuerdas se tensaron y se puso en movimiento la carreta. Como había sido tomada por la parte de atrás, pronto estuvo flotando, pero no bien se adentró a lo más profundo, se hundió con su macabra carga. Largo rato estuvo desaparecida de la superficie, pero el constante tirar de la cuerda, denunciaba que poco a poco y aunque fuera sumergida, avanzaba hacia la orilla opuesta.

En el torrente que en estas condiciones normalmente arrastraba troncos no era muy difícil ver pasar entre los tumbos arboles completos que habían sido arrancados de raíz por la furia de las aguas. Esa preocupación ya se había añadido a todas las demás. La carreta había pasado la mitad de su travesía y faltaba el último empeño para finalizar esta odisea. El desesperado grito que los jinetes les lanzaban a sus bestias para azuzarlas no bastaron para terminar con la tarea. Algo arrastraba a la carreta aguas abajo y de pronto el lento tirar se había hecho muy pesado y amenazaba con arrastrar a las bestia y a sus jinetes consigo. La fuerza que los caballos hacían para evitar ser arrastrados les hacía enterrar en el barroso camino sus bien herrados cascos. La posición no podría ser aguantada por mucho rato más.

Mientras tanto los que miraban de la otra orilla anudaron más lazos y cordeles y cuatro jinetes se dispusieron a vadear el torrente. La ayuda enviada, más que oportuna, fue vital. El colgar del pegual a

tres caballos por cuerda aliviaron la tarea de los primeros y por fin vieron avanzar de nuevo su cargamento. Con la sorpresa terminada, el resto de los jinetes se lanzó a las aguas a tratar de cooperar con los que resistían, sólo se quedaron quienes cuidarían las dos yuntas de bueyes y la cocina. El total de los jinetes en la otra orilla hizo que el ensordecedor griterío fuera general. Las nobles bestias, estimuladas por el chivateo, pronto trajeron la carreta hasta la orilla.

Recuperado el cargamento, el agua escurría de todos lados, especialmente del interior del féretro. El largo rato sumergido y arrastrado por las aguas había hecho temer por la firmeza del cajón, pero también éste había salido airoso del trance. Las bromas que se empezaron a tejer, por el mal olor que salía del cuerpo, las relacionaron con que ésta sería la primera vez *que la finada se bañaba* y por el aliento nauseabundo, decían *que era el perfume del diablo, que usaba como colonia*. Las risas provocadas por las chanzas habían aflojado la tensión vivida unos momentos atrás, pero como parecía mucha la chacota, un llamado de atención de los mayores los trajo de vuelta a la realidad.

El trabajo no había terminado. Quedaba aún pendiente la parte más importante de la tarea, dejar a doña Eduvigis en su última morada. Rápidamente recogieron los aperos que se ocuparon en la travesía, enyugaron los bueyes y se dispusieron a reanudar la marcha. Para apurar el trámite, se comisionó a una cuadrilla para que se adelantara al cementerio y cavara la fosa, mientras el cortejo llegaba. Los voluntarios tomaron los papeles, las he-

rramientas y se apresuraron a dirigirse al pequeño camposanto. El lento avanzar de la caravana servía para intentar rezarle las últimas letanías. Un coro de voces, que por momentos se hacía imperceptible, animaba a estos cansados y agotados viajeros que no habían ingerido ningún bocado desde que salieron en la mañana de sus casas, más sus mojadas ropas que se debían secar en el cuerpo les restaba el entusiasmo para contestar el rezo.

Por la poca claridad que quedaba, pronto obscurecería. El transitar por el cementerio en la noche no era cosa que agradara, pero no era mucho el camino que les restaba y para no hacer tumulto los jinetes se fueron adelantando al cortejo. Sin demostrar más, a la llegada desataron el cajón de la carreta y varias manos lo cogieron. Sin acordarse de los malos olores que emanaba, lo trasladaron en vilo y con unas sogas por debajo depositaron el mortal cargamento en el fondo de la fosa. Con la celeridad requerida, el llenado del depósito no demoró casi nada. La cruz que el mismo maestro tonelero le había confeccionado fue puesta como mudo testimonio de su presencia. La ceremonia fúnebre estaba terminando. Aprontados ya para retirarse, del medio del grupo se escuchó un potente Padrenuestro. Todos se descubrieron la cabeza y con respeto respondieron las últimas letanías... Habían cumplido como agradecidos que eran.

Lentamente fueron saliendo en busca de sus cabalgaduras. En silencio marcharon por bastante rato. El recuerdo de la anciana se hizo patente en todos. No había ninguno de los presentes que no le debie-



ra por lo menos algún favor. El respeto que siempre le profesaron no se veía empañado por las bromas que siempre le hacían. Eso era sólo de lo palomilla que eran los más jóvenes.

Los descomidos estómagos los llevaron de nuevo a la realidad.

Apuraron sus bestias y con un corto galope estuvieron de nuevo a la orilla del río. Sin pensarlo se lanzaron de nuevo a las aguas. En la otra ribera los esperaba el propio que habían dejado de cuidador, con un reconfortante trago de aguardiente los hizo recuperar sus entumecidos miembros todavía estilando. El embucharse un candente trago desató el contenido apetito que a todos los perseguía. Los huevos cocidos, las presas de pollo, la carne mechada, el pan y todo lo que había disponible para comer fue literalmente arrasado, nadie quedó con hambre y el vino tinto completó el reparador aro.

La noche había terminado por apoderarse de la campiña. La baja temperatura no ayudaba a los jinetes a terminar de secar sus ropas. Para no demorar más el regreso, montaron en sus cabalgaduras y se fueron hilando por el barroso camino para evitar extraviarse en la oscura noche.

Habían cumplido. Doña Eduvigis descansaba en paz en su última morada. Todo lo bueno que les dejó como herencia había salido a relucir en esta titánica travesía. El respeto que ella sintió por sus semejantes nunca lo olvidarían y su menudo cuerpo se les aparecería en cualquier recodo de la vida si alguno se desvia-





ba de la senda del bien, y los poderes que siempre le atribuyeron caerían sobre los mal nacidos que se apartaran del buen camino; y seguramente, desde donde se encuentre, igual rezará por ellos.

La madre

Elisa Gladys Castillo Avalos
ÑUÑO A, REGIÓN METROPOLITANA

*L*a escalera ascendía quebradiza por entre los peñascos que salían de la tierra como los dedos de una mano hambrienta. Las nubes eran bajas y daba la impresión de caminar sobre tierra santa. A lo lejos, en el centro de varios cerros, el pueblo recibía a los devotos que saludaban la fiesta dando tres vueltas a la iglesia, siguiendo un rito inexplicable pero certero cuando decía que de no rodear el templo, la oscura mano de la puna perdería a los visitantes en su regreso a casa.

Era un camino largo el que conducía a Qosqa. Un camino bordeando cerros impresionantes, zigzagueante y repentino, cambiante, subiendo y de pronto bajando en inclinaciones irrespirables... siempre con el ahogado grito de espanto a la muerte atorado en el fondo del paladar. Ese camino apenas dibujado por el poco uso. Sin nombre ni variantes, sin gasolineras y casi todo el año cubierto de nieve. Una línea perdida en la inmensidad silenciosa del altiplano desértico, donde nada es lo que parece, sino lo que descuidadamente deja el viento y sus trombas de tierra alzándose hacia al infinito. Otro camino tan abrupto e inquietante como esa larga escalera que subía intentando alcanzar el



cielo pero que, en realidad, se detenía en una enorme y oscura boca entre las piedras, que guardaba en secreto la presencia virginal de una mujer.

Cuando se llega al borde de esos labios rocosos, la cueva revela la oscuridad más densa que haya visto nunca. Una oscuridad de años y años, quieta, que absorbe los temores de aquellos que, casi agónicos de subir y subir, se enfrentan a los últimos dos peldaños. En la entrada, un aroma a añejo empuja a detenerse y entonces se ven los últimos dientes que quedan colgando del paladar, como si la cueva fuera una enorme mandíbula de escualo. En el centro de la oscuridad –hacia el final de la lengua– una mujer arropada de trapos de un blanco muy antiguo, condenada a la frialdad de la llovizna, aguardaba con los delgados brazos extendidos.

Para Ella era la fiesta, los cigarros y las hojas de coca dejadas a sus pies. Era capaz de quebrar la inmovilidad de la gruta oscura para que el visitante se acercara a donde lo pudiera acariciar con la mirada. Uno a uno nos parábamos frente a sus ojos, y ese calor nos tocaba el alma, nos dejaba partir a tiempo.

La cueva-boca la escondía de la nieve, del viento, de la lluvia, de los no devotos, de la televisión, del comercio. Allá arriba habitaba como la reina en ese inmenso bostezo terrestre, para que aquellos que pagaran el esfuerzo del amoroso sacrificio fueran premiados con la luz de esa mirada rocosa.

La joven no tenía ojos –al menos no como los conocemos en

nuestras caras—, sólo tenía el volumen y el espacio dentro del rostro donde debían ir. El artista debió olvidar dibujarlos con pinceles y dotarlos de intención y color. Por eso esa mirada era tan demoledoramente bella: sólo la piedra esculpida, como dos enormes pepas de zapallo, y la potencia del gesto saliendo del rostro. Las puntas de sus pies estaban desnudas, al igual que las manos, también mostraban su carne pétrea, porque la pintura que las cubría se la llevaban los fieles enredada en los labios, después del beso ferviente al final de la oración. Los tres pares de piedras desnudas adornaban a la hermosa virgen, y aun más cuando el pueblo celebraba su cumpleaños.

Durante la noche, los asistentes habitaban la pequeña iglesia y las carpas levantadas a sus costados. En ellas se servía café con punta o ponche de leche. Los más valientes se servían el Pusitunga en vasos pequeños, y luego de dar un sorbo a la Pacha Mama, lo bebían de un solo trago. A la medianoche se iniciaban las procesiones alrededor del pueblo y los bailes religiosos llegados de Chile y Bolivia entraban en el templo para saludar y rendir honores a la Virgen de Qosqa.

La doncella de las alturas no se inquietaba por esta aparente traición, ya conocía la necesidad humana de adorar divinidades perfectas. Ella, en cambio, se mantenía altiva, sus ojos singulares apoyados en pómulos sobresalientes, todo rodeado de su espesa y larga cabellera, prometiendo sólo esa mirada de reina dulce atrapada por algún maleficio... por un castigo amoroso en épo-

cas remotas... atrapada para siempre en esa roca volcánica.

Mientras la fiesta se iniciaba en la iglesia del pueblo, algunos nos quedábamos en las fauces rocosas arrodillados de pura emoción, rogando en silencio algún pecado y pidiéndole su amoroso perdón. Sólo Ella era capaz de perdonar, pues conocía de castigos y condenas, y aún adeudaba algunos siglos en ese cuerpo de piedra.

La noche helaba y los fieles, aún postrados a sus pies, encendían fogatas enormes que permitían mirar el desigual paladar de la cueva, en el que centenares de murciélagos que allí vivían comenzaban su correría nocturna. Los devotos se concentraban en sus largos rezos, mientras sostenían velas de distintos tamaños y colores, al tiempo que sus manos enrojecían con el ardoroso beso de la cera caliente. Las lenguas de fuego ascendían en la oscuridad calentando e iluminando, hasta que lograban lamer los pies de la Ñusta. La reina parecía agradecer, casi sonriendo, la hermosa y esperada ofrenda. El viento comenzaba a soplar, las lenguas de fuego se empequeñecían frente a la potencia airosa del mágico silbido.

La Bella volvía a congelarse, a desplomarse la casi sonrisa, mientras los ensordecedores aullidos de los murciélagos anunciaban una excelente cacería de mariposas nocturnas. Todo se congelaba otra vez con el viento inesperado. El fuego dibujaba las sombras inmóviles en el momento de la devoción máxima, al punto de la pagana lágrima. Nuestra Señora regalaba su luz y todo volvía a

moverse, contrariando al mensajero de la nieve. La Joven era nuestra Madre Milagrosa, nuestra imagen de santidad.

En el pueblo, en tanto, los músicos ebrios de la banda de bronces y cajas adoraban el rostro pálido de aquella virgen casta que sostenía un pequeño niño rubio en sus brazos. Las gentes no sienten frío porque dentro y fuera de la iglesia el contagioso baile no perdona a nadie. Las medas de bailarines están comandadas por las autoridades: el Alférez, el alcalde y los representantes de otros poblados lejanos. Esta fiesta "comida", "regada" y "bailada" es la mayor ofrenda de quienes agradecen la existencia de una patrona para estos apartados lugares. Bajo los pies de la madre muchos seres arrodillados, llorando y agradeciendo, mantienen el calor de la iglesia. El cura párroco luce un brillante color rojizo en mejillas y nariz; él también participa de los ritos paganos de la gente, come cordero asado con papas chuño o la huaycaina. Toma Pusitunga, cada vez que las matronas le ofrecen, y regala siempre un poco a la Pacha Mama, con todo el respeto que tan bella y profunda deidad se merece.

En la iglesia, la virgen sonrío, aunque siente el brazo y el hombro adormecido de tanto cargar al niño sin ayuda alguna. Mientras adoran a la cariñosa madre, el niño mira a la multitud fijamente, adivinando entre ellos al que podría ser su padre y el mundo azaroso e inexplicable del que provenía.

La noche transcurre lentamente y la fiesta parece no marcharse del pueblo. Desde la cueva, las fogatas de comida parecen pe-

queñas llamas de luz en medio de un lago, y el viento repite los sonidos de las bandas y los cánticos alegres de los enfiestados. La Doncella mira tranquila el pueblo y desde ya perdona a los que pecarán aquella noche. Nosotros a sus pies enmudecidos, envueltos en frazadas, avivamos las llamas y observamos el fuego reflejado en los ojos de la madre. La imagen de la Bella cambia a medida que la noche avanza y el fuego consume la materia primera que le dio vida.

Las cenizas ascienden llevadas por el viento y van acumulándose en los pliegues del rostro moreno de la Ñusta. De pronto la Hermosa adquiere un gesto rudo de vieja amarga y sola. Su mirada se entristece por las profundas ojeras de ceniza que la subrayan. Nos quedamos sin aliento. Este es el momento esperado año tras año: tras la desfiguración de la imagen, aparece bajo el manto oscuro de la ceniza la expresión más humana del quebranto, del dolor que adormece cualquier intento de felicidad. El rostro desgarrado sigue mirándonos fijamente y cada uno quisiera quebrar la piedra y ayudarla a escapar, dejarla huir corriendo por los salares, con su pelo larguísimo enredándose entre los peñascos y permitirle a su corazón libre de Parina sentir el calor del sol. La Pequeña conmueve y nadie puede sostenerse en pie, caemos de rodillas frente a tanta humanidad.

En ese silencioso dolor compartido nos sorprendían los murciélagos que retomaban luego de haberse alimentado. Uno a uno se colgaban del techo de la bóveda, dejando caer su cabeza y afirmando sus patas en los recovecos de la gruta.

La Joven también entraba en letargo. El sol comenzaba a alumbrar la inmensa corona de murciélagos que pendían sobre su cabeza, mientras el viento matinal sacudía las cenizas de su cuerpo.

La Madre, que no tenía hijo en los brazos, continuaba con sus manos extendidas hacia los penitentes.

GLOSARIO

Qosca : Pequeño poblado en el altiplano chileno, a sólo unos kilómetros de la frontera con Bolivia.

Café con punta : Bebida caliente, que consiste en un tazón de café con un chorro de alcohol de caña.

Ponche de leche : Bebida caliente preparada con leche, canela, azúcar y alcohol de caña.

Pusitunga : Alcohol de caña de 90 o más grados alcohólicos, que es usado no sólo en las ceremonias para preparar alguna bebida típica, sino que se usa habitualmente para combatir el frío y el mal de las alturas: la Puna.

Pacha Mama : La Madre Tierra.

Papas chuño o a la huaycaína : Comidas típicas que tienen una preparación diferente. La primera, es un tipo de papa oscura que cultivan en las terrazas de los cerros y cuyo tiempo de preparación es más extenso que la de una papa común. La segunda, consiste en papas cocidas con una salsa hecha de ají rocoto (muy picante), mayonesa, maní y queso, como receta básica.





C A T E G O R Í A B

ME LO CONTÓ MI ABUELITO

Dos pastores



PRIMER ■ PREMIO
NACIONAL

*Un
entierro*



Natalia Tamara Antiqueo Caniuman
CARAHUE, 9ª REGIÓN

*M*e contó mi abuelito que una vez hubo un entierro en el cielo, los invitados eran los jotes. El zorro que estaba por ahí escuchó de esta invitación y entonces fue donde los jotes y les pidió que lo llevaran. Los jotes le contestaron ¿cómo vas a ir tú?

El zorro insistió en que quería ir y que tenía ganas de comer mucha pero mucha carne.

Fue tanta la insistencia del zorro que los jotes aceptaron que fuera. Lo llevaron colgando. Uno lo tomó de la cola y el otro lo tomó de las patas y así llegaron volando al cielo. Comieron y tomaron mucho, todo esto lo hicieron por largo rato. De repente el zorro quiso venir-se, pero los jotes le dijeron que la fiesta estaba muy buena y que todavía no era hora de irse. El zorro no quiso esperar más: fue así como empezó a buscar mucho voqui (especie de enredadera que crece entre los boldos y copihues).

Y lo comenzó a añadir y añadir muchas veces; los jotes también lo ayudaron en su labor. Cuando creyeron que todo estaba listo, los jotes soltaron al zorro, como aún era tan alto el animal cayó



al vacío y quedó muy mal. Mientras tanto, los jotes seguían comiendo y bebiendo hasta más no poder y hasta que la comida se acabó. Cuando se decidieron a partir se acordaron del zorro ¿cómo llegaría el amigo?... se preguntaron y comenzaron a buscarlo. Cuando lo encontraron, lo hallaron casi muerto. Se pusieron de acuerdo en hacerle un machitún, para lo cual le pidieron ayuda a los treiles, con los cuales danzaron alrededor del animal que yacía en el suelo.

Los treiles decían chil, chil, chil, chil, chil, chil meli atu lalu mogeltuguen kla atu lalu mogeltuguen kla atu lalu mogeltuguen tan tan, chil, chil, chil, repetían los treiles muchas veces y de repente el zorro revivió y preguntó... ¿Qué hacen aquí?... Yo sólo dormía...

Todos estaban muy felices, pues su amigo se había salvado gracias al cariño y a la fe de todos.

*La odisea
del funeral de Don Goyo*

Luz Gianina Maldonado Olivos
MELIPILLA, REGIÓN METROPOLITANA

*E*n aquel ambiente puro que caracteriza a Tantehue, un pueblito campestre de gente muy humilde se escucha un angustioso grito:

– ¡Don Goyo se fue!– avisaba desesperadamente Filomena, la empleada de la gran casa.

– ¿Dónde se fue?– preguntó Nuco, el peón del fundo.

– ¡Asopa 'oh! Don Goyo se fue al patio de los callados– contestó Filomena.

– Pero, cómo a ese cojo se le ocurrió venir a estirar la pata en esta fecha, no veí que ya se nos viene un aguacero– protestó Ñuco.

– Y ahora ¿quién cuidará a la viuda Inés?– preguntó Filomena.

– No ser el finaíto yo pa' venir todas las noches y ser su guaterito, agregó Ñuco.

– Tenle respeto al muerto, Ñuco.

– ¡Hey! Vamos a visitar a la viuda Inés y a rezarle unos Padrenuestros a don Goyo, dijo Filomena.

– Ya po', pero yo voy a buscar a Albino para que me acompañe y ojalá que no esté tomando, dijo Ñuco.

– Entonces nos estamos "aguaitando ", agregó Filomena.

Después de un rato se encuentran éstos, los que aceleradamente se dirigen a la chocita de Inés donde la encuentran muy triste. Filomena le pregunta:

– ¿Cómo ha estado, Inesita?

– Muy apenada, pero sé que mi marido está mejor allá arriba junto con el Patrón, contestó la viuda.

– Claro po', Inesita, pero ¿Cómo vamos a enterrar a don Goyo? ¡El cementerio está tan lejos y con este temporal que nos han anunciado los queltehues, lo veo complicado!– agregó Albino.

–Yo, señora, me ofrezco a ir a enterrar a su esposo a Chocalán, propuso Ñuco.

Ya terminada esta conversación los huasos se alistaron con sus finos caballos para el cortejo de don Goyo.

En la madrugada del día siguiente esperaron que descampara y emprendieron su agotador viaje rumbo al cementerio de Chocalán, con un grupo de vecinos. También acompañados por el burro "Orejotas", que cargaba en su espalda el pesado ataúd de don Goyo, rebuznando fuertemente:

"Miren el bultito que tengo que cargar. Si éste fuera una doncella hermosa, yo encantado la entierro, pero a este saco de huesos ni que me paguen lo cargo. Además que es hediondo y pesado ", pensaba el burro.

Ya pasadas unas pocas horas de ese lluvioso día, los acompañantes del fina'o conversaban para pasar la intensa lluvia y frío que los acechaba. Luego de transitar unos pocos kilómetros del pedroso camino de Los Guindos, se encontraron con el estero "Los Perales", el cual estaba casi anegado, por lo que tuvieron que cruzarlo lentamente por si alguno de sus pingos se tropezaba o lastimaba. Al ir terminando el día, llovía a cántaros y Albino se quejaba.

– Tengo sed.

– Es que vo' siempre estay' sediento, llueva o truene pasas con sed, reclamó Pechuco.

– ¿Compadrito? Pasemos a donde doña Pura a tomarnos unos vinitos-, propuso Alamiro.

Se apearon de sus corceles, los amarraron y entraron donde doña

Pura, sin preocuparse del burro que muy cansado decía:

"Pucha que tengo sueño y hambre, yo aquí como tonto con este viejo en mi delicada espalda y ellos refrescando su garganta allá adentro".

Llegó la noche y ellos seguían bebiendo en la cantina de doña Pura, sin acordarse del pobre borrico, el cual aprovechando el descuido de los huasos se escapó con el muerto en su lomo, en busca de alimentos.

Mientras tanto los huasos tomaban vino y estando ya muy curados, Charuco preguntó:

– ¡Hey, Albino! ¿Te acordai cuando estabas cocido y te encontraste con los carabineros?

– Sí– , y me preguntó mi nombre y yo le dije Albino. También me preguntó ¿Dónde vas? Y yo le dije: al vino. Y el carabinero creyó que lo estaba molestando, y no era así porque yo iba con la chuica al la'o. Todos se echaron a reír y así siguieron toda la noche.

Cuando despertaron con la caña viva, recién se dieron cuenta que el burro "Orejotas" no estaba y Alamiro preguntó a sus amigos:

– ¿Qué vamos hacer sin el muerto?

– ¡Bendito eres! Tenemos que buscar el burro–, dijo Roberto.

— Si estuvieras en el pellejo de "Orejotas" ¿dónde andarías? preguntó Nuco. — Donde hubiera alfalfa—, contesto Pelluco.

— ¡ Claro po'! El borrico está en su casa, allá donde don Beno, en Tantehue—, dijo Nuco.

Así volvieron a Tantehue donde encontraron al burro con el muerto en su establo junto con la viuda Inés la que, muy enojada con el cortejo que mandó a sepultar a su esposo, cargó el ataúd al lomo de sus finos caballos los que rápidamente recorrieron el camino al cementerio de Chocalán, directo a su rumbo, sin detenerse en ningún lugar.

Al cabo de un día llegaron al Camposanto, donde por fin don Goyo pudo descansar en paz.

El cóndor y la pastora Chaima

Nilda Choque Challapa
COLCHANE, 1ª REGIÓN

*U*n día sentado en el champeal, pastoreando los llamos, mi abuelo me contó que:

"Hace muchísimo, pero muchísimo tiempo, había una pastora que se llamaba "Chaima" y que pastoreaba los llamos todos los días, mientras tejía lana para hacer cama y gorros.

Un día, en el champeal venía un hombre muy elegante de terno negro, que era el cóndor, que se había convertido en una persona, se encontró con la pastora y le dijo:

– ¡Cunamasta ymilla! (Cómo estás niña)

Contestó la pastora Chaima:

– ¡Baliquista yocalla! (Estoy bien).

El cóndor, actuando como una persona, le dijo:

– ¡Por qué no jugamos a las payayas! (se juega con bolita).

Contestó la pastora Chaima:

— | |
— | |

— ¡Bueno ya! Yo empiezo primero.

Y así fueron haciéndose amigos, mientras pasaba la hora hasta el atardecer, cuando el sol se perdía entremedio de los cerros.

El cóndor le dijo:

— ¡Por qué no jugamos al cargarse a la espalda!

Contestó la pastora Chaima:

— ¡Ya po, pero tú cárgame primero!

El cóndor le dijo:

— ¡Bueno, ya! ¡Yo te cargo primero en mi espalda y después tú!

La pastora Chaima se subió a la espalda y el cóndor la sujetó, y luego corrió, y se fue elevando hacia el cielo y fue convirtiéndose en un gran cóndor. Mientras, la pastora intentaba bajarse, pero no pudo; el cóndor la llevaba a una cueva muy alto, donde nadie podía ir a rescatarla... En un momento llegaron a la cueva. La pastora le dijo:

— ¡Tengo hambre!

El cóndor le responde:

— ¡No te preocupe, voy luego, pero no trates de escaparte!

El cóndor inmediatamente fue a buscar alimento. Como el cóndor se alimentaba de carnes fue a cazar un llamo; mientras la pastora lloraba y lloraba, en un momento llega el cóndor muy cansado con un trozo de carne cruda y le dice:

– ¡Aquí está el alimento más rico!

Contestó la pastora:

– ¡Yo no me alimento de carne cruda!

El cóndor se devolvió para cocer la carne, pero como no sabía lo que era cocer la carne, pensaba que era ponerla encima de la ceniza, y luego volvió a la cueva y le dijo a la pastora:

– ¡Aquí esta la carne cocida!

Contestó la pastora muy furiosa.

– ¡Tampoco me alimento de carne con ceniza!

El cóndor recién comprendió lo que era cocer la carne y se fue inmediatamente, mientras la pastora chaima lloraba y lloraba. De pronto, sin saber de dónde, aparece un loro que le dice:

– ¡Ymilla! ¿Por qué estás llorando?

Contestó la pastora:

— ¡Porque un cóndor me trajo a esta cueva, y no puedo bajarme, y yo sé que mi familia está preocupada! — ¡Ayúdame, lorito!

El loro le dijo:

— ¡Dame esa traba amarilla, y después te bajo de esta cueva!

Contestó la pastora:

— ¡Ya po', yo te doy esta traba amarilla, y tú me bajas de esta cueva!

Entonces el loro, muy afligido, cargó a su espalda con todas sus fuerzas y la bajó de la cueva. La pastora, Chaima agradeció al lorito y le pidió que la acompañara hasta su choza.

Mientras tanto el cóndor volvió a la cueva, y se dio cuenta que la pastora se había escapado. El cóndor, muy furioso, mandó a llamar a todos los animales que volaban, justo en ese instante no se encontraba el lorito, entonces se dio cuenta que el loro había llevado a la pastora. Desde entonces el cóndor ataca a todos los loros, y es por eso que el lorito quedó para siempre con su cresta amarilla en la cabeza."

Así termina este cuento que mi abuelito me lo contó, y él asegura que fue de verdad.

P R I M E R ■ P R E M I O
R E G I O N E S I , I I Y I I I

La Kiula

Elsa Lydia Tancara Tancara
GENERAL LAGOS, 1ª REGIÓN

*U*na vez, la mamá de la kiula y el sapo estaban realizando la quilpa o marcado de llamos.

La mamá del sapo le dijo a éste que picara papa ch'uñu y la mamá de la kiula, la mandó a hacer maíz tostado.

El sapo preparaba lo que le mandó su mamá, en forma muy lenta. Y, como antiguamente, bastaba tostar sólo un maíz para que se llenara la olla, la kiula le ganó al sapo en realizar la tarea que sus madres les habían mandado.

La mamá del sapo y de la kiula llegaron a ver cómo iba el tostado de maíz y el picado de la papa ch'uñu. La mamá de la kiula vio que ésta estaba tranquilamente sentada sin hacer nada, por lo que la retó y la echó por floja. La kiula se alejó tristemente de la casa piando.

Cuando su mamá comprobó que ella había hecho su trabajo, arrepentida la llamó, pero la kiula no quiso volver. Desde ese día las kiulas vagan por el altiplano sin nido fijo.

Chuwarime y los Sikuris

William Choque Challapa
IQUIQUE, 1ª REGIÓN

Un día mientras pastoreaba los llamos de mi padre en el pueblo de Isluga (pueblo de la comuna de Colchane) mi abuelito se encontraba conmigo y en un momento de descanso me contó que:

Hace muchísimo tiempo, cuando la comuna era poblada por los Incas, había un ave que se llamaba Chuwamire, que es pariente del cóndor. Se alimentaba comiéndoles los ojos a los animales muertos, como el llamo y la alpaca. Todas las noches se reunían en una cueva, cuarenta Chuwamire, que pasada la medianoche se convertían en hombres, y empezaban a tocar zampoñas y bombos y así se formó un grupo musical llamado SIKURI, todas las noches tocaban hasta el amanecer.

En el pueblo de Isluga vivía un matrimonio formado por Satundino y María. Estos eran muy pobres y habitaban en una choza muy humilde. La pareja se había comprometido con los moradores del lugar a ser alféreces de la fiesta del 24 de diciembre, fiesta que celebran los pueblos altiplánicos.

El día de la fiesta ya se acercaba y el matrimonio salió a los pueblos a invitar a sus familiares, cuando se encontró con unos de sus familiares le dijeron:

– ¡Buenos días, cunamasta compadre, ya se acerca la fecha de la fiesta! ¿Me acompañarás?

El invitado contestaba:

– ¡Muchas gracias, compadre, te acompañaremos!

Algunas personas que se encontraban en el lugar, que antes habían sido alféreces y que eran ricos, no les creían, y los miraban con desprecio, porque eran pobres. Muchos de ellos decían:

– Qué van a ser pasantes ese matrimonio tan pobre, ja, ja, ja, ja.

– Nosotros no iremos.

Se burlaban frente a ellos, el hombre continuaba el viaje con su esposa y cuatro llamitos que llevaban para cargar la mercadería, que iban a comprar para la fiesta. Además tenían que contratar una banda musical para acompañar la fiesta ceremonial. El matrimonio caminó todo el día y llegaron a una cueva y se dispuso a pasar allí la noche. Cuando despiertan al amanecer, ven a sus cuatro llamitos muertos, al parecer fueron atacados por un león. La pareja se pone muy triste y llora, de pronto sin saber de dónde aparece un hombre que dice:

— ¡Cunamasta, compadre! ¿Por qué estás llorando?

El marido contestó:

— ¡Es que el león se comió mis cuatro llamitos, y tengo que viajar a buscar una banda de músicos y mercadería para la fiesta!

El hombre lo abraza y dice:

— ¡No te preocupes, yo te voy a ayudar!

— ¿Cuándo tienes que tener la banda?

Contestó el hombre:

— ¡Para el 24 de diciembre que ya se acerca!

El recién llegado responde:

— ¡El día de la fiesta en la madrugada nos juntaremos en esa cueva grande, para presentarte mi grupo de músicos! Ahora ve a ese cerro y hallarás cuatro llamos amarrados, los desatas y dejas la sogá (cordel) y te marchas con tus llamos.

Contestó el hombre —¡Muchas gracias, tatai! Luego hizo como le había dicho el desconocido. Cuando se marchaba con los llamos, miró hacia atrás y vio que la sogá se convertía en culebra y comprendió que el hombre era el diablo, continuó caminando hasta que llegó con su mujer a su pueblo.

Cuando ya se acercaba el día 24 de diciembre en la madrugada fue a la cueva grande y se encontró con el diablo, quién le presentó a los cuarenta SIKURI, que tenían penachos de plumas brillantes de todos colores, y se fue con ellos al pueblo Isluga, mientras caminaban iban tocando, al llegar al pueblo las personas que lo esperaban se entusiasmaron al escuchar la música, empezaron a bailar. Bailaban y bailaban y gozaban de la música que nunca habían escuchado. Al día siguiente apareció otra banda de bronce, que el diablo había enviado; ésta tocaba tan fuerte que apagaba la música de la banda anterior.

La música se escuchaba en todo el pueblo, algunas personas que se habían burlado del alférez dijeron:



– ¡Oh, la fiesta! ¿Parece que está buena ah? ¿De dónde aparecieron esas bandas de músicos que nunca habíamos escuchado? ¡Vamos a ver! Contestaron algunos:

– ¡Yaa, vamos a ver!

Fueron e igual se alegraron, con la música bailaban y bailaban, y decían algunos:

– ¡Esta fiesta está muy buena, me quedaré todo el día!

Y así disfrutaron, casi todas las personas que tocaban en el grupo SIKURI y banda de bronce se enamoraron de las chiquillas de la fiesta, y ellos no pudieron regresar a su cueva a juntarse con el diablo, y finalmente se casaron y tuvieron hijos y es así como este



grupo SIKURI fue transmitiendo de generación en generación su arte. Así nace el grupo musical típico de la zona altiplánica llamado SIKURI y ahí termina este cuento que mi abuelo me contó y que él asegura que fue verdad...

T E R C E R ■ P R E M I O
R E G I O N E S I , I I Y I I I

*La vida
de Don Donato*

Camila Rojas y Cynthia Casanova
HUARA, 1ª REGIÓN



Voy a contar una historia que me fue narrada por un caballero de 67 años de edad, y que reside en Huara:

En el año 1954, él, de 20 años de edad, vivía en Iquique, junto a su esposa, de 16 años de edad y sus dos hijos, de 1 y 2 años de edad, cuando consiguió un empleo en la Minera Sagasca S.A., ubicada al interior de Pozo Almonte.

Allí trabajó hasta mediados de 1955, año en que la Empresa tuvo que paralizar sus obras por el bajo precio del cobre, pero le dijeron que lo llamarían apenas comenzaran a laborar en forma normal, y en diciembre de ese mismo año lo fueron a buscar para que se reintegrara, pero con la condición que viviera con toda su familia en la población que tenían en Pozo Almonte.

Para esta fecha ya tenían otro hijo, una niña de nueve meses de edad y la esposa de él había perdido, hacía poco a su madre.

Sin tener casi nada y sólo con la ilusión de tener un trabajo y poder criar a sus hijos se fueron a vivir a la población de la Em-



presa. La casita que le tocó era muy bonita y cómoda, pero estaba ubicada en un sector vacío, frente a la pampa y sin vecinos; además el sector no tenía alumbrado en las calles y las casas no tenían cierre en los patios, por lo que los perros salvajes de la pampa, que bajaban en las noches a hurgar las basuras, se metían en los patios.

Había un sereno que pasaba en las noches con una linterna para ver si había novedades. Aun así, la esposa, que no estaba acostumbrada a vivir sola, sin sus padres, se las arregló para cuidar a sus tres hijos pequeños, ya que el esposo, el mismo día que se cambiaron, tuvo que subir a trabajar, y a veces tenía que quedarse días enteros en el mineral, y alojar, incluso allá mismo.



Luego la E.C.A. (una especie de supermercado actual) se trasladó a Pozo Almonte, hizo un convenio con la Empresa, y les hacían llegar listas de mercaderías, que la esposa retiraba, las cuales eran descontadas por planilla. Los niños fueron matriculados en el colegio de la población, y después de un tiempo el sector de la población se copó de nuevas familias con niños, y el barrio adquirió más vida.

Asimismo, el esposo puso cierre y puerta al patio de la casa, además les hizo columpios a los niños, construyó bancas y una sombrilla y todo fue normalizándose con el tiempo. El esposo, trabajando duro y con sacrificio, fue ascendiendo en su trabajo y llegó a ser secretario ejecutivo de la Superintendencia.

Todo transcurría feliz para esta familia durante casi cinco años viviendo en Pozo Almonte, con un buen pasar. Los niños, incluyendo la niñita, iban al colegio, tenían además buenos amigos, hacían excursiones, practicaban deportes, etc. Siempre iban a la fiesta de La Tirana. Todos los años, se sacaban fotografías, las cuales iban comparando, también, de año en año.

Algunas veces, en las noches frías de la pampa, se reunía la familia en el living de la casa, con los tres niños, y éstos hacían un showailable para sus papás. Luego nació otra niñita, la que rápidamente se ganó el cariño y la adoración de sus padres y hermanitos y andaban juntos para todos lados. Lamentablemente esta niñita, tan querida por todos, había nacido con una deficiencia respiratoria, y a pesar de todos los cuidados falleció fatalmente a los nueve meses de edad. El papá, hombre duro y golpeado toda su vida por el destino, lloró, por primera vez en su vida, como un verdadero niño. Cuenta que el llanto le subía por el estómago y no lo pudo controlar. La familia tuvo que bajar a Iquique a sepultarla y se quedaron casi dos semanas en esa ciudad. Cuenta el papá que a él sólo le habían dado 3 días de permiso.

Luego de este duelo la familia tuvo que retornar de nuevo a Pozo Almonte, a continuar su vida; los niños a la escuela y el papá a su trabajo, pero ya nada fue igual, todo se había desvanecido; era como empezar todo de nuevo, y todo empezó a decaer, a pesar de los esfuerzos de toda la familia. Lo peor de todo es que el papá descuidó su trabajo y su flamante nuevo cargo y eso fue



fatal para la familia ya que, finalmente, al papá, luego de varias recomendaciones, lo cancelaron y toda la familia tuvo que volver nuevamente desde donde habían salido con muchas ilusiones, exactamente 6 años atrás y justamente con una niña, también de nueve meses de edad.

Ahora pasados los años recordamos con nostalgia los momentos de alegría junto a nuestros hijos y con resignación pensamos en Alejandrita que aunque se fue a los brazos del Señor vive también en nuestros corazones.

Por qué el río del pueblo está seco

Bianca Andrea Silva Santander
LA HIGUERA, 4ª REGIÓN

Mi pueblo se llama Los Choros. Está ubicado en la IV Región, al norte de La Serena, muy cerca del mar.

Mi pueblo es un hermoso oasis con plantación de olivos, de los cuales cosechamos las ricas y deliciosas aceitunas que son regadas con agua subterránea de nuestro río, porque dicen que el río corre debajo de la tierra y llega al mar, claro, siguiendo el cauce que lleva la quebrada.

Hace algunas décadas el río de mi pueblo llevaba agua en la superficie, incluso había hartos huertos que estaban desde la carretera hasta llegar al pueblo, huertos que eran regados por nuestro antiguo río. Dicen que la fruta se daba dulcecita y jugosa, que había un bosque de churques y otros árboles y arbustos más, que al secarse el río también se secaron, pero aún quedan una higuera, un churque, unos álamos a lo largo de toda la quebrada, y ¿saben por qué se secó el río?

Por culpa de un sacerdote. Claro, como ustedes leen. La historia fue que él visitaba los pueblos a lomo de caballo y debía cruzar

el río por un punto determinado, llamado vado. Pero como él andaba apurado o por flojera, llegó y cruzó por donde no debía.

El río, que traía mucha agua, arrastró al sacerdote corriente abajo con caballo y todo. Este, antes de morir ahogado, maldijo al río diciendo:

"Estarás seco por cien años". Por ese motivo el río de mi pueblo no lleva agua.

Nosotros, los choreros, tenemos la esperanza que al cumplirse los 100 años nuestro río vuelva a traer agua, para regar con entusiasmo nuestras fértiles tierras y saborear los exquisitos camarones que él se encarga de cuidar.

Pero el río no se secó totalmente, Dios no quiso que este lugar tan hermoso se secara totalmente y porque somos devotos de nuestro Santo Patrono San José, fue que guardó el agua del río bajo tierra, para que pudiéramos sacarla con pozos. Al principio con tornos, luego con esas cosas raras que llaman sifones y que algunos todavía tienen guardados en los patios de las casas y que funcionaban con una palanquita que chupa el agua y la tira por la llave. Luego vinieron los ruidosos motores bencineros, pero ahora tienen bombas eléctricas que ni se sienten y así riegan este valle.

Ahora sabemos qué fue lo que le sucedió al río de Los Choros, que todavía figura en el mapa con este nombre.

La piedra del tope

Natalia Victoria Valentina Ponce Briones
COQUIMBO, 4ª REGIÓN

Mi nombre es Natalia y vivo con mi mamá en Los Llanos de Pan de Azúcar, en la Hacienda Venus. Aunque no soy escritora, les voy a contar una historia que un día le escuché a mi abuelito Bartolo, quien trabajaba de pirquinero en las minas de Andacollo.

Primero les voy a decir que a la entrada de los Llanos de Pan de Azúcar, a la orilla de un cerro bien alto que ahora tiene una Virgen en la parte de arriba, hay una piedra grandota, como del porte de una casa, la que tiene una marca con forma de pie. Es como si estuviera hundida la piedra; a esta roca la llaman "La Piedra del Tope" y está parada justo al lado de la carretera... Ahora les voy a contar la historia que le escuché a mi abuelito y que habla de esta roca:

En los tiempos antiguos, cuando las culebras andaban con chaleco, el Diablo vivía en una cueva escondida en el Cerro de la Virgen; en la parte alta del cerro había una inmensa piedra media redonda, puesta ahí por el mismo Satanás.

Como al Diablo le gustaban las fiestas, cada vez que los campesinos celebraban una Navidad, trilla o cualquier cosa, se disfrazaba de paisano y se iba a las ramadas, donde se ponía a bailar cuecas como loco; la gente lo reconocía porque debajo del sombrero siempre se le asomaban los cuernos y la cola se le salía por debajo del poncho.

La gente de Los Llanos de Pan de Azúcar, decía mi abuelito, estaban aburridos de que cada vez que estaban celebrando algo, viniera el Diablo y no dejara divertirse, por eso decidieron correrlo para siempre, poniendo en práctica la siguiente idea: Un día, cuando organizaron un baile para celebrar Todos los Santos, esa misma tarde fueron a buscar un curita a La Serena, pueblo que está bien cerquita, como a quince kilómetros más o menos, y lo escondieron en una casa cercana para que el Demonio no lo viera.

Cuando estaba en lo mejor el baile, como a eso de las doce de la noche llegó el Demonio vestido con un traje de huaso color negro, un poncho negro y un sombrero de paja del mismo color. Cuando apenas entró a la ramada sacó un pañuelo y se puso a zapatear una cueca; según cuentan llegaba a sacar chispas del suelo con sus inmensas espuelas de plata.

Estaba en lo mejor saltando en el medio de la pista, cuando por detrás del mostrador sale el curita llevando un rosario en una mano y una botella de agua bendita en la otra:

— ¡Ándate a los infiernos, maldito!— le dijo el religioso acercándose a él.

— ¡Déjame bailar, comesantos, oh! —le reclamó el Diablo.

Cuando el sacerdote le empezó a tirar agua bendita, el Diablo se volvió como loco, se le pusieron los ojos de color rojo y echaba fuego por las narices cuando respiraba. Pero el curita no le tuvo miedo y siguió correteándolo por la pista mientras le tiraba agua y le mostraba el rosario. Entonces el Diablo se fue hacia la puerta y salió a toda carrera, siempre perseguido por el religioso.

Mi abuelito contaba que la tierra se estremecía a cada salto que daba el Demonio, porque el curita lo iba huasqueando con el rosario y le seguía tirando agua bendita.

— ¡Márchate a tus tierras malditas, Lucifer...!— le gritaba.

Esa noche los perros aullaban asustados, el cielo se puso oscuro y la tierra se remecía como si hubiera un terremoto, pero el curita seguía dale que dale, pegándole en la espalda con el santo rosario:

— ¡Nunca más vuelvas por aquí, ángel malo!— le decía cada vez que lo golpeaba.

Después de tanto correr, el Malulo llegó hasta el Cerro de la Virgen, que entonces no tenía ninguna virgen. Como la tierra

temblaba muy fuerte, la piedra que estaba arriba del cerro se vino cuesta abajo derecho para aplastarlo, justo cuando el Mandinga había empezado a subir el cerro; la inmensa roca ya estaba por aplastarlo, pero cuando estuvo cerca de él, el Malulo la paró con su pie de fuego y saltando sobre ella se perdió en el interior del cerro, dejando esa tremenda marca sobre La llamada Piedra del Tope.

Después de esto, el curita no lo persiguió más y se volvió a su iglesia de La Serena, contento por el castigo dado al demonio que molestaba a los campesinos de Los Llanos.

Y desde ese tiempo antiguo está la Piedra del Tope a la orilla del camino y tiene la marca de un pie en la parte de arriba; también desde aquellos años a los campesinos se les ocurrió poner una Virgen en la punta del cerro, para que nunca más el demonio fuera a molestarlos y los dejara hacer sus fiestas en paz.

Esta historia se acabó, dijo el burro, y se volvió para seguir mascando pasto, más la cabra replicó: ¡Qué será Dios de nosotros si no vuelve el abuelo y cuenta otro...!

*El temblor
de Chillán*

Milton Rivera Cuello
ANDACOLLO, 4ª REGIÓN

*E*l temblor fue las 12 de la noche,
el Diablo venía del norte
iba para Chillán, iba por toda la huella,
iba en el caballo y el caballo
era bien grande,
el Diablo también grande.
El caballo iba en el aire,
bien rápido como el viento,
todos los perros lo vieron porque quedaron aullando.

*La vaquita
triste*

Victoria Constanza Larenas Moya
REQUINOA, 6ª REGIÓN

Había una vez en el potrero... una vaquita muy triste y todas sus amigas se preguntaban: ¿Qué cosa será lo que le pasa a la vaquita?... ¿Por qué estará tan triste?..., y ninguna de ellas tenía la respuesta, nadie sabía lo que le pasaba... Y se preguntaban: ¿Estará enferma, le dolerá algo? Otras decían: ¿Echará de menos a algún familiar?...



Lo que ellas no sabían es que la vaquita estaba muy triste porque no tenía la compañía de un hijo y al ver que todas sus amigas sí los tenían... ella se ponía muy triste...

Y veía cómo pasaban y pasaban los días y ella seguía solita... sin tener un hijo que la acompañara...

Un día en que la vaquita estaba en el potrero... se le acercó a un toro y éste le preguntó:

– ¿Por qué estás tan triste, vaquita?

Y ella echándose a llorar... le contestó:



– Porque no tengo hijos, Torito, y todas mis amigas sí los tienen... y yo me siento muy triste y sola...

– Pero, vaquita linda, yo me casaré contigo para que no estés nunca más triste y sola...

La vaquita se puso muy contenta... ya que se casaron al otro día con una gran fiesta, y al poco tiempo... aparecieron los hijos y la vaquita nunca más estuvo triste y sola.

Las catitas de Mario

Diana Rojas
LOLOL, 6ª REGIÓN

Érase una vez un señor que se llamaba Mario y que tenía unas catitas muy queridas, ya que éstas fueron la herencia que recibió de su padre. Y a su padre se las dejó su abuelo y así las catitas habían pasado de generación en generación.

La crianza de estas catitas no le demandaba mucho trabajo pero sí tiempo, ya que él podía pasar horas mirándolas y hablándoles. Así conocía cada una de ellas, cada hija, cada pareja y éstas eran muchas.

Un día este señor se llenó de tristeza ya que sus catitas se fueron muriendo poco a poco. Él, triste veía cómo su herencia se iba acabando sin razón. Nadie sabía lo que pasaba. Él, cómo las conocía, logró mejorar unas cuantas que quedaron.

Muy contento y feliz de ver cómo se multiplicaban empezó a regalarlas a sus nietos y sobrinos.

Hoy la mayoría de sus nietos y sobrinos tenemos catitas y va siguiendo la generación de la crianza de catas, a las que llamamos las Catalinas de Mario.

Hoy la historia es diferente, al dueño de estas catitas lo aqueja una terrible enfermedad. A él se le declaró un cáncer y él sufre mucho porque debido a su enfermedad no puede atenderlas como antes, ya que les dedicaba mucho tiempo. Las catitas están tristes y se están muriendo de pena, ya que su amo está mal, aunque cuando lo sienten hablar no dejan de cantarle.

Un día los dolores de su enfermedad eran más de lo que él podía soportar y don Mario, en su dolor, clamó a Dios y le prometió que si se mejoraba, él iba a abrir las puertas de las jaulas para que sus mascotas vuelen por el cielo, y vayan donde ellas quieran ir.

Pero no esconde su pena ya que las quiere mucho.

Su fe es tan grande que ofreció su tesoro más preciado a Dios, porque para dar una ofrenda es necesario que ella sea valiosa.

En este cuento se ve el cariño que una persona llega a sentir por su mascota y, a su vez, la mascota por su amo.

El cuento no tiene final ya que hoy la lucha contra el cáncer y las puertas de las jaulas aún permanecen cerradas.

Ángeles o demonios

Nora Cecilia Flores Correa
LOLOL, 6ª REGIÓN

Pedro Galaz se llamaba, pero todos lo conocían como "Pedrito Cachucha". ¿Por qué tenía dicho apodo? Nunca se supo. El caso es que era un gañan que frisaba los 36 años de edad y que vivía de su trabajo "al día", trabajando para distintos patrones.

Tenía una mujer, la Rudecinda, y una parvada de seis chiquillos, cual de todos más desastrados, pues la pobreza reinante en la choza en que vivían allá cerca de la llamada "Quebrada del Diablo" era digna de compadecer.

– ¿Sabís, Peiro? No nos queda casi qué comer ya, si ya no hallo qué echarle a la olla...

– Hei estao pensando, Rude, no te había contao, pero hace días que pienso...¿sabís qué? (La Rude lo mira interrogante) que pienso y pienso ¿sabís qué? (La Rude lo mira expectante) ...¡Vender mi alma al diablo pa hacerme rico!

– ¡Tai loco, Peiro, por Dios! ¿Cómo se te puede ocurrir tamaño disparate?

– Sí, vieja, lo hei' tao pensando reharto. Es el único modo de salir d'esta mala racha.

– No, no y no, Peiro, eso sí que no...

– Sí,sí, Rude va a tener que ser así.

Siguieron discutiendo; pero finalmente no hubo acuerdo alguno. A los pocos días, un atardecer, Pedro "Cachucha", observando que no había nadie mirándolo, subió a la Quebrada del Diablo. Ya adentrado en ella, subió a una pequeña explanada oculta desde el valle. El viento zumbaba fuerte en los oídos de Pedro. Cobrando aliento después de llegar al sitio elegido, miró en derredor y sintió cierto temor al observar el agreste paisaje y sentir el peso de la soledad. Pero se dio ánimo, cogió una varilla y con ella trazó un gran círculo en el suelo se enderezó y empezó a gritar:

– ¡¡Diaulooooo!! ¡¡¡ Diaulooooo!!!

Su voz se perdía en la quebrada y sólo el eco le respondía. Volvió a gritar, poniéndose las manos a ambos lados de la boca a manera de bocina:

– Ven pa'cá, ¡¡¡Diaulooooo!!!

Sólo el eco repetía sus gritos allá al fondo de la quebrada. Como no encontró respuesta desistió de seguir llamando al Demonio y regresó a su rancho. Antes de dormirse, le contó su aventura a

Rudecinda, la cual muy enojada lo retó.

– ¡Qué juiste a hacer, Peiro por Dios! ¡Si eso es una maldá tan regrande!

– Mira, Peiro, de algún modo nos vamos a arreglar. Chaucha por chaucha iré ahorrando. Vos sabís que yo no malgasto ni un centavo.

Al día siguiente siguiente, después de desayuno, llegó del pueblo el compadre Juancho.

– Güen día, compaire Peiro. Güen día, comaire Rude.

– Oiga, compaire, que está mala la pega... Estamos poires, poires. Usté, ¿cómo anda de pega?

– Mal, remal, compaire, si la Rosa ice que vamos a morirnos toditos, así como vamos.

– ¡Oigan ganchos!– intervino Rudecinda–. Lo que tienen que hacer ustedes es salir a buscar trabajo onde sea y dejarse de payasadas ¿Oyeron?

– Verdá, comaire ¿Sabe, compaire? ¿Por qué más mejor no nos vamos pa Ranguil abajo a las cortás de trigo? Ya es tiempo ya.

– Justo lo que conversábamos el otro día con la vieja. ¡Hecho, compaire! Arregle su linguera y mañana mesmo nos vamos.

Cinco días llevaban Pedro "Cachucha" y su compadre Juancho Vergara segando trigo. Un día en la tarde apareció el patrón a caballo y se le veía con cara de preocupado.

– Güenos días, patrón– saludaron los gañanes.

– ¡Buenas, hombres!

– ¡Qué lo trae por aquí patrón!

La verdad es que varios de los trabajadores se están yendo a otros fundos a trabajar y a lo mejor no se va a alcanzar a cortar todo el trigo y la máquina de don Artemio se irá a los Negros y no sé cuándo volverá.

– ¿Y qué quiere de nosotros, patrón?– preguntó Juancho.

– Muy simple: quedan seis cuadras por segar, y si ustedes las tienen listas en cuatro días, les redoblo la paga. ¿Qué me dicen? Los segadores se miraron. Pedro contestó:

– Empeño le haremos, patroncito, aunque nos amanezcamos con la echona en la mano, sacamos la tarea.

– Bien, amigazos, confío en ustedes. En cuatro idas más vengo a ver.

Pusieron manos a la obra con redoblado empeño. Al llegar la

tarde, con los brazos acalambrados de tanto segar, miraban desolados lo que les faltaba.

Al atardecer del tercer día, sacaron cuenta que les sería imposible cumplir con lo prometido, pues les quedaba por segar más de una cuadra y faltaban por hacer las correspondientes gavillas... y a la mañana siguiente vendría el patrón a constatar lo hecho por ellos.

Estaba por entrarse el sol, cuando vieron aparecer de improviso frente a ellos dos hombres, que a la luz del atardecer les parecieron fantasmagóricos.

– Buenas tardes, compañeros– saludó uno de ellos.

– Güe... güenas tardes– contestaron los segadores.

– No sé por qué se nos ocurre que ustedes están en un apuro. ¿O me equivoco?

Pedro contestó:

– Lo que pasa es que nos comprometimos a segar un montón de cuabras en unos días, y nos late que no vamos a poder cumplir. Capaz que ni nos pague el patrón si no segamos todo.

– ¡Y puchas que nos haría falta la plata, amigazos!– contestó Juancho.

— Si no llegamos con la paga a la casa, los chiquillos y las viejas se nos mueren de hambre.

— Así no más— dijo Pedro. Nos sacamos el pellejo, dale que dale con la echona, y parece que estamos onde mismo ...y en hacer las gavillas...

— Escuchen compañeros, nosotros venimos a ayudarles. No tengan cuidado, es sin interés. Ustedes se quedan con toda la paga. Los dos compadres se miraron incrédulos. Pedro contestó:

— ¿No nos estarán...? ¿Pero creen que entre cuatro seremos capaces de segar todo esto?

— Sí, contestó uno de los visitantes. Y es más, les aseguro que mañana por la mañana estarán las gavillas listas para la máquina.

Los dos extraños se apartaron de los compadres y comenzaron a trabajar.

Bien entrada la noche Juancho y su compadre, no dando más de cansados, se arrimaron bajo un árbol para descansar un poco y entre la oscuridad observaban la silueta de los dos extraños trabajando arduamente, hasta que poco a poco el sueño los perdió de vista.

Pedro Cachucha y Juancho despertaron repentinamente con las luces del alba, levantándose de un salto... y cuál sería

la sorpresa al ver todo el trigo no sólo segado, sino que también listas las gavillas para ser cargadas. Con sus miradas buscaban a sus salvadores, pero de ellos ni una señal.

Pronto sintieron ruido de cabalgadura, era el patrón a todo galope. Él en persona les traía la galleta del día... y de su abultada billetera sacó los billetes que les había prometido. Sin contarle nada de lo sucedido, los compañeros recibieron su salario. El patrón les dio las gracias y partió al galope para disponer la trilla.

Los compadres, todavía emocionados, cogieron sus pertenencias, las echaron en sus lingueras y emprendieron el camino de regreso a sus hogares. Mientras conversaban en el trayecto, se preguntaban unos a otros: Los que nos salvaron ¿Serían ángeles o demonios?

*La historia
del árbol (Maitén)*

Victoria O.P. Aravena Fuentes
RETIRO, 7ª REGIÓN

Cuando mi abuelito era mucho más joven, le ocurrió ésto que les voy a contar.

Él salió a trabajar un día de madrugada muy lejos de su casa, él tenía que caminar muchos montes solo, él trabajó mucho ese día se le hizo un poco tarde. Decide venirse a la entrada del sol para su casa.

Caminaba y caminaba cuando pasó por unos de esos montes muy solitarios donde le han contado que ahí había un árbol llamado Maitén, justo por ese camino donde él tenía que pasar. Que ese árbol si él lo miraba hacia atrás cuando ya lo había pasado, por su lado justo a la entrada del sol se le oscurecía de un cerrar de ojos a la persona y se perdía en esos montes. Pero él no creía y dijo: aquí vamos a ver si es verdad, lo que me han contado. Pasó por el lado del Maitén, luego mira el sol que está a punto de entrarse, él mira hacia atrás el árbol, luego vuelve su mirada hacia adelante y todo se le oscureció de un cerrar de ojos.

Se le perdió el camino para su casa, no sabía dónde iba ni para

dónde ir. Pasaban las horas caminando sin ver nada y él dijo: "es verdad lo que me han contado de ese árbol"; luego dice que se sentó para oír algo; escucha perros que ladran y gallos que cantan muy lejos de ahí.

Luego él camina y se pone a llover muy fuerte. Siguió caminando, ya estaba todo mojado con mucho frío y no encontraba el camino para su casa. Mientras él caminaba por la oscuridad se le apareció una luz... Se acercó hacia esa luz que era un brasero con fuego y entonces junto a ese brasero habían tres mujeres muy hermosas que lo invitaban a bailar junto al fuego. Él se acercó porque tenía mucho frío, una de ellas le ofreció pan y le recibe un pedazo; dice él que no se lo sirve y lo guarda en la cartera del pantalón. Luego ellas desaparecen sin decir nada y se encuentra otra vez en la oscuridad. Él gritaba por si alguien lograba escucharlo, pero nadie lo escuchaba. Caminó hacia otros lados y tropezó con un árbol hueco, luego se refugió en él. Y entonces cantan los gallos a cada momento, él se imaginaba que a lo mejor podría estar amaneciendo, por la oscuridad y la soledad; se durmió.

De pronto abre sus ojos, se encuentra que está amaneciendo, se sale de adentro de árbol y descubre donde está. Muy contento de ver todo, encuentra el camino hacia su casa, feliz de haber superado el mal sueño que pasó caminando en la oscuridad, con la lluvia, el frío y el silencio.

Él sigue su camino normalmente y se encuentra en el pantalón



un pedazo de bosta de caballo, recordó el momento que le pasaron pan esas mujeres.

Llegó a su casa, contó lo que había pasado. La familia le dijo que no había llovido en toda la noche. Pero a él sí le había llovido mucho.

Esta es la historia de mi abuelito.

Mulato

Pedro Rojas Navarro
MOLINA, 7ª REGIÓN

Soy Pedro y sé que es complicado, pues hasta a mí me cuesta a veces entender que soy, con orgullo, del campo, o sector rural, como dicen mis compañeros del colegio de la ciudad donde estudio. Pero a pesar de caminar por el cemento desde siempre, el polvo de mis zapatos, creo, que me delataba o quizás mis ojos o mi entusiasmo por las cosas de mi abuelo. En fin, para todos o muchos soy Peiro del campo o Peiro del sector rural o el huaso Peiro y aunque mis mejillas se me sonrojaban, creo que me acostumbré pues es un orgullo tan grande ser y conocer cosas del campo que ya ni me molestan los urbanizados como les decía. Incluso a veces dije si mi abuelo y gente como él no sembraran con cariño la tierra, qué sería de ustedes. Así que soy huasito, me gusta mi colegio y a mis compañeros les digo que si vamos todos a Santiago les apuesto que todos vamos a pasar por huasos, pero yo lo voy a resistir, pero creo que algunos de ustedes no lo van a disfrutar ni siquiera el zoológico. En fin vivo en el campo, veo correr el viento por sobre los sembrados, observo cómo la perdiz lucha por hacer más del tercer vuelo y los tiuques piden agua con su cantar y sé

lo difícil que es encontrar el nido de las diucas y el misterio de ellos, y el Mulato es verdaita como dice el tata ...

Brillante como corrión de montura, de buena estampa buen porte como patrón de plata y con una estrella que le sellaba la frente. Montado por su jinete y cuidador Nino, después de 6 días de trabajo de madrugar 5 de la mañana hasta las 7 y luego tomar choca o desayuno para a las 8 estar afanando para que no lo pille el día. Estos dos amantes salían los domingos a recorrer las canchas y dejar sus gritos en ellas, así fueron muchos triunfos y también algunas derrotas, pero había algo muy especial creo que no exagero si sólo le faltaba hablar. Creo que el Nino tiene algo también de especial pues pareciera que hablara con sus caballos y a pesar de ser encachado era manso como oveja para montarlo, cruzarlo por debajo de las patas si venía hasta llamarlo puntual para almorzar a las 12. Su relincho era más que la sirena del mediodía, pues ¡qué caballo el Mulato! Recorrió como el río recorre cada zanjo por donde puede pasar; desaperarlo en medio del patio, un ensueño. Te miraba y luego se iba a su pesebrera y no comía hasta que no le cruzaran la vara que hace de puerta y luego un relincho de contento, como diciendo "lo hicimos" o diciendo "nos debe la revancha". Las zanahorias en la mano las tomaba como seda, pero fue el domingo 23 de, a fines del verano del 98, cuando salió de casa entre las 12 y 13 horas camino a las carreras más desafortunadas.

Y quién diría que el día y la noche se juntarían para convertirla en un lapso largo y angustiador. Fue puesto en la camioneta de un

gustador de brisas y carreras con su carpa de milico ploma y orejeras verde recorrió su ruta y el viento se fue despidiendo y su jinete a su lado respirando ese mismo viento de despedida. Era una joya para cargarlo. Corría como nunca, pero una decisión cambió el destino de aquella noche. De pronto la carga aumenta y como era joyita le pusieron un compañero y dos guachos nuevos para hacer el viaje de regreso.

Nino no quería, pero elogios le sobraron al Mulato, sereno y bien portado y aún con las inquietudes de Nino, se cerró la puerta y... a casa. Pero viajaron aparte Nino y Mulato inquietos, pero confiados; de pronto sólo en un instante todo cambió. Bajaron el primer potrón y Nino dio la vuelta para guiar a su Mulato y la hija de Nino a la vez le previno, "espere que papá lo baje, mejor..." Sólo un segundo y Olguín saltó y se trajo al Mulato con él. Sólo un golpe fuerte y se oyó un relincho de dolor o grito llamando a Nino. Luego un llanto, la hija de Nino gritó. Suena como chorro. Luego linternas y llantos. Nino no lo podía creer, disculpas, preguntas, qué pasó, cómo fue a pasar... pero Mulato había introducido su pata izquierda entre el parachoques y el fin de la camioneta, increíble. La voz de Nino se oyó rara "quieto estoy aquí, te voy a sacar"... pero era tanta sangre, "es una vena"... y el silencio de Olguín reconocía su imprudencia irremediable. Otros decían: ¿por qué no pusimos la tabla? Pero Nino sólo hablaba con el Mulato, confortándolo. De pronto, con la ayuda de su amigo, pero sin duda sobre todo sabiéndolo, jaló con todas sus fuerzas y salió y en tres patas bajó de mano de su jinete como debió haber sido, pero dijeron

parece que no fue nada. Pero Nino sólo dijo "está mal" ... y otra vez ese silencio lleno de frío. Jacque lloraba porque también sabía que era grave, en tres pies llegó al patio de donde había salido de brincos Nino y Jacque sabían y hasta el Mulato sin duda que sí, carreras y Chimbe despertó, 2 kilos de grasa derritiéndose en el sartén, pero al verlo a la luz los tres lloraron. El casco se desprendió totalmente como amputándole el pie y la sangre salía y salía con tanta presión y dibujó huellas en el regreso a su pesebrera. Chimbe no puede ver y los dejó llorar juntos, la grasa quemó la carne y sólo gimió aguantando sacudió su pata y luego otra vez grasa aferrándose a todo. Nino va a avisarle a su dueño y Jacque no lo dejó solo ni un segundo. La sangre salía con tanta fuerza... y ella rezaba pidiendo un milagro. Nino volvió y llegó el día y la angustia no paró, pero Nino salió en busca de medicina y Jacque a su trabajo, parecía que había pasado la noche que bien, una noche donde alguien dijo "matadero porque no correrá más". Sin duda ese estaba ebrio para decir algo así pero Chimbe observó la inquietud de Mulato ese lunes y aguantó y aguantó; y Nino llegó abrió su puerta y muy cansado salió arrastrándose. Y la sangre no dejaba de salir, las pozas de la pesebrera eran tan profundas y a los pies de Nino cayó, se tendió en el patio y bufó... Se miraron, Nino recorrió lo sucedido, como disculpándose con su amigo y lloró, y Mulato también. Luego miradas largas, de pronto un llanto fuerte, fuerte y Mulato partió. Pero su cuerpo quedó en la tierra. Era un amigo y ahí debía de estar, luego lo legal, demanda responsabilidades, pero nada cambiaría aquella irremediable y absurda noche de domingo, sólo quedan las fotos, pues las hay. Jacque las tomó no sé en qué minuto. Mulato aquella

jornada del 98' fue su última carrera. En fin, así fue porque así me lo contó mi abuelo, porque aquel jinete era él y aún sus ojos se empañan al acordarse de la partida de su Mulato, a causa de la imprudencia que no jaló a su favor.

T E R C E R ■ P R E M I O

R E G I Ó N V I I

El torito de los cachos de oro

Juan Eduardo Gangas Zenteno
LINARES, 7ª REGIÓN

Esta historia es muy antigua y contada, pero nunca se ha dicho la verdad; porque la verdad es ésta:

"Nada de cuentos ni mentiras que era de aquí, que era de allá, ni de Loncomilla ni de Parral. Que aunque no parezca cierto ésto es verdad, que no era de ningún lado sino de acá".

Este famoso animal era, sin derecho a pataleo, de aquí de El Culmen, subdelegación de Vega de Salas en la precordillera de la noble y muy leal ciudad de Linares.

Cuentan los antiguos, que nunca mienten ya que están todos muertos, que en las praderas había tanto ganado vacuno que el terreno se hundía por el peso y la gordura. Las vacas y la vaquillas hacían todo lo posible porque no las vendieran ni las llevaran de allí. El motivo de ello es que tenían un chiche que las hacía muy felices; este era un torito muy maceteado y hermoso, que entre sus particularidades tenía los cachos refulgentes y largos pues eran de oro.

Como pueden suponer, era este animal la envidia de todos los

ganaderos que pagaban lo que fuera por contar con sus servicios y de hecho el noble animal recorría las estancias de toda la región haciendo estragos entre las hembras vacunas. Pero sus cuidadores no se separaban de él ni de día ni de noche. Estos eran unos brujos, que además de dedicarse a volver sapos a los cristianos, se entretenían bebiendo lo que les ponían por delante. Y esta maldita costumbre, muy común entre los chilenos, fue su perdición pues la fama del torito cruzó la cordillera y allá, donde las cosas no estaban tan bien como acá, y las vacas no eran tan felices, despertó la envidia.

En tanto el torito pastaba y preñaba vacas, los cuidadores fueron a visitar a un amigo que con lo primero que les salió fue con una garrafa de buena chicha. Como podemos imaginar, se les calentó el hocico y la fiesta duró una semana. En esta semana, los espías del otro lado llevaron la noticia y planearon el rapto. "Entre nubes, rayos y truenos, laceado con tiras de oro, una banda de toros grises, se lleva en el aire al toro".

Queremos imaginar que el torito está bien, que está en su ambiente rodeado de lindas vacas; pero la ganadería de este lado está a medio morir corcoveando en tanto que allá tienen carne hasta para hacer fogatas. Pero no perdemos las esperanzas de pillar durmiendo a los actuales cuidadores o invitarlos a un trago de la chicha buena que tomamos en El Culmen.

P R I M E R ■ P R E M I O

R E G I Ó N VIII

Cómo engañar a un tinterillo

Augusto Antonio Sandoval Cáceres
SAN CARLOS, 8ª REGIÓN

Voy a relatarles una historia que nos contaron y que con mis compañeros representamos en una fiesta de la escuela.

Hace mucho tiempo vivió un campesino cerca del pueblo de El Carmen, en la Octava Región; el cual era muy ladino, flojo y sinvergüenza; no quería trabajar, se dedicaba a robar lo ajeno.

Una noche que andaba tratando de meterse a un gallinero le salieron unos perros que casi se lo comieron. Pero el muchachote no cambiaba, estaba convencido que esa era la forma de obtener lo que necesitaba para vivir. En otra ocasión que quiso robarse un chanco de un chiquero, volvieron a salirle los perros y el dueño de casa con una escopeta y por arrancar fue a dar a canal no muy limpio. Llegó a su casa y su mujer lo puso de vuelta y media porque ella sabía de sus malas costumbres y no había podido hacerlo cambiar.

Este hombre se hizo de tan mala fama que hasta la policía supo de él y no se demoraron mucho en irlo a buscar detenido, porque

habían sido muchas las denuncias de las personas afectadas por las maldades de este hombre.

Rápidamente desde la cárcel empezó a pensar cómo salir de ahí para seguir con su pega, como llamaba a sus fechorías, entonces se acordó que le habían hablado de un aprendiz de abogado, o tinterillo, que era muy astuto y siempre ganaba los pleitos. Lo mandó a buscar y el tinterillo aceptó su caso, dándole los siguientes consejos.

– Mire, hombre, cuando el juez lo cite a declarar, usted debe convencerlo que tiene sus facultades perdidas; le dijo el tinterillo.

– ¡Y cómo voy a hacer eso, ñor!– le dijo el muchachote.

– Muy fácil pues. Hombre. Cada vez que el juez le pregunte algo, usted le contesta ñifle y si le pregunta otra cosa, le contesta ñafla y así hasta que lo declaren sin razonamiento, y lo deje libre.

– Oiga, don ¿y tan re' fácil sería entonces?

– Ni tanto, tiene que ser muy convincente; a ver, ensayemos un poco. Así el tinterillo y el pillo ensayaron por largas horas, para el día del juicio. Pero antes de eso, quedó convenido lo que le tenía que pagar si ganaban el juicio.

Llegó el día en que el pillo fue llevado ante el juez.

— ¿Cómo se llama usted, hombre?— le preguntó el juez.

— ¡Ñifle!

— ¿Le pregunto cómo se llama, hombre?

— ¡Ñafla!

— ¿Reconoce su delito?

— ¡Ñifle!

— ¿Le pregunto si usted reconoce los cargos de los que se le acusa?

— ¡Ñafla!

— ¿Usted es tonto, hombre, o no entiende lo que le pregunto?

— ¡Ñifle!

Durante largo rato el juez trató de sacarle una respuesta, pero éste cada vez le contestaba alternativamente con su cantinela, hasta que el juez muy enojado pidió que lo sacaran de la sala por ser un deficiente mental y ordenó que lo dejaran libre.

Afuera de la sala lo esperaba su abogado tinterillo, sobándose las manos de contento por los pesitos que iba a recibir.

— ¿Y cómo le fue hombre?

– ¡Ñifle!

– ¿Está contento con el resultado de nuestro acuerdo?

– ¡Ñafla!

– ¡Ya pues, hombre si eso era con el juez no más!

– ¡Ñifle!

– Saltando con la platita, pues, hombre.

– Ñafla!

Durante largo rato el abogado tinterillo trató de sacarle la plata que habían acordado, pero cada vez el pillo le contestaba de la misma manera hasta que el tinterillo se aburría y lo amenazó que cuando cayera preso otra vez no lo iba a ayudar.

Me lo contó mi abuelito

Daisy Zambrano Garcés
LOS ÁLAMOS, 8ª REGIÓN

Esta leyenda tiene un origen muy romántico.

Hace muchos años, en la laguna Rayenantu en un valle de muy buena vista llamado Catirai, donde habitaban los antiguos catirayes, personas muy humildes con diversos problemas, jamás se doblegaban ante el invasor. En frente de ellos vivían los poderosos Tralcahuidas, los dos pueblos estaban separados nada más que por el río Biobío. Ambos grupos a veces se unían para luchar contra el enemigo común, los invasores eran antiguos rivales.

Dice la leyenda que luchas constantes avivaban el odio de las dos tribus mientras que el amor, quien no sabe de barreras, llegó a complicar la situación.

Esto ocurrió entre el hijo preferido del cacique de la tribu los tralcahuidas, el apuesto joven Rayencura, que significaba "flor poderosa", y la bella hija del cacique de Caritai, Rayenantu, que al igual que el otro nombre tiene su significado, este era "flor dorada". Ambos se enamoraron a pesar de la gran lucha

ancestral y sangrienta que separaba a sus tribus más que el ancho Biobío.

Debido a la gran desigualdad, ellos se encontraban a escondidas junto a la ribera, siendo muy cuidadosos y siempre temiendo ser sorprendidos por cualquiera que los fuera a delatar a uno de sus padres.

Luego de mucho tiempo de escaparse de sus tribus para verse a solas, tuvo que llegar la gran fría y tempestuosa noche de invierno en que ocurrió la tragedia.

La bella Rayenantu desapareció. Al buscarla sus parientes afanosamente la vieron en la lejanía nadando ya por la mitad del río junto a su amado. Llevaban rumbo hacia Talcamávida velozmente. Los catirayes se lanzaron al río tras de ellos lanzando flechas sobre los fugitivos. Al oír los gritos, los tralcahuidas corrieron para hacer lo mismo. Se armó un feroz combate en medio de la oscuridad de la noche. La lluvia de flechas terminó con la vida de los jóvenes quedando los cadáveres de Rayencura y Rayenantu luego de ser sepultados en la tierra de sus padres.

Al día siguiente asombrados los indios se dieron cuenta que en cada tumba habían surgido vertientes que se unían y formaron una laguna que hasta hoy día permanece allí.

T E R C E R ■ P R E M I O
R E G I Ó N VIII

El Ralo

Diego Navarrete Hernández
CHILLÁN, 8ª REGIÓN

*M*i abuelo me contó que él era muy travieso y le hacía diabluras a los campesinos y los campesinos le decían: ¡Es más malo que el Ralo! Él hacía otra travesura y decían nuevamente: ¡Es más malo que el Ralo! Hasta que un día le preguntó a un campesino anciano ¿Quién fue el Ralo? A lo cual el campesino le contestó: "El Ralo fue el bandido más sangriento conocido, que hasta donde se sabe cometió 7 asesinatos". Le siguió contando el campesino que el Ralo cuando chico era maldadoso y un día llegó con una conchita de choro diciendo que se la había encontrado, pero era mentira porque en realidad la había robado. Las conchitas de choro eran los cubiertos de antes, porque antes había tanta pobreza que se usaban las conchitas de choro y la mamá lo regañaba porque intuía que se la había robado, pero el papá le decía: "no lo regañes, mira la suerte del niño".

Pero cada vez robaba cosas más grandes y el papá le seguía diciendo a su mujer que no lo regañara. Ya cuando era mayor, era reconocido por su fuerza, arrojo y crueldad. Fue así como cometió su primer asesinato a los 17 años. Fue en una trilla donde discutió con otro hombre y el Ralo lo clavó con una horqueta que en

esos tiempos eran de madera. Al tiempo después se encontró con un hombre que vendía un buey y el Ralo le dijo: "Oye, yo te compro el buey. Tráemelo al molino y allí te estaré esperando".

Llega el hombre con el animal y el Ralo le pidió que amarrara el buey en la bodega y después lo amenazó con un cuchillo y también lo amarró en un poste. Quería ver quién resistía más sin consumir agua ni alimento; entonces el buey murió a los 15 días y el hombre a los 3 días después.

El Ralo tenía muchos escondites secretos. Tenía, además, cuatro caballos de color alazán tostado, cosa que nadie sabía pues todos creían que era uno solo, y un gran machete con el que asustaba y cortaba la cabeza a los niños sólo por el placer de ver cómo les saltaba la orina. Como antiguamente la ropa era muy escasa y cara, los niños usaban sólo una polera de saquito que les llegaba hasta el ombligo y así le salía más fácil ver cómo le corría la orina.

El Ralo asesinaba a familias enteras sólo porque hablaban mal de él. Un día llegando a su casa el papá le dice:

– Hijo Ralo, lo que estás haciendo está malo, deja de hacer esto–
... y él le respondió a su padre:

– Endereza ese árbol– y el padre respondió:

– "¡No puedo!"

- "¡Hazlo!" Y el padre trata de enderezar el árbol pero no puede.
- Entonces si no puedes ¿Qué deberíamos haber hecho?...

Y el padre le contesta:

- Deberíamos haberle colocado un palito para que se hubiera criado derecho.
- Y, entonces. ¿Por qué no me enderezaste cuando yo era chico?...

Y el Ralo sin pensarlo dos veces degolló a su padre, al pie del árbol que era un espino.

El Ralo tenía una rancho en medio de las zarzas y nadie la podía ver. Un día 5 policías lo empezaron a perseguir. El Ralo andaba con su caballo, de repente se cansa el caballo y llega a un escondite y cambia de caballo; al cabo de unas horas el caballo se había cansado y el Ralo también se tira a descansar junto a su caballo. Es así como lo encuentra un anciano que venía caminando por ese sendero y éste dice para sus adentros: "ese debe ser el famoso Ralo".

El anciano sin hacer ningún ruido toma su estribo y le pega en la cabeza dejándolo aturdido, luego lo amarra y lo echa en su caballo se lo lleva a la policía y gana la gran recompensa que pagaban por la captura del Ralo. Los Guardianes se lo llevan a la Cárcel de



Talca y allí lo fusilan.

El Ralo se llamaba Manuel Valdés y cometió los asesinatos entre los ríos Maule y el Biobío, desde la costa a la cordillera. Eso es lo que averigüé leyendo la historia de Chile y pude comprobar que lo que mi abuelo me contó sucedió en realidad.

Epoca de Portales; El Bandolerismo, 2º Tomo, Pág. 859, Encina y Castedo.



La Machi y el enfermo

Nilda Curaqueo
TEMUCO, 9ª REGIÓN

En el año 1910, nació una niña muy buena llamada Luisa Huichaqueo. Una noche tuvo un sueño muy extraño, alguien le dijo que iba a ser machi, pero ella no quería ser machi. Esta niña se enfermaba y se enfermaba cada vez que le hacían remedio y le decían que iba a ser machi. Hasta que un día, sin darse cuenta, tocó el kultrun, entonces los padres fueron a buscar a otra machi, le hicieron un Rewe y de ahí comenzó a ser machi. Desde entonces hace muchas sanaciones y hace Nguillatunes. La machi veía a los enfermos por la orina, cuando le traían la orina la llevaba al Rewe y hacía una rogativa, daba vueltas con el enfermo en el Rewe y después lo llevaba a su ruca. No dejaba que el enfermo se fuera a su casa hasta que se sanara. Cuando se iba, la machi le cobraba un peso, luego continuaba atendiendo a otras personas de distintas enfermedades como por ejemplo, un mal, una hechicería o un trafentu (viento o aire malo).

La machi era matrona porque antiguamente no habían hospitales y las mujeres buscaban a la machi para ir a mejorarse de guagua. Cada año esta machi hacía un Nguillatún grande, mataban un caballo y venían muchas personas con regalos en agradecimien-

to porque se habían sanado. Esta machi salía a hacer pequeños Nguillatunes por las casas para los enfermos y les llevaba remedios y los sanaba.

A la machi la iban a buscar en carreta con mucho regalos. Un día la machi se enfermó y fueron a buscar a otra machi para hacerle remedio, entonces se mejoró pero por un corto tiempo, después ya no podía hacer remedio. Cada vez se encontraba más mal, hasta que un día falleció. Cuando murió le hicieron un cajón para echarla adentro, la velaron, le hicieron un nguillatún, y le tocaron corneta, trutruca y kultrun. La sepultaron con todas sus vestimentas, cinta, joyas, chamal, rebozo, y le juntaron el resto de ropa, comida y cosas que ella usaba.

Y había mucha gente agradecida de ella en el cementerio, por los tremendos servicios que ella había dado.

S E G U N D O ■ P R E M I O

R E G I Ó N IX

El plato de palo

Brian Bernardo Hidalgo Quezada
CARAHUE, 9ª REGIÓN

Juanito iba a la escuela muy entusiasmado, según me contó mi abuelito.

Juanito pertenecía a una familia de origen mapuche, la que vivía en un lugar muy cerca de la ciudad de Carahue, en la Novena Región de la Araucanía.

La familia de este niño eran unas gentes muy humildes y dedicadas al trabajo de la tierra y a la crianza de animales domésticos como gallinas, ovejas, pavos, etc.

Había niños y niñas que siempre herían los sentimientos de Juanito en aquella escuela. El pequeño no lograba revertir aquella situación y cada día lo pasaba peor. Las risas y burlas de sus compañeros ya no tenían límites. Siempre le recordaban su origen y le decían que los utensilios que utilizaban para comer eran de madera y que ellos en cambio utilizaban una loza muy fina.

El abuelo de Juanito se enteró de estos atropellos a los que era sometido su querido nieto, pero le aconsejó, con mucha sabidu-

ría, con esa sabiduría que sólo los abuelos tienen y la han adquirido con la experiencia de los años (como dice mi abuelito).

Días después Juanito increpó a uno de los compañeros que más le molestaban diciéndole:

"Qué te parece si mañana tú traes un plato de esa hermosa loza en la cual comes y yo también traeré mi plato de madera que me hizo mi padre en el cual me alimento desde muy pequeño y que me ha permitido ser el niño feliz y saludable que soy hoy".

Al día siguiente ambos niños trajeron sus platos que habían acordado y se encontraron en el patio de la escuela.

Juanito dijo a su compañero:

– Tira tu plato al suelo.

Aquel niño se sintió muy sorprendido ante aquel pedido. Juanito con seguridad volvió a repetir.

– Tira tu plato al suelo.

No entendiendo aquel pedido, el niño lanzó el plato al suelo. Como era de esperarse tan bello plato se hizo trizas en el suelo ante la sorprendida mirada de niños y niñas.

– Ahora lo haré yo–, dijo Juanito, lanzando su plato al suelo que sólo dio unos tumbos y quedó igual como estaba. La incompre-

sión era total, sus compañeros no entendían nada.

Juanito rompió aquel instante de incompreensión y dijo:

– Yo puedo seguir comiendo en mi plato de madera; tú en cambio un día puedes no tener ni en qué comer. Nunca debes atropellar a alguien por el solo hecho de sentirte superior, cada persona tiene su valor, todos lo tenemos, todos somos iguales. Lo enseñó alguien muy superior a nosotros.

Aquel mensaje había sido muy claro, y todos lo habían comprendido. Desde aquel día Juanito fue respetado, valorado y querido por sus compañeros pues comprendieron que lo habían herido muy profundamente y, peor aún, se habían herido ellos mismos sin darse cuenta



Por estos días Juanito es un gran profesor normalista con más de 30 años de servicios trabajados siempre en el sector rural de la comuna de Carahue en la Novena Región de la Araucanía.

*El misterio
de la Bajada de Piedra*

Sergio Iván Núñez Andrades
CURARREHUE, 9ª REGIÓN

Hace muchos años del sector donde yo vivo Puala Alto a Curarrehue, el camino no tenía ripio, sólo esta parte de él; tenía piedras, y todos le llamaban bajada de piedra. Mucha gente vio en este lugar diferentes cosas. A muchos se les aparecieron mujeres ánimas, hombres a caballo y diferentes tipos de animales o bichos de aspecto raro. En esta historia les voy a nombrar algunas personas que pasaron por este suceso, en el cual muchos vivieron el miedo. A mi bisabuelo le ocurrió como el año 1955. Un día cuando venía de Curarrehue, al llegar a este lugar, vio a tres mujeres vestidas de blanco y que cada una llevaba una vela encendida. Cuando mi bisabuelo se acercó a saludarlas, ellas se le fueron encima sin hablar ni una sola palabra, sólo miraban. Ahí él sintió miedo y apuró a su caballo. Cuando llegó a su casa, le contó a todos y después todos sentían un poco de miedo cuando pasaban por ese lugar.

A los pocos años después le sucedió a don Manuel Millaqueo, un antiguo lugareño de Puala Alto. Una tarde, cuando venía de Curarrehue, montado en su caballo, llegó a ese mismo lugar y



se le acercó un hombre en un hermoso caballo muy bien equipado. Don Manuel le buscaba conversa; pero el acompañante no hablaba y de pronto desapareció. Cuando ya llegaba a su casa, era tanto el susto, que a don Manuel no le salía la voz, para contarle a su familia. A otras personas igual se le han aparecido otras cosas, como perros con un aspecto raro; y a una señora se le apareció un bicho tipo culebrón. Ahora ya no se ven tantas cosas porque casi toda la gente anda en auto, pero todavía existen.

Los Kalkus y La Machi
(Los Brujos y La Machi)

Jorge Fabiany Herrada Henríquez
PURRANQUE, 10ª REGIÓN

Yo tenía mucho sueño aquella noche del día 6 de abril de este año, y ya me disponía a darle las buenas noches a mi mamá y a mi hermanita menor, cuando llegó mi papá en compañía de mi abuelito.

– Mari mari weche, me dijo y yo no entendí nada. Hacía tiempo que no veía a mi abuelito. Él me estuvo explicando y yo me fui entusiasmando con el asunto, cuando me acordé que en la Escuela la profesora de castellano nos había dado de tarea investigar y recopilar cuentos del sector, y allí estaba mi abuelito para contarme uno.

– Tú tienes que saber que tienes tus raíces indígenas, porque yo, tu abuelo, tengo sangre indígena me dijo.

– Yo me siento muy orgulloso de ello, abuelito, le dije. Mis padres siempre me han enseñado a respetar a toda la gente y sobre todo a la ñukemapu



– Muy bien, entonces te contaré el cuento que me pides me manifestó mi abuelito.

– Esto me lo contó mi taitita que el Chao Trokin lo tenga en su seno. Dicen que hace mucho tiempo, ocurrió un extraño suceso en el sector de Manquemapu. Allí vivían muchos hermanos mapuches y se dice que habían muchos kalkus (brujos) en ese lugar y también había una machi.

La machi era ya muy anciana y tenía un hijo llamado Kakaroto, el cual todos decían que se iba a quedar con el arte de su madre machi. Kakaroto fue aprendiendo el arte de curar y hacer machitún para sanar a los enfermos del mal que le provocan los kalkus.

Y sucedió también que los kalkus se fueron multiplicando, a tal punto que embrujaron el sector de Manquemapu, y por todas partes había gente enferma. Todos los días fallecía alguien sin explicación alguna, así es que la gente toda acudía donde la machi que era la madre de Kakaroto, y como éste ya había aprendido el arte, se unió a su madre y empezaron juntos a combatir el mal. Tiempo más tarde, Kakaroto se fue de viaje en una balsa a Chiloé, donde había un consejo de machis, allí solicitó ayuda para salvar a su pueblo de las brujerías. Los machis de Chiloé lo ayudaron espiritualmente y le dijeron que regresara tranquilo a su ruka, porque estaría protegido por las vibras de ellos.

Al llegar a Manquemapu, se encontró con la novedad que su madre había fallecido, producto de la vejez y atribulada por la pena de tener a su hijo Kakaroto lejos y sin saber cómo le iría. Kakaroto entonces en honor a su madre muerta, y protegido por las fuerzas espirituales de los machis de Chiloé, combatió con



gran furia a los brujos que estaban destruyendo a su pueblo y finalmente logró acabar con los brujos en Manquemapu. Pero para ese entonces quedaban muy pocas familias y es por eso que hoy día sólo hay como tres familias solamente que tienen los mismos apellidos.

Y cuentan que el espíritu de Kakaroto sigue protegiendo a esas familias de las fuerzas del mal.

Y también se cuenta que los espíritus de los brujos deambulan por la noche portando grandes pesos, se siente como si arrastraran cadenas pesadas, y se escuchan lamentos y gritos en las noches. Se cuenta que son las almas de los brujos que penan por los cerros y las aguas de Manquemapu.

Las siete carretas de oro

Bernardita Isabel Cárdenas Carrera
PURRANQUE, 10ª REGIÓN

Lo que voy a contar, me lo relató mi abuelita y me lo contó más tarde mi papá un día cualquiera, una fría noche de invierno. Y todavía me acuerdo de ver a mi abuelita sentada junto al fogón asando con una vara de coligüe un trozo de longaniza ahumada, y de vez en cuando se le caía en la ceniza, y parecía que su sabor fuera más rico aún. Más tarde nos regresábamos a la casa donde vivíamos. La cocina de fogón sólo servía para ahumar carne cada vez que mi papá mataba un chanco, especialmente para la noche de San Juan. Y mi abuelita se encargaba de ahumar los charquis y a veces también hacía mote. Pero la vejez la estaba consumiendo y hoy día sólo me queda el recuerdo de mi abuelita. Y también me acuerdo clarito el último cuento que me contó. Y se me nublan los ojos de lágrimas al recordarla. Era tan sabia ella, y a menudo me estaba enseñando cosas del pasado, de nuestros antepasados, de mis raíces, de sus leyendas, sus tesoros escondidos que hoy día parecen sólo mitos que se duermen bajo la alfombra del olvido y la poca valoración que los chilenos les atribuimos a la cultura ancestral que es nuestra cuna.

– Siéntate a mi lado me decía mi abuelita y escucha lo que te voy a contar:

Hace muchos años, cuando ninguno de nosotros existíamos, aquí en Hueyusca también llegaron los españoles, esos winkas que nos quitaron todo, y cuentan que las tribus que aquí vivían tenían grandes cantidades de oro que conservaban intacto. Solamente sacaban lo necesario para confeccionar algunas joyas, pero ellos se sentían muy orgullosos de sus riquezas y dueños de todo lo que la naturaleza les ofrecía. El Chao Nguenechen (Dios) era muy bondadoso con ellos, y hacía que el Chao Antu (Padre Sol) les produjera buenas cosechas y abundante agua (ko) porque además había un gran río y corrientes frescas que bajaban de la mawidam. Todo era tan tranquilo y feliz para las tribus huilliches, y los pichi weches crecían y corrían junto a los pu kullin (animales). Eran hermanos del pangui (león), porque su fuerza y su valor lo habían copiado de él. Los xewas (perros) aullaban como que predecían que algo malo iba a pasar, y las machis tenían sueños y visiones que una gran tormenta de dolor se aproximaba, porque la misma Ñukemapu (naturaleza) les estaba anunciando algo. Las nubes se veían grises. El chucao y el pitío no dejaban de lanzar sus cantos lastimosos de aves malagüeras. En la noche el tué tué y las hualas también emitían sus gemidos de aves malagüeras. Y bandadas de jotes negros revoloteaban sobre las rukas de las tribus, como anunciando que pronto tendrían carne para comer. Y así pasaban los días, todos los presagios y anuncios malagüeros hacían presumir a las tribus que algo malo

les rondaba y tenían que prepararse para ello.

Entonces organizaron una rogativa o nguillatún y rogaron al Dios Nguenechen para que los protegiera y las machis invocaron al espíritu de la Ñukemapu al son de los kultrunes y el sonido de la xuxuka, danzando durante tres días y tres noches consecutivas alrededor del rehue.

Nada cambió, los mismos acontecimientos de presagio seguían ocurriendo, sólo que una machi llamada "La Machi del Amanecer", invocó al espíritu del amanecer para que a través de una visión le mostrara lo que les iba a ocurrir. Le vino entonces un sueño profundo que duró muchas horas y allí vio cómo unos hombres de cara pálida, desconocidos y con vestimentas y armas que los indígenas no conocían llegaban hasta sus tierras, quemaban sus rukas, robaban sus riquezas y mataban a los indígenas sin piedad. Se despertó asustada y transpirando, gruesas lágrimas brotaban de sus negros ojos, parecían dos carbones encendidos por el dolor y el furor.

– ¿Qué viste en tu peuman (sueño)?, le preguntaban las otras machis.

– Vi, vi...– y no podía hablar más, la voz se le quebraba y se ahogaba en la garganta como una fiebre que produce afonía y daña las amígdalas.

– Vi–, comenzó de nuevo, que unos xewas (perros), winkas xewas nos mataban a todos, y eran muchos, nadie de nosotros quedaba vivo. Todos morían, era terrible, todo ardía, fuego,

lamentos y muerte...

– Nos prepararemos para la guerra y nos defenderemos– dijo el lonko (cacique), y comenzaron a preparar flechas, arcos de quilas y coligües, lanzas y garrotes, boleadoras y piedras afiladas, y a ejercitar el arte de lanzamientos.

Las malgüenes (mujeres) preparaban comida seca y ahumada y la enterraban en bolsas de cuero en hoyos bajo la tierra.

Cántaros llenos de joyas y oro eran sepultados por todas partes para proteger sus riquezas de los usurpadores.

La tribu tenía siete carretas que le servían para acarrear leña o animales que cazaban; así es que al lonko se le ocurrió llenar esas siete carretas con oro y llevarlas a una altura a la cual hoy día llaman "El Mirador", desde aquí se puede observar Hueyusca que está más abajo.

Un grupo de indígenas se llevó las siete carretas llenas de oro hacia la altura, allí hicieron grandes hoyos y sepultaron el oro con carretas y todo.

Acababan de terminar de sepultar las siete carretas de oro, cuando una ola de humo y fuego acompañada del ruido del tropel de los kahueyos (caballos) de los españoles se echaron sobre los indígenas. La lucha duró mucho tiempo, pero finalmente todos los indígenas fueron masacrados y las carretas de oro nunca nadie las

encontró.

Todos dicen que con el correr del tiempo, al atardecer, se ven las siete carretas de oro en El Mirador, y que se sienten ruidos y lamentos por las noches, y que en la noche de San Juan arde ese lugar. Dicen que allí están sepultadas las siete carretas de oro que enterraron nuestros antepasados para que no se lo robaran los españoles en los tiempos de la Conquista.

Cuentan que una cierta noche, un lugareño de Hueyusca al ver la llama ardiendo, se armó de valor y se fue a sacar el entierro y al otro día lo encontraron muerto allí mismo. Tenía el rostro espantoso, todos dicen que murió de susto, porque el diablo se ha apoderado de las siete carretas de oro. Y desde entonces nadie osa sacar ese entierro que se dice que está allí según cuentan los más antiguos, y cerca de la noche nadie se atreve a pasar cerca de donde dicen que están sepultadas las siete carretas de oro.

El padre Antonio y la fiesta de San Miguel en Puluqui

Johana Alejandra Maldonado Sánchez
CALBUCO, 10ª REGIÓN

Antonio van Kessel es un sacerdote que año tras año visita la isla Puluqui, justo para la fiesta de San Miguel.

El padre llegó muy jovencito a misionar, recorría toda la isla pero se radicó en el sector de Chope, cuando mis abuelos eran jóvenes, enseñándoles lo que es la Iglesia y los motivó a tener la fe religiosa que hasta hoy en día nosotros llevamos.

En aquel tiempo mis abuelos vivían en condiciones difíciles. Se trasladaban en bote hasta Calbuco, ciudad más cercana, y conocida como la ciudad de las aguas azules. Los botes eran movidos por remos y a vela. Fuertes temporales de agua y vientos debieron desafiar sus botes rústicos, maderas ahuecadas en su interior.

La vida era difícil. Me cuenta mi abuela que las casas eran con piso de tierra, se vestían con tejidos de oveja o guiñe como se dice por acá.

Cuando en tiempos de invierno viajaban a Calbuco, demoraban 4 a 5 horas en atravesar el mar. No manejaban casi el dinero, vivían

del trueque, ya cambiando papas por harinas, pollos de campo por azúcar, lana de oveja por yerba, verduras y mariscos por mejorales, etc.

Los adelantos eran muy lentos; A veces pienso que mejor había sido así, pero también es importante el progreso.

Tampoco habían postas y el hospital de Calbuco era muy chico y pobre.

Ante toda la dificultad, estaba el padre Antonio que ayudaba en lo que podía: con alimentos de "Cáritas Chile", haciendo caminos y enseñando a la gente a cómo vivir mejor.

Con su inmenso interés de ayudar al prójimo construyó junto a los vecinos, la posta de primeros auxilios. La gente se puso muy contenta ya que podían solucionar en parte sus problemas de salud.

Nuestros abuelos tenían muchos hijos y casi siempre se morían las guaguas, porque no había matronas y también porque había muchas epidemias. Pero el padrecito siempre ayudaba con comida, remedios y con su oración.

Hace poco vino a Chope a celebrar "la fiesta de San Miguel", Santo patrono de nuestra Iglesia. El ya tiene sus años, pero siempre está con nosotros. Esta fiesta tiene sus orígenes en el tiempo de la Colonia cuando los españoles dominaban nuestro hermoso territorio y llegaron al río Rahue (Osorno) con su imagen que

declararon como su ángel de la guarda. Ahí mismo, los indígenas atacaron sorpresivamente, huyendo entonces los españoles hasta Caicaén con el santo sobre sus hombros y se establecieron en un puente que llamaron "Real Fuerte San Miguel de Calbuco". El año 1710 otra vez los aborígenes los atacaron porque ya estaban cansados de los malos tratos, especialmente las mujeres que debían cumplir y obedecer las órdenes de los conquistadores.



Quitaron la sagrada imagen tallada en madera, prenda muy apreciada por los españoles y la ocultaron secretamente entre los montes del lugar.

En esta dificultad tuvieron que intervenir los misioneros jesuitas, quienes lograron convencerlos pidiendo a cambio grandes garantías.

El día de la Ascensión del Señor, el mismo año 1710 todas las comunidades indígenas que se ubicaban en las cercanías de Calbuco entraron triunfantes con la imagen del Santo, acompañados con sus ritos tradicionales.

En Calbuco cada año las iglesias de la comuna rinden homenajes al Santo patrono de la parroquia.

En Isla Puluqui se realiza también este homenaje y es el padre Antonio quien mantiene viva la fe de las comunidades isleñas como Tabón, Pollollo, Chidhuapi y San Ramón, quienes se unen en un acto de recogimiento con sus imágenes patronas de cada



capilla para celebrar con cantos y tambores al Santo de "San Miguel".

Terminada la celebración, el padre Antonio se embarca nuevamente con destino a su lugar del trabajo, Hualaihué, distante a 6 horas de navegación. El próximo año nuevamente vendrá para esta fiesta y visitará a todos los abuelos del lugar dándole su bendición, esto si Dios y San Miguel quieren.

Nacimiento de un pueblo en el sur

Isabel de Lourdes Vargas Leal
CISNES, 11ª REGIÓN

Yo les voy a contar la historia de cómo en una localidad en algún rinconcito de este largo país se formó un lindo pueblito llamado Puerto Gala.

En el sur de Chile, donde nace una naturaleza incomparable, sus árboles y raíces intactos y jamás tocados por las manos del hombre abren paso a un grupo de pescadores nómadas que viven en busca de un recurso muy conocido en nuestro país: la cotizada "pesca" de la merluza del sur.

A ésto se dedica un grupo de personas que deja atrás sus familias y hogares para poder ganar dinero y alimentarlos. Ellos producen la pesca artesanal. Esto consiste en que hombres envueltos por el frío de la mañana y con el sol todavía detrás de las nieblas, salen mar adentro en sus embarcaciones para la captura de este producto, para que en el momento de tener todos los espineles dentro del bote regresen a su puerto y entreguen en la lancha la cantidad de peces que capturaron y por cada kilo de éste les pagan más o menos \$600 a \$700.

Cuando les digo que es un grupo de personas nómadas es porque esta gente va de un lugar a otro detrás de la pesca, con sus ranchos de nailon y algunos cuantos palos parados. El trabajo del pescador es muy sacrificado. No es que sea desmerecido si no que es mucho trabajo para un poco de dinero. A veces les va bien y otras muy mal.

Todo empieza con un grupo de personas como cualquiera que llega a un lugar nunca jamás habitado o quizás por algún grupo de indígenas que pasó, también en busca de alimentos. Las personas de las que yo les hablo vienen de distintas localidades como: Puerto Montt, Valdivia, Chacabuco, Puyuhuapi, etc.

Los pescadores cada vez que les tocaba salir en busca de la pesca se arranchaban en un solo puerto y éste era Puerto Gala. La pesca empezó a aumentar y a todos le iba muy bien así que se decidieron no moverse de ese lugar y comenzaron a traer a sus familias. Fue así como cada vez que se iban mar adentro, al volver tenían comida, un lugar seco y calentito donde llegar.

Después que Puerto Gala se habitó de niños y mujeres, llegó un cura llamado por los pescadores padre Antonio Ronchi Berra. En esos momentos él fue como un "ángel» caído del cielo para este grupo de personas, ya que en algún momento arriesgó hasta su vida por ver que estas personas vivieran como realmente se lo merecían.

El cura empezó por hacer una escuela con el esfuerzo de personas

que fueron los primeros en creer que Puerto Gala fuera un pueblo. Luego que terminaron de construir la escuela, el Padre Ronchi llamó por teléfono a cuatro personas profesionales, que tenían hijos y familia. El propósito del cura era convencer a éstos para que vinieran a trabajar acá y ellos aceptaron dejando atrás todos sus proyectos y sueños como personas.

Tiempo después surgió una Junta de Vecinos que se organizó muy bien ya que esto dio muy buenos resultados. Hoy en día tenemos pasarelas, puente, muelle, posta, gimnasio, teléfono, etc. Todo esto con el esfuerzo de muchas personas que en este momento no se encuentran entre nosotros, como el padre Ronchi, porque él murió el año 1997. Pero los pobladores de esta localidad están contentos porque viven con sus familias como lo merecen y también por conseguir lo que querían. El 21 de agosto de 1999 se fundó Puerto Gala como un pueblo más de Chile.

"Esta historia es real y la vivió mucha gente que todavía vive en este lugar; como los profesores y pescadores que siguen luchando para que este pueblito siga surgiendo".

Cuando era Puesterero

David Cristóbal Foitzick Escobar
COCHRANE, 11ª REGIÓN

Cada tarde, al volver del recorrido diario, después de acercar las ovejas al corral; mi abuelito se coloca sus alpargatas viejas, que ya muestran los bigotes; y saborea sus mates amargos, en un calabazo, forrado en piel de chivo.

Luego, comienza a contar sus historias. Cuando yo era "guaina" dice, trabajé de puestero, algunos años, allá en los campos bajos, cerca de Tortel.

Tenía mi "puestito" en medio del espesor de las montañas; allí no se veían muchos pájaros; sólo algunos búhos, que ponían vida a las oscuras noches de invierno.

A veces se veían revolotear algunas águilas y cóndores; casi siempre era señal que se había muerto algún animal, posiblemente algún caballo; ya que en esos años no sobrevivían los vacunos ni las ovejas; porque el clima era muy duro, de lluvias interminables e intensas nevadas; además de animales cazadores, como pumas y zorros, entre otros.

Una noche más de soledad, nada más acompañado de mi noble

perro el "Corbata" y mi gato "Sinforoso"; después de comer un "churrasquito" nos dispusimos a dormir; de pronto sentí aullar a mi perro, salimos a ver con el "Sinforoso", y grande fue mi sorpresa, de un árbol bajó como un rayo una cosa blanca, encima de mi gato fue aterrizar.

Le dio a mi gato unos aletazos y patadas, asustándolo al igual que al perro; de ahí se paró el pajarraco en un árbol cercano, y hacía un ruido como "chistándome" ¡Chiiiiit!

Me agache despacito, agarré un palo de luma escarchado y le tiré. Le di medio a medio en el pecho del "bicharraco", se le volaron algunas plumas y éste fue a caer entre unos matorrales. Fui a buscar un tizón ardiendo, para "campearlo", me hice acompañar del "Corbata" porque a todo esto me había bajado el "julepe", por una historia que se rumoreaba por ahí entre los "puesteros".

En fin no encontré al "pajarraco", había desaparecido: sólo quedaron unas plumas que encontró él "Corbata". Pronto empezó a pintar el sol las copas de los árboles. Yo tenía que ir a conseguir un "apero" donde un vecino cercano. Me habían hablado que este veterano le hacía a la hechicería, pero yo no creía estos cuentos; total fui no más.

Llegué y le pregunté a la dueña de casa por su esposo. Ella me responde: "no me va a creer; anoche a eso de las tres de la madrugada, más o menos, le agarró una puntada en el pecho, que

apenas puede respirar".

Yo sentí nuevamente ese "julepe", que enfriaba hasta mis huesos.

– ¿Puedo pasar a verlo?– le pregunté.

– Pase no más– dijo...

Entré al dormitorio y allí estaba el "veterano" a los quejidos. Me acerqué con cuidado, le abrí un poco la camisa y ... ¡Sorpresa! tenía marcadito el palo en el pecho.

Desde ese día me digo:

– No creo en brujos ¡Caray! Pero que los hay, los hay.

¿Por qué los loros pueden hablar?

Cristina Yanett Velásquez Barría
LAGUNA BLANCA, 11ª REGIÓN

Hace mucho tiempo, mi abuelito me relató la historia de por qué los loros pueden hablar. La historia comienza cuando un indígena llamado Haukano de la tribu Aonikenk se cae de un cerro golpeándose la cabeza y quedando completamente inconsciente, por más de 5 horas.

Luego, miembros de su tribu lo encontraron y lo llevaron rápidamente donde el curandero, el cual les dice que tratará de hacer lo posible para que pueda recuperarse. Y así sucedió.

Pasó el tiempo y Haukano se enamoró de una hermosa joven llamada Lenka. La cual era hija del jefe de la tribu.

Él pidió casarse con ella, pero la joven se negó ya que estaba enamorada de Caucamán, un joven muy valiente y apuesto de la tribu.

Haukano se molestó mucho, porque su amor no era correspondido y prometió vengarse.

Así es como comienza la fría y cruda realidad de esta historia.



Estaban Lenka y Caucamán sentados a orillas del río, cuando de repente, entre los arbustos sale Haukano con un hacha y un mazo en las manos. Alzó su hacha y le cortó la cabeza a Caucamán. La muchacha espantada corrió rápidamente a pedir ayuda sin poder hacer nada por su amado. Pero tanto era el odio de Haukano que corrió tras Lenka hasta alcanzarla y le dio un golpe en la nuca y la mató instantáneamente.

El padre de la muchacha al ver que su hija no regresaba mandó a un grupo a buscarla.

Al llegar al lugar de los hechos encontraron al cuerpo de Lenka sin vida y junto a ella se encontraba Haukano y metros más allá estaba Caucamán decapitado. El grupo de indígenas llevó los cuerpos de los jóvenes y a Haukano al campamento de la tribu.

El jefe de la tribu al ver a su hija muerta rompió a llorar. Luego, preguntó quién era el responsable de lo ocurrido. Un indígena le dice al padre de Lenka que encontraron a Haukano sentado al lado del cuerpo de su hija con un hacha y un mazo en sus manos. El jefe preguntó a Haukano si él cometió ese crimen y él fríamente le respondió que sí.

Al escuchar esto se dirigió donde el chamán de la tribu y le pidió que castigara a Haukano por haber matado a su hija y a Caucamán. El chaman lo convirtió en un pájaro verde al que



llamó loro y a partir de ese día toda persona de la tribu que matara o abusara de los más débiles sería convertido en loro como Haukano.

Por eso hoy en día existe esta especie de pájaros y porque en una vida anterior los loros fueron personas, hoy pueden hablar y repetir palabras igual que un humano.

*Pueblo
E'Viudas*

Cristóbal Nicolás Jesús Pradel Silva
P. AGUIRRE CERDA, SANTIAGO

Mi abuelo me contaba, y todavía lo sigue contando, que en un pueblo casi desierto cercano a Pichilemu (VI Región), hace hartos años, donde no había luz eléctrica, agua potable, teléfonos y ni siquiera se pensaba en los celulares, vivían siete familias. Las casas eran bajitas, de madera y adobe y con una pequeña escalera de tablas a la entrada para que no se colara el agua en las noches de invierno. Las casas estaban a la orilla de un camino de tierra y, dice mi abuelo, que con la lluvia se convertía en un divertido baile de bestias y gente que patinaba en el barro gredoso, tratando de llegar hasta la orilla que todavía conserva unos enormes álamos que parecen querer acercarse al cielo para tocar las nubes y alejarse de esta terrible pobreza, que quería entrar a la fuerza por las pequeñas ventanas de marcos rojos, que más parecían hoyos, tapados con cartones, en las murallas blancas. Allí vivían siete familias con niños, papás, mamás y algunos abuelos..., y esto no es mentira, porque yo he estado ahí desde chiquitito. Allí aprendí a caminar un verano y mi papá y mamá lloraban de alegría y mi abuelo y mi abuela se conocieron allí en Pichilemu; y los papás de mi abuelo también vivieron por allí.

¡En ese lugar era tanta, pero tanta la pobreza, que parecía cosa de no creer... Decía mi abuelo que hasta los perros murieron..., y los gatos sobrevivían gracias a algunos ratones flacuchentos que lograban cazar, después de sus largas siestas que provocaban su falta de alimento!

Y los hombres tuvieron que salir a buscar trabajo a otros lugares con la esperanza de regresar con el dinero suficiente para comprar algo de comer para sus hijos, mujeres y ancianos. Pero, nunca regresaron...

Las mujeres trabajaban y trabajaban la tierra para cultivar unas pocas hortalizas y cereales que tenían que compartir con algunas gallinas que picoteaban todo lo que pareciera alguna semilla o brillara como para llamar su atención. La sequía hacía más, mucho más, difícil la pobreza. Los pocos animales que lograban criar apenas alcanzaban para alimentar a sus hijos y abuelos, que también ayudaban tratando de cazar alguna liebre o ave entre los espinos que apenas se sostenían en esos cerros secos. Así, salían las mujeres a trabajar a Pichilemu haciendo lavado y planchado de ropas a los jutores.

Las siete mujeres, vestidas de negro, se paseaban por el polvoriento camino rodeado de álamos y pinos y, la gente decía:

-¡Ahí van las siete viudas!...

Y desde entonces, dice mi abuelo, ese pueblo se llama El Pueblo de las Siete Viudas o Pueblo e'viudas.

SEGUNDO ■ PREMIO
REGIÓN METROPOLITANA

El brujo

Cinthia Victoria Ithal Mendoza
MELIPILLA, SANTIAGO

*Suceso que ocurrió en el Fundo Las Palmas Marga Marga, Villa Alemana.

Había una vez una familia muy numerosa, compuesta por Natalio y Carmen.

Así comienza la historia.

Natalio era un capataz del fundo Las Palmas, donde se criaba muchos corderos y vacunos.

Cuando Natalio recorría el campo conoció a su vecino, Eugenio Olguín y a su esposa Eusebia, este matrimonio tenía hijos, y se hicieron muy amigos. Cuando Natalio mataba un cordero siempre guardaba una paleta completa para Olguín. Así pasaba el tiempo.

Las casas de ambos amigos quedaban muy lejos, detrás de los montes, cuando él iba a ver a su amigo se iba solo a caballo por la orilla del monte. De regreso se venía de noche, por un largo camino que al final terminaba en tres pasos llamados La Coylera, La Carreta y La Sombra. Un día que Natalio volvía de ver a su

amigo, al llegar al Paso La Carreta, vio delante de él un montón de burros revolcándose en el suelo, su caballo se asustó y no pudo pasar. El hombre se devolvió y pensó que era mejor irse por el Paso la Coylera, así lo hizo y al galope del caballo partió en busca del otro paso. De repente mira hacia adelante y ve un cerro delante de él, Natalio se dijo: "¿Qué está pasando aquí? ¡Dios mío! Aquí hay algo raro."

Muy asustado se devuelve en busca del otro paso, La Sombra, de alguna manera tenía que llegar a su casa, ya era demasiado tarde.

Siempre pensando en lo que había visto llegó al paso La Sombra, éste lo conducía por un estero con muchos matorrales, grande fue su sorpresa cuando se dio cuenta que a su lado venía un perro negro con una tremenda lengua roja y sus colmillos muy blancos, éste lo acompañó hasta cerca de su casa.

Así fueron pasando los días, Natalio se lo contó a su esposa Carmen, ella le contestó: "alguien te está haciendo estas bromas de mal gusto"...

Natalio le respondió: ¡Ay mujer, quien puede ser, que yo tengo sólo a mi amigo Olguín! Un día Natalio siempre bondadoso y cariñoso, le dijo a su mujer: "dile a Mateo que mate un cordero porque yo no voy a tener tiempo, y que me deje la mitad del cordero, porque esta tarde voy a ir donde mi amigo Olguín".

Así fue como en la tarde llegó donde su amigo con el regalo, se fueron de abrazo y de mucha conversa.

Pasaron algunas horas, cuando Natalio dijo: "buena está la conversación, pero tengo que irme, porque mañana tengo que madrugar", y salió rumbo a su casa. Grande fue su sorpresa cuando al llegar al cruce de los tres pasos se repite lo mismo de la vez anterior.

En el Paso La Carreta se le cruzaron los burros que se revolcaban en el suelo. En el Paso La Coylera se le cruzaron unos enormes cerros, tampoco pudo pasar, muy asustado pensaba:

"Por qué me pasa esto a mí, si yo soy un hombre bueno".

Cuando logró tomar el paso La Sombra, apareció el perro negro de la lengua roja y los colmillos blancos, Natalio lo mira y cae al suelo aturdido, creyendo que dormía en su cama, pero allí no había cama sino una poza de agua.

En la casa de Natalio su esposa Carmen preocupada se fue a dormir, durmió un sueño y de repente despertó y al no ver a su esposo se levanta y se va a la pieza de su hijo Rosamel. Le pide que se levante y lo vaya a buscar, "a lo mejor se quedó donde el vecino Olguín", le dice. Rosamel se fue a la pesebrera a buscar un caballo y partió en busca de su padre, grande fue la sorpresa al encontrarlo al lado de la poza de agua en el Paso La Sombra.

Cuando Natalio llegó a su casa conversó con su esposa y le relató todo

lo que le había ocurrido, lo de los burros en el primer paso, lo de los cerros en el segundo paso, lo del perro en el tercer paso.

"Aquí está pasando algo, Carmen," le dijo. "Pero yo lo voy a descubrir", su esposa le contestó "a lo mejor es el viejo Olguín el que está haciendo esto", Natalio pensó y dijo: "no sé" ...

Pasaron los días y semanas, Natalio siguió visitando a su amigo y a la hora de volver, siempre de noche, se repetían las mismas cosas, en el paso La Carreta aparecían los burros revolcándose en la tierra pegando tremendas patadas, en el paso La Coylera vio los cerros y el caballo que relinchaba y retrocedía hacia atrás, en esos momentos se acordó de su esposa cuando le dijo que podía ser su amigo Olguín; se fue al paso La Sombra y nuevamente se encontró con el perro de la larga lengua roja y los colmillos blancos. Al llegar a su casa le contó a su esposa y a sus hijos, a su hija Petronila le pidió que le buscara la sal más gruesa y a su hijo le pidió que le cargara el revolver, "ahora voy a pillar al diablillo que me está haciendo estas cochinadas", dijo en voz alta.

Eran las siete de la tarde, hora de invierno cuando Natalio decide visitar a su amigo, conversan como de costumbre, del trabajo, de los animales, se hizo de noche muy luego y Natalio se despide y se va rumbo a su casa. No hizo el mismo camino de los días anteriores, se fue directamente al Paso La Sombra para enfrentar al perro que se le aparecía, cuando lo vio sacó el revólver y le disparó en plenos ojos y el perro desapareció. Al día siguiente Carmen salió temprano a buscar las va-

cas, porque su hijo había amanecido enfermo, caminaba con sus hijas cuando vio que por el camino venía una persona, se distinguía poco porque había una espesa neblina, cuando estuvo cerca vio que era Eusebia la esposa de Olguín.

¡Tan temprano por aquí vecina!

La vecina le respondió que justo iba para su casa a pedirle ácido bórico para curar los ojos de su esposo, quien había amanecido con los ojos cocidos y no veía nada. Carmen no pudo ayudar a la vecina porque no tenía el remedio.

Al poco tiempo supieron que Olguín había fallecido. Natalio, su familia, vecinos y amigos fueron al funeral de Olguín. Todos rezaban junto al difunto encomendando su alma a Dios cuando escucharon ruidos tremendos en el techo de la casa, se sentían como aleteos de pájaros ensordecedores, alguien dijo esos son los Tue-tué, pájaros que suelen andar en las noches y que sólo se escuchan porque nadie los puede ver, sus gritos son desesperados y dan terror, son los brujos vueltos pájaros.. Nadie salió de la habitación hasta que dejaron de escuchar los gritos de los pájaros Brujos.

Al otro día cuando fueron a enterrar a Olguín el ataúd se encontraba muy liviano, muy curiosos lo dejaron caer al suelo y lo abrieron... ¡No había nadie dentro del ataúd! Cuando salieron de la sorpresa Natalio y Carmen dijeron en voz baja:

"Olguín era el Brujo que nos estaba haciendo daño..." Bien me-

recido lo tiene hijo del demonio", murmuró Natalio. Mirando el ataúd vacío.

(Aquí termina este cuento que me contó mi abuelita una tarde de otoño.)

*La muerte en el pasado:
modelo de solidaridad humana*

Eduardo Adrián Meza Meza
MELIPILLA, SANTIAGO

Purísima Plaza, mi abuelita por parte de papá, es una mujer que sabe muchas historias. Digo esto, porque el año pasado en el colegio me pidieron que averiguara una historia de esas que se contaban antiguamente, pues mi profesora decía que como antes no había televisión ni radio, la gente se entretenía contando historias. Claro que era así, porque cuando le pregunté a mi abuelita, una historia, ella de inmediato empezó a relatarme una, pero luego de terminar ésta, continuó con otra y luego con otra y así terminó contándome alrededor de diez historias. Yo no sé si realmente todas aquellas narraciones eran verdaderas, porque mi abuelita me contaba cada cosa. Pero entre tantas historias, que me contó, la que más me gustó o, mejor dicho, la que más me llamó la atención fue el relato de los funerales de esa época.

Cuenta mi abuelita que antiguamente los funerales no eran como los de hoy en día. Sino que la gente llevaba a sus muertos hasta el cementerio en andas, envueltos en sábanas blancas, recorriendo distancias muy largas, por lo cual, al pasar por una localidad vecina, toda la gente que iba acompañando al difunto gritaba en

coro ¡A la caridad! ¡A la caridad! Este grito anunciaba la presencia de un funeral. Por tanto, especialmente los hombres, salían de sus casas a ayudar a cargar al difunto.

Durante este recorrido los deudos y acompañantes no cesaban de orar y llorar a su ser querido, hasta llegar al cementerio de la ciudad más cercana. En este caso, Melipilla.

Todo esto, según mi abuelita, se hacía de noche, porque durante el día, sobre todo si era época de verano, era mucho el calor para los acompañantes y también para el difunto, ya que, como anteriormente dije, iba sólo envuelto en sábanas.

El hecho de realizar el funeral de noche impedía en parte que quienes por turnos voluntarios cargaban al difunto se fatigaran, como también demoraba el proceso de descomposición del difunto.

Es increíble cómo las cosas van cambiando con el tiempo, yo creo que es producto del progreso y los avances de la ciencia y la tecnología. Pues en aquella época todavía no se conocían medios de transporte, ni siquiera existían carretelas. Por lo tanto, la gente se las ingeniaba para ayudarse ante estas circunstancias, independientemente de si eran conocidos o no.

Pienso que el trabajo en equipo, como dice mi profesora, facilita las tareas, y esta historia, es un verdadero ejemplo de todo lo que podemos lograr, con la ayuda de los demás.

